

Sylvie Germain

Magnus

Premio Goncourt des Lycéens



BRUGUERA

MAGNUS

Sylvie Germain

Título original: *Magnus*

Traducido por: Ana Becció

Edición revisada y corregida

Bruguera Editorial

OceanofPDF.com

Sinopsis

Magnus es una novela sobre Europa, sobre su pasado reciente, sobre la crueldad de la guerra y la infinita capacidad de los hombres para hacer daño a otros hombres con actos horribles, con palabras, con pasiones y sentimientos confusos.

Su escritura, capaz de crear el sueño, la realidad, la crítica y las emociones con precisión y medida, nunca cae en la desmesura sentimental. Narrada con luminosidad y con una prosa excelente, la novela está concebida con el rigor de una pieza musical.

Magnus es una obra profundamente europea y contemporánea sobre la búsqueda de la identidad y de los orígenes individuales arrebatados por la guerra, es decir, sobre cuestiones que entran de lleno en la problemática de la recuperación de la memoria histórica, tal cual.

Ganadora del *Premio Goncourt des Lycéens* en 2005.

OceanofPDF.com

Sobre la autora



© Tadeusz Kluba

SYLVIE GERMAIN (Châteauroux, Francia, 1954) cursó estudios de filosofía con el filósofo y escritor lituano Emmanuel Levinas. En 1981 trabajó en el Ministerio de Cultura de su país, en el ámbito audiovisual y empezó a escribir narrativa. Entre 1986 y 1992 vivió en Praga, donde trabajó como documentalista y profesora de filosofía.

Actualmente vive en La Rochelle, cerca de Pau, dedicada a la escritura. Ha publicado más de una veintena de libro, entre ellos: *Le livre des nuits* (1985) publicado en inglés como *The Book of Nights* (1994) (Ed. Verba Mundi) y en español como *El libro de las noches* (1997) (Ed. Aldus); *Jours de Colère* (Premio Fémina 1989) publicado en inglés como *Days of Anger* (1993) (Ed. Buccaneer Books); *La Pleurante des rues de Prague* (1994), publicado en inglés como *Prague Noir: The Weeping Woman on the Streets of Prague* (2010) (Ed. Dedalus Limited); *L'Enfant Méduse* (1993) publicado en inglés como *The Medusa Child* (2021) (Ed. Dedalus Limited) y en español como *La niña medusa* (1996) (Ed. PPC); *Etty Hillesum* (1999)

publicado en español como *Etty Hillesum: una vida* (2004) (Ed. Sal Terrae); *Mourir un peu* (2000); *Chansons des mal-aimants* (2002) publicado en inglés como *The song of false lovers* (2015) (Ed. Dedalus Limited); *Ateliers de lumière* (2004), y, desde luego, *Magnus* (Premio Goncourt des Lycéens 2005), publicado en inglés y español bajo el mismo nombre: *Magnus* (2015) (Ed. Dedalus Limited) y *Magnus* (2008) (Ed. Bruguera), respectivamente.

OceanofPDF.com

A Marianne y Jean-Pierre Silvéreano

OceanofPDF.com

*Lo que no se dijo en el momento oportuno, será percibido en otras épocas
como pura ficción.*

AHARON APPELFELD

OceanofPDF.com

Obertura

De una esquirla de meteorito se pueden extraer unos cuantos pequeños secretos sobre el estado original del universo. De un fragmento de hueso se puede deducir la estructura y el aspecto de un animal prehistórico, de un fósil vegetal o incluso la remota presencia de una flora exuberante en una región hoy desierta. Lo inmemorial está repleto de huellas ínfimas y pertinaces.

De un trozo de papiro o de un pedacito de cerámica es posible remontarse a una civilización desaparecida hace milenios. A partir de la raíz de una palabra se puede recorrer una constelación de vocablos y sentidos. Los restos, los núcleos conservan siempre un infrangible grano de vigor.

En cualquier caso, la imaginación y la intuición son indispensables para descifrar los enigmas.

*

De un hombre con la memoria parcelada, que ha estado taponada de mentiras durante años, deformada por el tiempo, acechada por incertidumbres, y que un día, de repente, algo o alguien vuelve incandescente, ¿qué historia se puede escribir?

Un bosquejo de retrato, un relato desordenado, puntuado con espacios en blanco, huecos, ecos escandidos, y que al final se desfleca.

*

Qué importa el desorden, la cronología de una vida humana no es tan lineal como se cree. En cuanto a los espacios en blanco, a los huecos, a los ecos y a los flecos, son parte integrante de la escritura, como lo son de la

memoria. Las palabras de un libro no son monolíticas, tampoco los días de una vida humana, por abundantes que sean esas palabras y esos días; solo dibujan un archipiélago inagotable de frases, de sugerencias, de posibilidades sobre un vasto fondo de silencio. Y este silencio no es puro ni amable, un rumor de murmullos se oye continuamente. Un rumor que llega de los confines del pasado y se mezcla al que afluye de todas las regiones del presente. Un viento de voces, una polifonía de respiraciones.

*

En cada uno de nosotros la voz de un apuntador murmura en voz baja, de incógnito: voz apócrifa, que con solo escucharla puede traer insospechadas noticias del mundo, de los demás, de uno mismo.

Escribir es bajar a la fosa del apuntador para aprender a escuchar cómo respira el lenguaje, en el silencio, entre las palabras, alrededor de las palabras y, a veces, en el corazón de las palabras.

OceanofPDF.com

Fragmento 2

Fija en cada cosa, en cada persona, en sus padres inclusive, una mirada llena de candor y asombro, examina todo con minuciosidad. Es la mirada de un convaleciente que ha estado a punto de morir y aprende nuevamente a ver, a hablar, a nombrar las cosas y la gente. A vivir. A los cinco años de edad enfermó de gravedad y la fiebre le consumió todas las palabras, todos los conocimientos recientemente adquiridos. No le queda ningún recuerdo, su memoria está tan vacía como el día en que nació. No obstante, a veces la recorren sombras que no sabe de dónde provienen.

Su madre, Thea Dunkeltal, dedica su tiempo a reeducar a su hijo, olvidadizo y aquejado de mutismo. Le enseña de nuevo su idioma y le restituye su pasado contándole uno a uno los episodios que se le han perdido, como un serial cuyo protagonista es él y ella la reina buena que lo cuida. Lo trae al mundo por segunda vez, por la magia de las palabras.

*

En ese serial en forma de cuento que lo fascina, pues, como todos los cuentos, mezcla lo terrible con lo maravilloso, cada miembro de la familia tiene estatura de héroe: él, como víctima de una fiebre voraz que, no obstante, ha conseguido vencer; su madre, como el hada benefactora; su padre como el gran médico. Al trío se suman otras dos figuras, aún más valientes y admirables: los jóvenes hermanos de su madre, muertos en la guerra, por quienes él debe sentirse orgulloso y manifestarles eterna gratitud. Porque ellos se sacrificaron por él al ir a combatir a tierras lejanas, donde los hombres son tan crueles como el clima, para que él crezca en un país glorioso y poderoso. Y el niño, para quien la palabra «enemigo»

equivale a la palabra «enfermedad», se imagina que sus tíos guerreros han muerto peleando contra su enfermedad, muertos de frío y extenuados por el esfuerzo de obligar al adversario-fiebre a retroceder a una tierra glacial a fin de apagar el fuego. Con docilidad se deja transformar en el mausoleo viviente de los dos héroes cuyos nombres de pila lleva.

*

Por muy seductora que sea la epopeya familiar, llena de nobleza y tristeza, tiene, sin embargo, un defecto, aparentemente pequeño pero que entristece mucho al niño: la madre no le da a Magnus ningún papel en ella, y además lo trata con desprecio, con repugnancia incluso. Pero Magnus y él, Franz-Georg, son inseparables. Entonces introduce clandestinamente a su compañero en la leyenda, inventa escenas que le susurra junto a la oreja (la que tiene la marca de una quemadura, para consolarla) cuando están solos los dos, escenas en las que Magnus tiene un papel tan importante como el suyo.

OceanofPDF.com

Nota breve

Magnus es un osito de tamaño mediano, con el pelaje bastante desgastado, marrón claro, tirando al naranja en algunas zonas de su cuerpo. Emanan de él un leve olor a chamuscado.

Sus orejas han sido confeccionadas con dos grandes discos recortados de un pedazo de cuero blando. Tienen el color marrón rojizo de la castaña y su mismo aspecto liso y lustroso. Una de ellas está intacta, la otra medio carcomida por una quemadura. Un óvalo recortado del mismo cuero orna el extremo de cada una de sus patas. Su hocico es una bola formada por un apretado tejido de hebras de lana negra.

Sus ojos son singulares, tienen la forma y el dorado brillante de la corola de los ranúnculos, lo que le da una mirada dulce y atónita.

Lleva colgado del cuello un cuadrado de algodón con su nombre bordado en gruesas letras de distintos colores. M granate, A rosa, G violeta, N naranja, U azul noche y S amarillo azafrán. Pero han perdido el color, los hilos están sucios y el algodón amarillento.

Fragmento 3

Pasa la mayor parte del tiempo contemplando lo que le rodea. Dicen que es demasiado soñador, inactivo. Pero no, quedarse horas mirando el paisaje, el cielo, los objetos, los animales, la gente, es un trabajo muy serio y él se empeña a fin de grabarlo todo en su memoria. Antes estaba hecha de partículas volátiles, como la arena; ahora se esfuerza por darle una solidez mineral.

Ama las landas que se extienden por los alrededores de su pueblo, la bruma rosada de los brezos, los estanques, las arboledas de enebros y, sobre todo, los bosques de abedules por su blancura sedosa, resplandeciente a la caída de la tarde, cuando se oscurece el azul del cielo. Le fascinan los contrastes de colores y de luminosidad, adivina en el cielo cargado de nubes negras las brechas de sol, los destellos de azul claro, y en el agua verdosa de las charcas los parches de brillantez, sobre las rocas musgosas el resplandor fugaz del grano de la piedra, como un relámpago de plata en miniatura. Pero teme a la noche, que se traga formas y colores y le infunde un desasosiego atroz. En momentos como esos aprieta a Magnus contra su pecho, cual irrisorio escudo de tela, y le susurra fragmentos de historias incoherentes junto a la oreja, preferentemente la izquierda, la que está lastimada y por eso necesita más atenciones. Como su madre, que lo mima arrullándolo con cuentos, él mima a Magnus acariciándolo con palabras. En las palabras hay tanta fuerza y dulzura juntas.

*

Los adultos lo desconciertan. No entiende sus preocupaciones ni sus alegrías, y mucho menos esas cosas raras que a veces dicen. Suelen gritar

de alegría o de rabia. Y cuando oye sus risas demasiado fuertes, brutales, o sus gritos furiosos, se encierra en sí mismo. Es muy sensible a las voces, a su tono, su timbre, su volumen. Hasta la suya propia le suena a veces de un modo extraño, como si tuviera la garganta lastimada por las protestas y los llantos que no podía reprimir cuando estaba enfermo y la fiebre lo martirizaba.

Ama a sus padres de todo corazón, pero también a ellos los observa con perplejidad desde el fondo de su soledad de hijo único, especialmente a su padre, que le intimida y a quien nunca se atreve a hacer preguntas.

Clemens Dunkeltal es médico, pero no tiene una clientela privada ni trabaja en un hospital. El lugar donde ejerce su profesión no queda lejos del pueblo donde viven, y sin embargo Franz-Georg nunca ha ido allí. A juzgar por su porte majestuoso y su expresión grave, el doctor Dunkeltal es seguramente un hombre importante, un mago de la salud. Atiende a millares de pacientes en el enorme asilo de las landas y todos deben de padecer enfermedades contagiosas, puesto que no tienen derecho a salir. Franz-Georg se pregunta de dónde procederá esa muchedumbre de pacientes —de toda Europa, dijo su madre un día, con una imperceptible mueca de orgullo y repugnancia a la vez—. El niño buscó en un atlas y se quedó atónito: Europa es tan vasta, hay tantos pueblos.

*

El padre casi nunca está en casa, y cuando se queda no presta demasiada atención a su hijo. Nunca juega con él ni le cuenta historias, y cuando se digna fijarse en él, es para reprocharle su pasividad. Franz-Georg no encuentra ni el valor ni las palabras para explicarle que la contemplación no es pereza, sino un ejercicio paciente de adiestramiento de la memoria. Se

traga sus lágrimas, de impotencia por no poder expresar lo que piensa o siente, y también de tristeza, porque no sabe cómo agradar a su padre.

Pero están esas noches mágicas en las que Clemens se transfigura en rey mago, cuando, acompañado al piano por su esposa o algún amigo de los que han invitado a cenar, se para en medio del salón, erguido bajo la luz amarilla, acidulada, que cae del candelabro, y canta arias de Bach, Schütz, Buxtehude o Schubert, con su voz de barítono bajo dotada de una plasticidad sorprendente. Su boca se abre y es un abismo de sombra donde tiembla y brama un sol en medio de una tormenta. La luz centellea en la montura metálica de sus gafas y sus ojos desaparecen, como fundidos en los círculos de cristal. Su cara lampiña, de frente desnuda y nariz aguileña, también parece fundida en un metal blanco o moldeada en vidrio. Una máscara de corifeo, desnuda, brillante. Y dibuja en el aire, pausadamente, los gestos de un sembrador. Tiene manos regordetas, pero con unas uñas perfectamente cuidadas que relucen a la luz del candelabro.

El niño escucha conteniendo la respiración, para dejar más espacio a la de su padre, potente y dúctil. La voz de un amo de las tinieblas, capaz de dominar las fuerzas amenazadoras de aquella, tal y como él logró vencer a la enemiga-fiebre. Porque Franz-Georg está seguro de que fue así, cantando, como su padre lo ayudó a sanar, y debe de ser así como alivia a sus incontables pacientes llegados de toda Europa. Y se envuelve en esa crisálida vocal más densa y voluptuosa que el cortinaje de terciopelo púrpura del salón donde a veces juega a esconderse.

Por esta voz, la de las noches mágicas, Franz-Georg ama a su padre y lo admira inmensamente. Qué importa si ese padre casi nunca es afectuoso, qué importa si eso lo hiere; su canto basta para consolar su pena, o para

transformarla en feliz melancolía. Su padre se muestra distante, pero su canto es un refugio, un goce. Lleva un sol nocturno en el pecho.

OceanofPDF.com

Secuencia

Canto nocturno en la selva

¡Permítenos saludarte, noche!

¡Y más en esta selva

donde tus ojos sonríen con disimulo

y tus pasos casi no se oyen!

[...]

¡Tus palabras son un murmullo de brisas,

tus caminos rayos entrelazados,

lo que tu boca calma con un beso

cierra los ojos y se duerme profundamente!

[...]

Nosotros cantamos a coro:

«¡La noche mora en la selva!»,

el eco infinito nos responde:

«¡Ella mora en la selva!»

¡Con más razón a esta selva

venimos a saludarte, dulce noche,

pues todo lo que te embellece

aquí nos sonríe todavía más!

Nachtgesang im Walde,

obra coral de Franz Schubert basada

en un poema de Johann Gabriel Seidl

OceanofPDF.com

Fragmento 4

El padre se muestra preocupado desde hace tiempo, sostiene largos conciliábulos con la madre y con ciertos amigos suyos, tan contrariados como él. Mantienen al niño alejado de estas conversaciones, de las que él sin embargo capta algún que otro fragmento. Entre las palabras que oye más a menudo hay una que lo intriga y preocupa: «tifus». Los enfermos que sana el doctor Dunkeltal sucumben por millares a esa infección. Franz-Georg ha tratado de informarse, pero, como no domina bien la lectura, le es mucho más difícil buscar el sentido de una palabra en el diccionario que la ubicación y la extensión de un continente en el atlas. Y como oye, con mayor frecuencia aún, las palabras «guerra, enemigo, derrota», se desconcierta y las confunde con «enfermedad», es decir, tifus.

*

Clemens Dunkeltal, en cambio, no confunde nada y mide, con amarga lucidez, el creciente peligro, cada vez mayor. A medida que pasan los días, él y sus amigos pierden la soberbia, se les ve cada vez más nerviosos, como acorralados y de mal humor. Julius Schlack, el compañero jovial que amenizaba tantas fiestas, y Horst Witzel, el colega de Clemens, poeta por poder en sus horas libres, que siempre aprovecha la ocasión de recitar largos poemas de Kleist, Goethe, Herder, Hölderlin y Schiller, ya no bromean ni declaman. De repente todos cambian de manera de vestir y ya no se saludan ni se comportan como antes. No se ponen sus solemnes uniformes ni saludan con tanto ruido y ceremonia, hablan menos fuerte y caminan con paso menos marcial. Acaban yendo pegados a las paredes. Y a fuerza de pegarse a las paredes, se comportan como hombres que atraviesan las paredes y se transforman en corrientes de aire.

*

Una noche de marzo, los Dunkeltal se van discretamente de casa, como los ladrones. Franz-Georg coge con una mano a su madre y con la otra se aferra a su oso para conjurar el miedo que tiene a la noche y a lo desconocido. Cree que huyen de un enemigo temible llamado tifus, llegado de todos los rincones de Europa. ¿Será la misma fiebre que casi lo mata hace dos años? Si fuera así, entonces sus tíos habrían muerto en vano y la leyenda familiar constituiría un engaño.

*

Van hacia el sur. Pero, por lo que parece, el sur no cesa de alejarse, tan largo es el camino, tanto zigzaguea y tanto miedo da. Vagan por el país estragado, atraviesan ciudades y aldeas en ruinas, se cruzan con hordas de gente despavorida. A veces permanecen varios días escondidos en una cueva o en una granja. Tienen hambre, pero el miedo los fustiga mucho más.

Lo han perdido todo, hasta sus nombres. Han cambiado el apellido Dunkeltal por Keller y sus padres se llaman ahora Otto y Augusta Keller y él simplemente Franz Keller. Solo el oso, Magnus, tiene derecho a conservar intacta su identidad. El niño interpreta a su manera esta modificación absurda, se dice que en esa desconcertante desbandada, en que la menor cosa se convierte en objeto de trueque, hasta los mendrugos de pan o las colillas, un apellido también puede tener valor de cambio. Pero, para cambiarlo por qué cosa, para obtener el qué, no lo entiende, y la verdad es que sus padres no se lo explican, se contentan con prohibirle que haga alusión a su nombre verdadero, a la casa que han dejado, a la región donde vivían, incluso a la profesión de su padre. El niño escucha las órdenes que le susurran en un tono de confidencia imperiosa y obedece sin chistar. Es

dócil y reservado por naturaleza, está acostumbrado a vivir al margen de los adultos, cuyas palabras y comportamientos siguen siendo para él un enigma. Se guarda sus asombros, sus dudas y sus preguntas y deja que maduren en el recinto grave de su soledad. Pero el espectáculo de las ciudades devastadas, de la multitud que huye despavorida por las carreteras donde a veces, cuando la locura llega a su paroxismo, se producen escenas inverosímiles, y el tronar del cielo surcado de aviones, lo sume en un estado de estupor y de náusea que inmediatamente se traduce en sordos dolores de barriga, como si todas esas imágenes de catástrofe fueran frutas podridas, trozos de carne echada a perder que él se estuviera tragando con los ojos y le infestaran las entrañas. De noche esas imágenes deformes se mueven en su vientre como un chapoteo de agua fangosa, y despierta llorando, abrazado a su Magnus.

*

Entonces el padre se separa de él y de su madre, deja que sigan solos ese periplo por el infierno. Dice que se reunirá con ellos en cuanto pueda, pero, por su seguridad, debe esconderse; dice que avanzarán más rápido sin él. Es cierto, en cuanto el padre se va por su lado, el ritmo de ese viaje interminable cambia, tornándose más ágil, como si se hubieran desprendido de un peso que les estorbaba en su marcha hacia el sur. No obstante, el niño siente mucho dolor por esta separación.

Augusta Keller y su hijo llegan a una pequeña ciudad que pocas semanas antes debió de ser muy bonita. No es más que un montón de escombros a orillas de un lago. Allí, por fin, termina para ellos su deambular y comienza la espera de la llegada del padre.

Nota breve

FRIEDRICHSHAFEN: ciudad del suroeste de Alemania, situada en la orilla izquierda del lago Constanza.

En el siglo XIX servía de residencia de verano a la familia real de los Württemberg.

La historia de Friedrichshafen está indisolublemente ligada a Ferdinand von Zeppelin, quien a fines del siglo XIX desarrolló la producción de dirigibles con estructura metálica rígida.

Importante centro industrial a comienzos del siglo XX (construcción de motores de avión...).

Hacia el final de la Segunda Guerra Mundial, fue objeto de violentos ataques aéreos por parte de los Aliados; la ciudad vieja quedó prácticamente destruida.

Fragmento 5

Augusta Keller es un doble entristecido de la amable Thea Dunkeltal. Ha perdido su hermosa casa, su condición social y su círculo de relaciones, cada uno de los cuales se prosternaba con gran compasión y reverencia ante el duelo atroz que ella lleva por sus dos jóvenes hermanos, que se sacrificaron para que el Reich se extendiera en la inmensidad del espacio y el tiempo. Ha perdido sobre todo su sueño de grandeza, que la ayudaba a soportar con valentía su dolor de hermana amputada de sus dos hermanos menores, héroes sin sepultura, cuyos cadáveres helados han debido de ser devorados por los perros vagabundos, o los lobos, en el Este, en alguna parte de esas tierras de nieve y barbarie.

El Führer ha muerto —él, que con su verbo florido era la encarnación de ese sueño de esplendor—, y con él, tras una insignificante docena de años, se ha hundido el Reich milenario. Nada queda de sus dos pasiones confundidas, la patriótica y la fraternal, más que escombros, cenizas y osamentas. Acaba de ver a su nación pasar del triunfo al cataclismo de la noche a la mañana, a las bellas ciudades del país desmoronarse cual termiteras incendiadas y a su pueblo, tan altivo, desintegrarse en bandas de fugitivos transidos de miedo, miseria y vergüenza. Se siente escandalosamente estafada, robada, y con el correr de los días la amargura envenena su tristeza. Pero es fuerte, está decidida a pelear para sobrevivir y se arma de paciencia para esperar la llegada de su marido. Gracias a las relaciones que este tenía en Friedrichshafen, consigue, en un barrio alejado del centro, que se salvó de los bombardeos, una habitación donde alojarse con su hijo y un empleo como cocinera en un hospital. El salario es

ridículo, pero es el puesto ideal para procurarse lo necesario y no morir de hambre.

A pesar de la fatiga, encuentra tiempo por la noche para contarle cuentos a su hijo. Sabe que todo lo que el pequeño vio cuando huían a través de los paisajes del desastre lo ha trastornado. Todas las noches despierta sobresaltado, grita, gime, y ella lo abraza, lo mece en sus brazos, le repite en voz baja y suave la epopeya familiar, tan malograda. Adorna el pasado, lo ilumina, difumina cuanto puede los recuerdos de las últimas semanas y le promete un futuro radiante. Apenas el padre regrese todo irá mejor, la vida comenzará de nuevo, en otra parte y de otra manera, claro; pero como antes, sí, incluso mejor que antes. Ella se extasía tanto como el niño con las fábulas que le cuenta en la penumbra de ese cuarto miserable.

*

Y pasan los días, lúgubres y agotadores, clausurados por las privaciones, la espera, la ansiedad. Pero irrigados de esperanza. Por fin, una noche de otoño regresa el padre, mejor dicho, la sombra del padre. Otto Keller no es siquiera un doble debilitado del poderoso Clemens Dunkeltal; es una lamentable imitación. Se ha convertido en un fugitivo mugriento, muy flaco, mal afeitado, con una mirada de animal acorralado, maligno. Franz observa con consternación a su rey de la noche destronado, vaciado de su fuerza, despojado de su magia. ¿Podrá cantar todavía, con ese pobre cuerpo consumido y encorvado? ¿Qué ha sido del sol nocturno que sonaba voluptuosamente en su pecho? ¿Lo habrá cambiado también, como hizo con su nombre, con su reloj y muchas otras cosas, por víveres o documentos falsos? Pero la felicidad de volver a verlo vivo es mayor que la mortificación de verlo tan disminuido; permanece a su lado cuanto puede, le dice con los ojos lo que no se atreve a articular con los labios: que no es

grave lo que sucede y que, por encima de todo, lo ama como siempre, incluso más. Sí, más, pues a partir de ahora la lástima que siente por su padre prevalece sobre el temor que este le inspiraba en la época en que era soberbio. Por lo menos el padre ahora no se marcha, como cuando tenía responsabilidades importantes que atender; se queda todo el tiempo encerrado en su cuarto; sale muy pocas veces a la calle y, cuando lo hace, es siempre al caer la noche.

Así piensa el niño, que flota en la magistral fantasía en que lo mantiene su madre. No entiende nada de lo que sucede y vive cándidamente al margen de la realidad, a pesar de lo brutal que es esta y a que él tiene que soportarla. Pero junto a su padre y a su madre, por fin reunidos, el hambre y la indigencia le parecen leves. Además, hay un gran proyecto en ciernes: se trata de partir a un país lejano, al otro lado de los mares. El nombre de ese país, que de noche oye pronunciar a menudo a sus padres, suena con la claridad de una promesa, la belleza de un sueño y el encanto de un secreto: México.

México es, efectivamente, el secreto de los tres, su esperanza, su futuro.

*

Una noche el padre vuelve contentísimo de una de sus discretas escapadas; ha conseguido el dinero y los papeles necesarios para el viaje. Por fin está equipado para partir en calidad de explorador a México, donde su mujer y su hijo se reunirán con él en cuanto pueda hacer que viajen sin peligro. Muy orgulloso, le muestra a Augusta-Thea sus nuevos documentos a nombre de Helmut Schwalbenkopf, y ese apellido pajaril le divierte. «Schwalbenkopf», *cabeza de golondrina*, ¡un buen augurio para emprender esta migración peligrosa! Después, con una extraña sonrisa, agrega:

—Ah, el bueno de Helmut... —Y continúa en tono de broma con una estrofa de un poema de Eichendorff¹ —: «Si tienes un amigo en el mundo, desconfía de él en esta hora, puede que sus ojos y su boca sean amistosos, pero planea una guerra en plena paz alevosa.»

Franz escucha. Algo desamparado, le coge una mano y le pide:

—Canta, papá, por favor...

Como su nueva transformación en Helmut Schwalbenkopf lo ha puesto de buen humor, el padre entona, *mezza voce*, un *lied* de Schubert que conmueve deliciosamente al niño.

-
1. *En alusión al poema «Zwielicht» (Crepúsculo) del poeta alemán Joseph von Eichendorff.* ↩

OceanofPDF.com

Nota breve

SCHWALBENKOPF, HELMUT: nacido en 1905, en Friedrichshafen, Baden-Württemberg. Panadero.

Casado en 1931 con Gertrud Meckel, nacida en 1911.

Dos hijos: Anna-Luisa, nacida en 1934, y Wolf, nacido en 1937.

Alistado en 1939, fue enviado a Polonia, donde fue herido, y más tarde a Rusia, donde fue hecho prisionero. Liberado en 1946, regresa a su hogar.

De vuelta en Friedrichshafen, se entera de que su mujer y sus dos hijos han muerto y que su panadería ha desaparecido como consecuencia de los bombardeos de la ciudad hacia el final de la guerra.

Se vuelve un vagabundo en su propia ciudad y una noche de marzo de 1947, desaparece. No se sabe qué ha sido de él. Algunos suponen que se suicidó, pero nunca hallaron su cuerpo. Quizá se arrojó al lago, cuyas aguas son la tumba más discreta e inviolable que existe.

OceanofPDF.com

Fragmento 6

El padre se ha vuelto a marchar, pero esta vez el viaje será muy largo. Y la espera vuelve a comenzar, más tensa que en la ocasión anterior. Thea, que conserva el seudónimo de Augusta Keller, se arma nuevamente de paciencia, pero, bajo el peso de la fatiga y la ansiedad, que se intensifican con el correr de los días, se torna dura e irritable. Ya no mima a su hijo y cada día le hace más reproches. De pronto lo ve demasiado soñador y perezoso, piensa que es hora de que salga de la infancia en la que ya se ha demorado bastante. Repite con idéntico rigor las críticas que antes le hacía el padre.

Es verdad que Franz ha cumplido nueve años, pero no tiene ninguna prisa por entrar en las filas de los adultos. A medida que se hace mayor, entiende mejor los comportamientos, los placeres y las preocupaciones de estos, pero aún no entiende su significado. Y no pretende profundizar su comprensión de la nebulosa de las personas mayores, pues, por lo poco que logra descifrar, no le atrae demasiado. Intuye algo mezquino, y a veces hasta miserable, tanto en sus preocupaciones como en sus gratificaciones. Además, son poco fiables. Se dedican tranquilamente a sus asuntos durante años y de repente lo dejan todo, se escapan, cambian de nombre como de camisa y terminan huyendo a la otra punta del mundo.

*

Hay cosas peores no obstante: los adultos son capaces de romperlo todo, quemarlo todo; las casas, los puentes, las iglesias, las carreteras, ciudades enteras... él lo ha presenciado y vive en medio de un paisaje en ruinas. Pero hay algo todavía peor que esta locura: la destrucción, no solo de ciudades,

sino de pueblos enteros. Es algo que supera el entendimiento del joven Franz. Ha oído historias increíbles al respecto y sobre todo ha visto fotos que fascinan y ofuscan la mirada: pilas de cuerpos esqueléticos semejantes a haces de leña blanca amontonados, muertos vivientes de ojos enormes, sumidos en sus cuencas oscuras, niños tan flacos y arrugados que parecen viejecitos calvos, con una cabeza demasiado pesada para su cuello reducido al tamaño de una rama de ruibarbo. Y su madre, en vez de explicarle, de ayudarlo a afrontar estas revelaciones que provocan una deflagración mental y dejan el pensamiento en blanco, reducido a migajas, se niega a hablar del asunto, se empecina en negar los hechos, llegando a tachar de mentiras las noticias, y de trucajes las fotografías divulgadas. Y afirma, con tanta convicción como rencor, que precisamente a causa de todas esas calumnias que difunden los vencedores, su marido se ha visto obligado a huir, y dice que está impaciente por ir a su encuentro y dejar para siempre ese país que amó tanto, pero que ha perdido su grandeza desde que se ha quedado huérfano de su Führer. Franz no sabe qué pensar, ni cómo, le cuesta distinguir las fronteras de lo real, separar la verdad de las mentiras; huele fuertes relentes de mala fe y deshonestidad en las amargas palabras de su madre, pero Thea conserva su ascendencia sobre él y su palabra es ley.

También se hace preguntas con respecto a su padre, cuyo nombre, así como los nombres de sus amigos Julius Schlack y Horst Witzel, han sido citados abundantemente durante los juicios que tienen lugar desde que acabó la guerra; las preguntas son tan monstruosas que chocan contra una pared de estupor. A su padre lo han declarado «criminal de guerra». La expresión es tan desmesurada que resulta inconcebible, Franz no logra comprender su sentido exacto. Y no lo logra porque en el fondo no quiere comprender, porque tiene mucho miedo de toparse con una verdad que presiente horrible. ¿Acusan al doctor Dunkeltal de no haber podido vencer

el tifus que diezmó a millares de enfermos en el campo donde ejercía su profesión? Esto le parece injusto al niño, incapaz de atreverse a imaginar otra cosa que no sea una falta por incompetencia. Contra viento y marea conserva una imagen prestigiosa de su padre y el deseo de volver a verlo, de oír de nuevo su canto vibrante y tranquilizador. No, decididamente, Franz no tiene la menor intención de dejar el estado de ignorancia propio de la infancia, ninguna prisa por arrojarse a la contienda cruel de los adultos. Por otra parte, no ha tenido toda la infancia que tenía que tener, la enfermedad le robó una gran parte de ella, la guerra y el éxodo dañaron el resto. Y la parte perdida lo atormenta, le duele, como un miembro amputado que sigue dando punzadas en el cuerpo de un mutilado. De manera que, en lugar de sufrir preguntándose por el sentido de las acusaciones que le hacen a su padre, prefiere volverse hacia el eclipse de su propio pasado y escrutar ese extraño agujero negro que se ha tragado su más tierna infancia.

A fuerza de concentrarse en el misterio semidormido en su interior, lo fortalece. A veces lo siente estremecerse en su carne difundiéndose por debajo de su piel sensaciones fugaces que no sabe si son penosas o agradables. Siempre sucede de improviso, pero no tarda en darse cuenta de que estas fulguraciones clandestinas, que son como un chaparrón de agujas ardientes que estallan dentro de su cuerpo y se lanzan a toda velocidad por sus nervios, sus venas, su columna vertebral, aparecen en ciertas ocasiones, cuando llamean colores intensos y estridentes, como el rojo y el amarillo: un fuego que de golpe cobra fuerza crepitando en la estufa, un sol de mediodía cegador, un crepúsculo excesivamente abigarrado de naranja y rojo vivos, la hendidura gigantesca de un relámpago color azafrán en el azul oscuro del cielo. Una vez, ante semejante irrupción de resplandores incandescentes, sintió una excitación que fue *in crescendo* hasta que culminó, en lo más íntimo de su cuerpo, en un seísmo, una suerte de

conmoción violenta y a la vez voluptuosa, de la que salió molido y aturullado, pero jubiloso. Acababa de tener un orgasmo por primera vez, sin saber de qué se trataba.

Entonces, de repente, se apasiona por los colores y sueña con ser pintor, pero no posee más que unos pobres lápices y algunas tizas con los que, a falta de material, embadurna pedazos de cartón. El resultado es tan decepcionante que enseguida abandona esas prácticas de coloración y se contenta con esperar que surjan, aquí o allá, esos chorros torrenciales de colores que lo dejan en un estado de confusión tan temido como esperado.

OceanofPDF.com

Nota breve

DUNKELTAL, CLEMENS (nacido el 13-4-1904): *Obersturmführer*¹ de las SS.

Doctor en Medicina. Ejerció la función de médico de campo, sucesivamente en los KL² Dachau, KL Sachsenhausen, KL Gross-Rosen y KL Bergen-Belsen.

Efectuaba la selección de los deportados, despachando a las cámaras de gas a los enfermos y a los más débiles. Participó, directa y personalmente, en el exterminio de numerosos prisioneros administrándoles una inyección de fenol en el corazón.

Condenado en rebeldía a cadena perpetua, se lo busca en América Central, adonde se sospecha que ha logrado huir gracias al apoyo de la organización clandestina nazi ODESSA³.

-
1. *Rango militar de las SS (Schutzstaffel) equivalente a un teniente.* ⇐
 2. *Abreviación de «Konzentrationslager» (Campo de concentración).* ⇐
 3. *En alusión a la «Organisation der ehemaligen SS-Angehörigen» (Organización de Antiguos Miembros de la SS) una red de colaboración secreta nazi.* ⇐

Fragmento 7

Pasan los días, lentos, agobiantes. Augusta Keller los cuenta en silencio, los cuenta y los recuenta, como el ahorrador que calcula el monto de sus economías destinadas a proporcionarle una vida mejor. Cuanto más tiempo pasa, más se exagera la prisa que tiene por dejar atrás su actual existencia tan precaria. Espera la señal que le permitirá reunirse con su marido.

Lo que al fin llega, sin embargo, no es una señal de partida, sino el anuncio de un estancamiento definitivo: le informan que su marido ha muerto. Tras una fuga de casi tres años que lo condujo a México, pasando por varios países, trató de radicarse en el estado de Veracruz. Pero como también allí se sentía perseguido, espiado y en peligro, desesperado y en el límite de sus fuerzas, se habría suicidado. El último nombre con el que se ocultaba en el momento de su muerte era Felipe Gómez Herrera.

Augusta Keller ya no espera nada, su sueño de salvarse acaba de hacerse pedazos. La viuda retoma su nombre de Thea Dunkeltal, pues lo peor ya ha sucedido y ahora no tiene nada que temer ni que disimular. Tampoco tiene a donde ir, sus padres han muerto en el bombardeo de Berlín y el resto de su familia ha quedado en Zwickau, atrapada en el otro lado de la frontera que ahora, como una cicatriz purulenta, divide Alemania. En el desierto donde se halla prisionera, la viuda de Dunkeltal se pone a dar vueltas en círculo. Círculos cada vez más estrechos que muy pronto se tornan asfixiantes. Sufre de asma, pero no se la trata. Camina a paso de mula hacia su extinción.

Franz-Georg se encierra en sí mismo, más solo y desamparado que nunca. Pero es en vano, porque vive con una sensación muy aguda de precariedad y de falta de sentido. Como cuando estaba convaleciente en la campiña de Lüneburg, cerca de Celle, busca consuelo en la naturaleza, la tierra y el cielo. Respira el espacio, despliega allí sus sentidos, sueña mucho y con toda clase de cosas. Soñar para él consiste en una especie de lento masticar de lo visible, los sonidos, los olores. Le gusta el lago, esa lisa superficie azul que varía sin cesar, pasando del azul lechoso al violeta casi negro, o de un color tilo opalino al verde oscuro según las horas del día. Le gusta tanto como antes le gustaban las landas. No se cansa de estudiar la vida de los colores, sus constantes transformaciones, el modo en que vibran, sus lentas efusiones seguidas de cambios bruscos.

Y siempre acecha, febril, la explosión de un rojo ardiente, de un amarillo ácido, de un naranja crudo.

Medita sobre el mundo y, más que nunca, sobre las acusaciones contra su padre y las oscuras circunstancias de su muerte. Pero una bruma empaña siempre sus pensamientos, estorba sus preguntas: el afecto y la repulsión que siente hacia ese hombre están constantemente en conflicto en su interior.

Convoca todos los recuerdos que ha atesorado de su padre. Desde que se curó de su enfermedad adiestra su memoria para que registre los detalles, por ínfimos que sean, y los conserve vivos, de manera que consigue ver la silueta, la cara, el porte y los gestos del desaparecido. Este ejercicio de visualización exige mucha concentración y es preciso cerrar los ojos. El padre, entonces, aparece detrás de los párpados del muchacho tal como era antes de la desbandada; Franz-Georg evita recordar al hombre proscrito y perseguido en que se convirtió después. El hijo relega ese recuerdo a las

sombras; le hace mucho daño, prefigura con demasiada crueldad el proceso de degradación del fugitivo en fantasma. Sí, el padre no es más que un fantasma errante más allá de los mares.

No solo se empeña en resucitar visualmente al difunto, sino que se desvive todavía más en dar vida a su voz. Esa voz gruesa que tenía el don de envolverlo con un manto de sombra y de viento más ancho y tierno que la noche. «Tus palabras son un murmullo de brisas, / tus caminos rayos entrelazados, / lo que tu boca calma con un beso...» ¿Cómo es posible que esa voz haya gritado lo espantoso a la cara de centenares, miles de prisioneros, y que los haya exterminado?

Decide aprender español, el idioma del país donde su padre pasó sus últimos días, y estudia la geografía de México. El nombre de Veracruz se yergue como el palo mayor de un velero que ha naufragado en el horizonte, con un cielo muy pálido. Teje un sudario en torno al cuerpo perdido de su padre con las palabras que junta hojeando libros, cotejando un atlas y un diccionario; construye una tumba de voces extranjeras para su voz callada para siempre.

*

La voz de su madre, en cambio, suena estridente y sin aliento. Ya no tiene las inflexiones cálidas de antes, cuando le contaba la leyenda familiar, ni aquellas notas cristalinas que tintineaban en su risa. La leyenda está archivada y las alegrías consumidas.

Una tarde, de vuelta del colegio, encuentra a su madre sentada a la mesa frente a un visitante que él nunca había visto. Hace meses que casi nadie los visita. Thea dice: «Este es Franz-Georg», y, señalando al desconocido, añade: «Te presento a Lothar, mi hermano.» Lothar se pone de pie, pero el chico se queda parado en la puerta, inmóvil. No entiende nada. ¿De qué

hermano se trata? Su madre nunca lo mencionó en la epopeya familiar, solo ha oído hablar —demasiadas veces— de los dos jóvenes soldados cuyos nombres de pila le pusieron a él.

El hombre es alto, bastante corpulento, viste con sobria elegancia. Franz-Georg encuentra que no se parece en nada a su madre, ahora tan menudita y tan marchita. Pero cuando el otro le sonríe, percibe un aire familiar. En la época en que era alegre y afectuosa, su madre tenía la misma sonrisa.

—Lothar ha venido de Inglaterra, donde vive desde hace doce años, para conocerte —comenta Thea. Y agrega—: Partirás con él, a Londres. Tu maleta está lista. Todo está en orden. —Anuncia estas noticias increíbles con indiferencia, mirando la pared gris de la que cuelga un retrato de Clemens.

—¿Y tú? —pregunta Franz-Georg saliendo de su estupor.

—Yo, nada. Me quedo. El viaje sería agotador para mí. Me reuniré con ustedes más adelante, cuando me encuentre mejor. —Pero ya la muerte silba en su voz extenuada y traiciona su pobre mentira. Ninguno es tonto, el hermano y el hijo permanecen callados viendo cómo se abstrae en la contemplación de la fotografía de su marido, o mejor dicho, en la monotonía de la pared sucia, de la nada de su vida.

Por último, mira a su hijo y le dice con una sonrisa forzada:

—Tu Magnus roñoso también viaja. Lo he lavado y adecentado un poco para la ocasión. Ya lo puse en tu maleta.

Al escuchar estas palabras, el chico se da cuenta, sin poder explicárselo, que su madre acaba de despedirse de él y que cualquier cosa que diga para convencerla de que los acompañe, o para retrasar o rechazar esa partida imprevista con un tío que sale de pronto como un conejo de la chistera de

un prestidigitador, sería vana. Un adiós inapelable. Después de haberlo devuelto al mundo por la gracia de la palabra, cuando era pequeño, ahora lo expulsa lejos de ella con un puñado de palabras inflexibles.

OceanofPDF.com

Nota breve

FAMILIA SCHMALKER:

Wilhelm Peter Schmalker , nacido en 1877, en Berlín. Profesor de Medicina. En 1902 se casa con Friedericke Maria Hinkel, nacida en 1884, en Zwickau. Muertos en 1945.

De su unión nacieron cinco hijos:

Lothar Benedikt: nacido el 3-5-1904. Pastor. En 1931 se casa con Hannelore Storm. En 1938 emigra con su esposa y sus dos hijas a Inglaterra.

Paula Maria: 7-2-1905 / 11-2-1905.

Thea Paula: nacida el 21-12-1905. En 1927 se casa con Clemens Dunkeltal (muerto en 1948 o 1949). Fallecida en septiembre de 1950.

Franz Johann y Georg Felix: nacidos el 18-8-1921. Miembros de las Juventudes Hitlerianas¹. Enrolados en las Waffen-SS², participaron en numerosas batallas. Ambos murieron en Stalingrado, con tres días de diferencia, en noviembre de 1942.

-
1. «Hitlerjugend» (HJ). Organización de adiestramiento militar. ↔
 2. «SS armadas». Unidad o cuerpo de combate de élite de las SS. ↔

Fragmento 8

Lothar explica a su sobrino que lo mejor sería que renuncie al apellido Dunkeltal, que podría perjudicarlo. Le propone adoptar el de Schmalker, que le permitiría arraigarse más firmemente en el seno de la familia materna que acaba de acogerlo. También le sugiere que elija otro nombre, Felix, por ejemplo, una palabra bonita que asocia la idea de fecundidad a la de felicidad. Ha tenido su lote de adversidades, es hora de comenzar una vida nueva, con un nombre nuevo que significa «feliz».

Ese nombre, sin embargo, nada tiene de nuevo ni de alegre, era el segundo que le dieron a Georg; el chico conoce a la perfección la biografía de sus jóvenes tíos. Importa poco que el nombre no haya figurado más que en los documentos administrativos y que probablemente nadie lo haya pronunciado nunca, lo cierto es que ya fue atribuido a un miembro de la familia Schmalker; está, pues, cargado de sombras. Franz-Georg se lo dice a Lothar, quien al parecer no conoce este detalle, a menos que esté fingiendo. Lothar elude la cuestión y finalmente deja a su sobrino libre de elegir el nombre que le plazca. Franz-Georg percibe esta incitación a alterar por segunda vez su identidad como una agresión y piensa en su padre, que adoptó muchos nombres diferentes y terminó muriendo en la piel de un tal Felipe Gómez Herrera. Decididamente, los adultos son incomprensibles y a veces irritantes a más no poder. Tras una prolongada y triste reflexión, decide optar por un nombre fácil de llevar, el primero de la humanidad: *Adam*. Lothar lo felicita por su elección.

Hannelore, su tía, no manifiesta ningún sentimiento en particular hacia el joven intruso, superviviente del naufragio de la Alemania nazi, donde, gracia a Dios, pereció el matrimonio Dunkelthal. Estudia al sobrino indeseable con una atención discreta e inquisitiva, preocupada por averiguar qué piensa de los acontecimientos en general y hasta qué punto sus padres han influido en él. Pero se abstiene de formularle preguntas o de aludir al lamentable final de Clemens o al miserable de Thea, muerta unas semanas después de la partida de su hijo. Hannelore experimenta una mezcla de compasión y desconfianza hacia este adolescente huérfano de padre y madre, de su país, de su nombre. Duda de que baste con atribuir una identidad nueva a un chico que pronto cumplirá trece años y sumergirlo en un medio radicalmente distinto del que ha conocido hasta el momento para lavar los horrores de la Historia en que ha crecido y liberarlo del doble duelo que lo afecta.

Pero Adam, como un eco mudo de Hannelore, no transparenta sus sentimientos y jamás evoca su pasado reciente. Los dos se mantienen en guardia, con el corazón cargado de preguntas y silencios.

*

Sin embargo, con el correr de los días Adam descubre los entresijos de la familia Schmalker y, por extensión, la cara oculta de ese Reich que celebraba su madre y al que su padre sirvió con aplicada abyección. Es Lothar quien lo pone al tanto de los hechos, poco a poco. Le sorprende comprobar hasta qué punto el niño fue mantenido en la ignorancia de casi todo y de cuánto se ha deleitado este en su falsa ingenuidad, aunque sospecha los motivos. El tiempo de las fábulas ha terminado; Adam ha crecido, lo quiera o no, y ya no puede seguir refugiándose en la cómoda ignorancia de la infancia por miedo de tener que hacer frente a la verdad.

La realidad termina por alcanzarlo y lo atrapa por el cuello en una ciudad extranjera, en el seno de una familia emigrada, hondamente herida por la crueldad demente que asoló su país de origen y en la que colaboraron algunos de sus miembros. Así es como se entera de las razones que llevaron a Lothar y Hannelore a tomar la decisión de huir de esa Alemania que Hitler había tomado de rehén.

*

Thea, un año y medio menor que Lothar, había estado muy unida a su hermano hasta que conoció a Clemens Dunkeltal, estudiante de Medicina en la universidad donde enseñaba su padre. Thea, la romántica, se enamoró perdidamente de ese alumno brillante que había dudado entre la medicina y el canto, para el cual tenía un don evidente. Clemens, por su parte, se sentía halagado de poder entrar en la familia del profesor Schmalker. El año 1928 fue para él fastuoso: se convirtió en el yerno de un científico eminente y sacó su carné de afiliado al Partido Obrero Nacionalsocialista Alemán que dirigía Hitler, su mentor. Los padres de Thea, pertenecientes a la vieja burguesía conservadora, nostálgica del imperio de Guillermo II y hostil a la República de Weimar ¹, al principio fueron indulgentes con el ardor nacionalista de su yerno y hasta se sintieron un poco orgullosos de él. Thea aprobaba sin reservas todo lo que afirmaba y hacía su esposo. Los mellizos Franz y Georg, aún pequeños, sintieron por ese hombre marcial una admiración ingenua y entusiasta. Quedaba Lothar, el hijo mayor, cuyo interés por la teología y los problemas éticos casaba bastante mal con el credo salvaje que eructaba el autor de *Mein Kampf* ², cuya lectura Clemens le había recomendado con entusiasmo. Las relaciones con su cuñado se deterioraron muy pronto, las discusiones entre ellos terminaban siempre en una pelea, lo cual apenaba a sus padres y exasperaba a Thea. Así acabó la

complicidad que unía desde la infancia a los dos hijos mayores de la familia Schmalker.

El desacuerdo se agravó cuando Lothar presentó a su novia, de origen no ario. Hannelore pertenecía a una familia judía, oriunda de Bohemia, que se había convertido al protestantismo al establecerse en Berlín, hacia 1898. La hostilidad se extremó cuando, en 1933, el régimen nazi quiso controlar a las Iglesias del país, la católica y las protestantes, y obligó a las luteranas a unificarse en una «Iglesia alemana» de la que fueron excluidos todos los que no eran arios. De inmediato se organizó una resistencia en torno a ciertas personalidades influyentes —los pastores Martin Niemöller, Otto Dibelius y Dietrich Bonhoeffer—, que dio lugar a la creación de la «Iglesia confesante»³ y a la organización de seminarios clandestinos. Lothar, que había conocido a Dietrich Bonhoeffer en 1925, cuando estudiaba Teología en la Universidad de Berlín, entró en las filas de los opositores en enero de 1934. Esta adhesión a la Iglesia confesante, la única auténtica porque preservaba la libertad de la Iglesia y respetaba los valores reales de la espiritualidad cristiana escarnecidos por la pseudo Iglesia alemana, sumisa al régimen idólatra criminal, consumó la ruptura con su hermana y su cuñado. Clemens, a quien ese pariente sedicioso, atado a su Biblia como un burro a su estaca y para colmo casado con una judía, irritaba profundamente, se sintió aliviado cuando Lothar decidió alejarse de su familia.

Cada uno siguió su camino, Clemens y Thea a la luz del día en medio de los estribillos atronadores del Reich conquistador; Lothar y Hannelore en la clandestinidad de una resistencia cuya valentía no conseguía compensar la falta de combatientes clandestinos. Ebria de promesas de gloria, la población prefería abstenerse de replicar a un poder brutal y se adhería masivamente a la deletérea ideología reinante.

En 1937, los nazis endurecieron la represión y procedieron a una ola de detenciones en los círculos disidentes. El pastor Martin Niemöller, entre muchos otros, fue encarcelado, juzgado sumariamente e internado en Sachsenhausen primero y después en Dachau, y todos los seminarios paralelos que animaba la Iglesia confesante fueron disueltos. En ese mismo año, la Iglesia católica, que había firmado el concordato con el Estado nazi cuatro años antes, sin haber calculado el grado de criminalidad de Hitler, promulgó la encíclica *Con viva preocupación* ⁴. Pero el Führer se desentendió de esas proclamaciones de virtuosa indignación y siguió su camino aplastando a su paso todo cuanto entorpecía su marcha hacia el podio de los dioses feroces.

Amenazado por ser un disidente, prohibida su actividad pastoral y de enseñanza y muy preocupado por su mujer y por el futuro de sus dos hijas, de cinco y tres años de edad, en la primavera de 1938, Lothar decidió emigrar. Pero al irse era consciente de dejar todo el campo libre a Clemens, que ejercía una influencia nefasta sobre Franz y Georg. Wilhem y Friedericke Schmalker estaban desilusionados desde hacía tiempo y percibían con creciente desasosiego que el régimen, cuyo advenimiento habían aprobado con cierta satisfacción, era un cúmulo de mentiras, delirio y brutalidad, pero por más que procuraran advertir de ello a sus dos hijos menores, estos no escuchaban. Los padres, ya viejos, habían perdido autoridad sobre esos hijos fanatizados que habían hecho de Hitler un dios, de Clemens un modelo y de la guerra una vocación.

*

La guerra o la embriaguez del crimen elevado a misión sagrada. Franz y Georg entraron, con una fe de cruzados, en las Waffen-SS, y mataron, incendiaron y masacraron sin límite en nombre de ese credo empapado de

sangre. Franz murió en combate, con la brillantez de su furiosa pasión, pero Georg, en ese mismo instante fatal, perdió su fe. Frente al rostro destrozado de su hermano descubrió la verdadera cara de su diosa guerra: un pedazo de carne despedazada y sanguinolenta. Era algo que él, el obrero fogoso de la muerte, había visto a menudo, pero sin darle nunca demasiada importancia: sus víctimas, vivas o asesinadas, carecían de rostro. Ni siquiera el espectáculo de sus camaradas muertos en el frente le había impresionado hasta ese punto. Tenía un solo hermano gemelo, Franz, su doble, su segundo cuerpo, cuyo corazón era el eco de su propio corazón. Solo él podía abrirle los ojos, dejándose arrancar la máscara de hombre supuestamente nuevo para exhibir la carne de su pobre rostro mortal. De manera que la guerra era eso, nada más que eso, aterradoramente eso.

Un cambio radical se produjo entonces en Georg; su creencia en el superhombre, celebrada por su partido, se disolvió de golpe, aquejada de inanidad, para dar lugar a una fe en el hombre, simplemente en el hombre, tal como es, con sus imperfecciones y su vulnerabilidad. Arrojó las armas y se negó a participar en los combates. Obstinado en esa negativa, que fue interpretada como una desertión y juzgada como tal, el soldado Georg Felix Schmalker fue degradado, condenado a muerte y ejecutado sin demora.

Clemens, enterado del asunto, hizo todo lo posible por que el escándalo de una muerte tan vergonzosa no trascendiera, para no hacer sufrir a Thea, que desde hacía mucho tiempo le había robado a Friedericke su papel de madre de los gemelos, a quienes amaba con un amor posesivo, y para no perjudicar su propia carrera. Pero el secreto acabó por llegar a oídos de la familia. Los padres vislumbraron un poco de consuelo en su dolor; Thea, en cambio, negó el hecho y proclamó a sus dos hermanos unidos en una misma muerte heroica, como lo habían estado siempre a lo largo de sus vidas.

*

Lothar se había prometido a sí mismo regresar a Alemania en cuanto el nazismo fuera vencido, para estar al lado de sus padres y participar en la reconstrucción del país, y de la Iglesia luterana en particular. Pero sus padres murieron a causa de los bombardeos que trajeron la victoria, y muchos de sus amigos desaparecieron, entre ellos Dietrich Bonhoeffer, quien, tras dos años de cautiverio, fue ahorcado el 9 de abril de 1945, en Flossenburg, el último campo al que lo habían transferido. Incinerado, su cuerpo reducido a cenizas había sido dispersado por el viento.

Pero el viento del Reich acarreaba tantas cenizas humanas que gravitaba con un peso enorme sobre el país en ruinas, y una capa de hediondez cubría el cielo y sofocaba la tierra. En el cielo del Reich desmoronado se extendía un inmenso cementerio, invisible pero palpable, grasiento a más no poder. Y en ese cielo cinerario flotaban todos los miembros de la familia de Hannelore Schmalker, nacida Storm. Por eso ella ni se planteaba siquiera regresar a un país que había dejado de considerar como suyo. No quería vivir bajo un techo de carne quemada y lágrimas desconsoladas, irremediabilmente inconsolables.

-
1. *«Weimarer Republik». Régimen político en Alemania de 1918-1933, tras su derrota en la Primera Guerra Mundial y la abdicación de Guillermo II.* ↩
 2. *«Mi lucha». Primer libro escrito por Hitler.* ↩
 3. *«Bekennende Kirche». Movimiento protestante alemán fundado en 1934, en contraposición al intento de control nazi de las iglesias.* ↩

4. «Mit brennender Sorge». Encíclica del papa Pío XI sobre la situación de la Iglesia católica en la Alemania nazi, publicada en 1937. ↩

OceanofPDF.com

Secuencia

Solo aquel que clama por los judíos y los comunistas tiene derecho a cantar gregoriano.

DIETRICH BONHOEFFER

Fuga de muerte

Leche negra del alba la bebemos al atardecer
la bebemos al mediodía y a la mañana la bebemos
de noche
bebemos y bebemos
Cavamos una fosa en el aire allí se yace sin estrechez
Un hombre vive en la casa juega con las
serpientes escribe
escribe cuando oscurece en Alemania tus cabellos de oro
Margarete
lo escribe y sale de la casa y brillan las estrellas
silba a sus perros que vengan
silba a sus judíos que salgan manda cavar una fosa
en la tierra

nos ordena interpretad ahora la danza

[...]

Grita tocad más dulcemente la muerte la muerte

es un amo de Alemania

Grita tocad más sombríamente vuestros violines

después subiréis como humo por el aire

tendréis una fosa en las nubes allí se yace sin estrechez

[...]

la muerte es un maestro que viene de Alemania

tus cabellos de oro Margarete

tus cabellos de ceniza Sulamita.

PAUL CELAN

OceanofPDF.com

Fragmento 9

Adam ha reconstituido una parte del rompecabezas familiar, más parecido a un cuadro de Otto Dix, George Grosz o Edvard Munch, que a la pintura romántica que le mostraba su madre. Pero ese rompecabezas es aún muy incompleto, hay un agujero del lado de su infancia y Lothar no puede ayudarlo a llenarlo, puesto que se marchó de Alemania en el año de su nacimiento.

Aprende inglés muy rápido, pero no siente con esta lengua la emoción que le procura el español. Estudia los dos idiomas al mismo tiempo, uno por necesidad práctica, el otro por necesidad interior. Ha hecho del español un reto absurdo, mágico: quiere dominar a la perfección el idioma del seudo Felipe Gómez Herrera para así dominar al fantasma del asesino, cuyos crímenes han quedado impunes para siempre, y la repugnante seducción que todavía ejerce en él. En él, el hijo engañado, abandonado y, por encima de todo, insoportablemente manchado por esa filiación. No es una tumba lo que en esa lengua quiere erigir sobre el cuerpo del suicidado, sino una fortaleza donde recluirlo eternamente. Lo que realmente le gustaría es poder disolver a ese padre en las palabras que conquista con pugnacidad. Como en un ácido.

En cuanto a su madre, no logra situarla con precisión en las accidentadas geografías de su corazón. Piensa en ella con una mezcla de ternura, rencor, cólera y compasión. Piensa en ella a menudo, tanto que no puede resignarse a la idea de que no la verá nunca más.

De veras había lavado y adecentado su mugriento oso de peluche antes de meterlo en la maleta, como le dijo la víspera de su separación, pero

resulta que ese «adecentado» se parece más a un remiendo. Los ranúnculos amarillo oro, que constelaban de dulzura los ojos de Magnus, pasaron a sus pies, y en su lugar cosió dos rositas de cristal, incoloras pero muy brillantes. Tras un instante de sorpresa y de duda, Adam las reconoce: esas rosas de agua chispeante son los pendientes de diamantes que Thea llevaba antes, en la época de las cenas fastuosas y las veladas musicales en la casa de las landas. El niño que entonces era se maravillaba ante esos destellos de luna que rielaban en los lóbulos de su madre y aureolaban su rostro y su cabello rubio con una claridad astral. Se los había llevado consigo cuando huyeron, lo mismo que sus joyas, que eran muchas, para usarlos como moneda de cambio en caso de necesidad. Como la necesidad fue permanente, había vendido todas las piezas de su tesoro, pero había conservado esos dos diamantes de una pureza perfecta. Ahora brillaban en la carita de Magnus, dos ojos saltones facetados, desprovistos de color y, sobre todo, de ilusiones. Dos ojos de mosca monstruosa, ciega y cegadora.

Lo primero que se le ocurrió a Adam fue arrancar esos diamantes obscenos que desfiguraban a su oso, pero en el momento de pasar al acto, sus manos se detuvieron, como si hubiera estado a punto de violentar a su madre, de enuclearla. Se limitó a quitar del cuello de peluche el pañuelo bordado con el nombre de Magnus para vendarle los ojos. Al examinar los botones de oro cosidos de un modo tan ridículo en los pies de Magnus, se dio cuenta de que también eran pendientes, una alhaja más modesta, de oro aleado con cobre. ¿Los habría usado de soltera, antes de casarse con Clemens y de apropiarse de las joyas robadas a las mujeres que su marido asesinaba en los campos?

Envolvió a Magnus con una tela y lo escondió en el fondo del armario de su habitación.

*

Cuando alcanzó el nivel de inglés suficiente para seguir una escolaridad normal, su tío lo inscribió en un colegio, el mismo en que ahora se encuentra de pupilo. Vive, pues, la mayor parte del año separado de la familia Schmalker y sus relaciones con sus dos primas, Erika y Else, cinco y tres años mayores que él, son distantes. Su preferida es la menor, una niña morena graciosa y traviesa, muy cortejada. Erika, en cambio, le inspira sentimientos confusos, más bien dolorosos, porque se parece mucho a Thea. La tía se ha impuesto a la madre dándole a Erika su pelo rubio, los rasgos angulosos y hasta las inflexiones de voz. Pero la muchacha ha sacado de Hannelore el carácter taciturno, la mirada grave y la discreción. Este cruce de parecidos se nota en todo, hasta para elegir novio: un joven de la comunidad alemana emigrada a Londres y que se prepara para ejercer la misma función pastoral que su futuro suegro, como antaño el estudiante de Medicina Clemens Dunkeltal había seguido los pasos del Profesor Schmalker, si bien es cierto que no tardó en desviarse por otros caminos, descarriándose hasta hundirse.

Todas las amigas de Else despiertan la curiosidad de Adam, pero hay una que le interesa de un modo especial: una pelirroja de cabello rizado llamada Peggy Bell. Lo que más lo seduce en esta chica de carácter lunático son ciertas peculiaridades insólitas de su físico, de las que ella se avergüenza y que a él le parecen magníficas, como las manchas de salvado que salpican sus mejillas y su nariz respingona, el hoyuelo que se le forma en la mejilla izquierda cuando sonrío, la discreta coquetería que confiere a sus ojos verde tilo un aire permanente de sorpresa, sus manos y sus pies, pequeñitos y rollizos como los de una niña.

Pero esa niña ya tiene diecisiete años y es muy avispada. Una tarde de verano, de visita en casa de los Schmalker, se queda un momento a solas con Adam en el salón; se levanta de un salto de la silla en la que estaba sentada y se coloca frente a él, un adolescente de quince años bastante torpe y en plena confusión del deseo, y le pregunta a bocajarro: «¿Soy bonita? Dímelo, francamente, ¿cómo me ves? ¿Soy o no soy bonita?» Adam se queda mudo. Ella se hace la ofendida, y él, incapaz de hacerle un cumplido, de decir algo o de sonreír, la toma en sus brazos y la besa en la boca. Al contacto con esos labios tibios, esos senos tan tiernos contra su pecho, ese cuerpo tan fresco y lleno de curvas, siente que le sobreviene un ataque tan violento como el que sintió, con deleite y estupor, un día ya lejano, a orillas del lago Constanza, en presencia del incendio del cielo y el agua durante una tormenta. Su beso y su abrazo son tan breves como lo fue el gigantesco relámpago de aquel día, y su efecto igual de fulgurante. Entonces, con la misma brusquedad con que la atrajo hacia él, la empuja y sale corriendo del salón, rojo de vergüenza, dejando a Peggy desconcertada.

Este beso robado va a desencadenar en Adam, durante meses, un chaparrón de sueños que a veces lo despiertan sobresaltado en medio de la noche, con una humedad lechosa en el vientre. En cada uno de sus sueños ve a Peggy Bell avanzar hacia él, unas veces sonriente, otras enfurruñada, jugando con su falda plisada que al vaivén de sus pliegues se abomba, se tuerce y luego vuelve a su sitio, pesada y recatadamente, para enseguida empezar a moverse otra vez, a contorsionarse. El juego dura bastante tiempo, hasta que Peggy coge la falda por el dobladillo y se la levanta con un gesto rápido. Se la levanta hasta la cintura, mostrando sus rodillas, sus muslos, su vientre. No lleva bragas, solo un minúsculo sol pelirrojo cuyos rayos vibran sobre su piel muy blanca. A veces el sol gira en redondo, otras

se transforma en un cardo anaranjado o en la funda erizada de una castaña. Pero ¿qué hay dentro de esa funda exactamente?

*

Erika se casa; al año siguiente le toca el turno a Else, y después a Peggy Bell. No ha sido él, Adam, sino otro, un tal Timothy McLane, quien se ha arrogado el derecho de penetrar el secreto del cuerpo de Peggy. Otro que no es él meterá mano en su vientre y en sus senos, en el pequeño sol pelirrojo que arde entre sus muslos. Otro, un salteador; no él.

En la noche de la boda, Adam, movido por la rabia y el despecho de saber que le han birlado su sueño, hace lo que hasta el momento no se había atrevido a hacer, porque creía que no era capaz: aborda a una prostituta. Mientras que en alguna parte Peggy se quita el traje blanco en una suite nupcial y se dispone a ofrecerle a su marido su cuerpo virgen, Adam mira a una mujer desconocida de cabello teñido desvestirse con ademán rutinario en un cuarto de una casa de citas y exhibir ante él su cuerpo marchito. La mujer se acuesta en la cama y abre las piernas. Y así Adam termina de una vez por todas con su virginidad, con su sueño de un sol que arde suave como la seda, con su falso candor y sus imágenes ingenuas, pero no con la fuerza del deseo, que, al contrario, cobra un impulso nuevo y más intenso.

*

La casa de los Schmalker, adonde sigue yendo en vacaciones, le parece vacía; algo insípido flota en ella ahora que el perfume de las chicas se ha ido. De vez en cuando se oyen unos quejidos suaves, y llantos: es Myriam, la hija de Erika, que visita, con su bebé, a sus padres. Es la primera vez que Magnus ve a un bebé. Es verdad que de niño vio muchos muertos por los caminos del éxodo, pero nunca había estado ante un recién nacido, y el espectáculo le asombra. Myriam es un ser minúsculo. Tiene el pelo castaño

pegado a la cabeza, los ojos cerrados y protuberantes como los de un batracio, los puños diminutos tenazmente cerrados y una boca golosa de leche y protestas. No se atreve a tomarla en brazos, le aterra su fragilidad, su olor le repugna, sus chillidos le molestan. Pero se agacha para mirarla en su cuna, y la contempla largo rato, conmovido por esa extraña mezcla de frescura, fineza y delicadeza, y su fealdad de sapo, patética, cuando se le crispa la carita y se retuerce porque tiene hambre o algo la contraría; es la cara de un viejo en miniatura, de piel diáfana y satinada, concentrado en una sabiduría ancestral, demasiado vasta para su pensamiento todavía informe. También él, se dice, fue como ese bebé, un viejo sabio color de nácar, lleno de un saber inmemorial, estremecido de dulzura en los brazos de su madre, de plenitud contra el seno de su madre, de luz en la mirada de su madre, y bebiendo de esa madre hoy muerta la leche, las sonrisas, las palabras tiernas, las caricias y el olor. Sospecha que eso no pudo haber desaparecido del todo, que ese amor original debe de permanecer dormido en el fondo de su carne; en días lejanos, esa leche lo alimentó, esas sonrisas lo calmaron, esas palabras canturreadas lo despertaron al mundo y la claridad de los ojos maternos a la belleza del día. En otros días, que llegarán con el tiempo, este amor que duerme en la noche de su corazón levantará tal vez su rostro de alba para iluminarlo por fin, para ayudarle a perdonar todos los crímenes de los que fue cómplice en vida esa madre loca, por orgullo y trágica imbecilidad. Tal vez.

Y contiene la respiración al filo de ese tal vez, frente al bebé arrullado en su cuna, frente al enigma de ese cuerpo tan menudo, tan vulnerable y no obstante soberano, concentrado en el ruido de su propia sangre, en la que aún murmura toda la memoria del mundo, del universo.

Hannelore no ha dejado de comportarse con él como una anfitriona solícita, aunque fría, y Lothar como el tutor preocupado sobre todo por la buena instrucción escolar, moral y religiosa de su sobrino. Pero una estructuración afectiva, en el verdadero sentido de la palabra, no le dan. Sus sentimientos son desordenados, no sabe lo que le gusta ni lo que quiere; no sabe cómo amar. De vez en cuando, si puede, va con una prostituta, pero su corazón suena hueco.

Eso es: los Schmalker son tutores que asumen lo mejor posible su tarea educativa. Porque Adam siente que no es más que un injerto en la familia de su tío, un refugiado por segunda vez bajo un techo de emigrados. No es un hijo, ni nunca lo será. Peor, sigue siendo el hijo de un verdugo, que además fue un cobarde, y de una criminal por complicidad, estupidez y vanidad. Su impotencia para aniquilar esta ascendencia nauseabunda, o al menos pedir cuentas a sus padres, a quienes amó con una inocencia que ahora juzga culpable, se traduce en una violenta enemistad consigo mismo. Ese resentimiento lo anuda por dentro y, al salir de la adolescencia, esculpe sus rasgos con dureza.

El niño enclenque que fue, a causa de los años de pobreza en Friedrichshafen, se convierte, a los dieciocho años, en un joven de estatura mediana, ancho de hombros y con una cara cortada a machetazos. Tiene el cabello más oscuro, color nogalina con reflejos cobrizos, y sus rizos, antaño graciosos, se han vuelto hirsutos. Su frente es ancha y prominente, sus cejas parecen espesos acentos circunflejos, y el castaño claro de sus ojos hundidos en la sombra de las órbitas se llena de humo y se tiñe de reflejos dorados. Tiene pómulos altos, nariz chata, labios carnosos, el superior ligeramente salido, y una mandíbula cuadrada. Nada de la belleza de su madre ni de la prestancia de su padre en la época en que ambos fueron jóvenes. Tiene algo de oso y de carnero.

OceanofPDF.com

Nota breve

OSO: Como todos los animales feroces, el oso forma parte de los símbolos del inconsciente ctónico; lunar, y por lo tanto nocturno, corresponde a los paisajes interiores de la madre tierra.

Numerosos pueblos lo consideran su ancestro. Hasta no hace mucho tiempo en Siberia todavía existían cementerios de osos.

Los yakutos de Siberia piensan que el oso «lo oye todo, se acuerda de todo y no se olvida de nada». Los tártaros del Altai creen que «oye por mediación de la tierra», y los Soyot dicen: «la tierra es la oreja del oso».

En Europa, el aliento misterioso del oso emana de las cavernas. Es, pues, una expresión de la oscuridad, de las tinieblas; corresponde en la alquimia a la negrura del primer estado de la materia. La oscuridad, lo invisible unido a lo prohibido, refuerza su función de iniciador.

CARNERO: Es una representación cósmica de la potencia animal del fuego que surge, intenso, resplandeciente, explosivo, en el primer momento de la manifestación. Se trata de un fuego a la vez creador y destructor, ciego y rebelde, caótico y prolijo, generoso y sublime, que, desde un punto central, se extiende en todas direcciones. Esta fuerza ígnea se asimila al surgimiento de la vitalidad primera, al impulso primitivo de la vida, con lo que ese proceso inicial tiene de ímpetu puro y brutal, de descarga irruptora, fulgurante, indomable, de transporte desmesurado, de hálito inflamado.

J. CHEVALIER & A. GHEERBRANT,

Diccionario de símbolos ¹

-
1. *Publicado en idioma original como «Dictionnaire des symboles» en 1982. ↩*

OceanofPDF.com

Fragmento 10

Como aprende los idiomas con una facilidad extraordinaria y sigue profesando una oscura pasión por el español, opta por el estudio de la lingüística románica. Además de español, estudia portugués y francés en la universidad. La verdad es que está dotado de una memoria fuera de lo común, ya que desde los seis años de edad se esmeró en adiestrarla como reacción y para defenderse de la pérdida de los recuerdos de su primera infancia. Memoriza de inmediato cada palabra nueva que lee u oye y lo mismo hace con todo cuanto es visual. Pero este exceso de memoria, que para estudiar representa una ventaja, para él es una carga. Su memoria trabaja sin descanso, registra cualquier detalle por mínimo que sea, no olvida nada. Es un tormento incluso de noche, porque congrega en sus sueños una profusión de imágenes y palabras con tan aguda precisión que a veces despierta sobresaltado. Entonces tiene la impresión de que el tiempo se rompe, que el pasado y el presente entran en colisión, encastrándose el uno en el otro, trastocando el orden de los acontecimientos. En su interior cohabitan, intactos, insoportablemente vivos, vivaces, todos los instantes de su vida desde los seis años de edad. De tal manera que le resulta imposible hacer el duelo de sus padres, mantenerlos a distancia, a ellos y sus mentiras, su locura, sus crímenes. Y sus fechorías son un lastre de vergüenza, dolor y cólera que aplasta su cuerpo y aprisiona su juventud. Mantienen cautivo su corazón; es el rehén póstumo de dos depredadores a quienes la muerte garantiza eterna impunidad y, por lo tanto, la permanente voluntad de perjudicarlo. Si hay o no juicio en el más allá, no es asunto suyo; es aquí y ahora, ante el mundo, donde el hijo mortificado querría hacer que sus padres confiesen y paguen por lo que hicieron, especialmente su padre.

*

Al final del tercer año de estudios parte por cinco semanas a México. Es su primer viaje desde que emigró a Inglaterra y el primero que hace fuera de Europa. Se va solo; solo, al encuentro de un país y de una lengua que conoce por los libros y que lo traspasa con acerbo deseo.

Cuando desembarca en ese país, tiene la sensación de descubrir físicamente a una persona de la que durante años solo había oído la voz. Descubre el cuerpo inmenso, rugoso, magnífico, de la lengua que fue la tumba del seudo Felipe Gómez Herrera. A los diez días de haber llegado a México, parte hacia el estado de Veracruz. No sabe qué es lo que va a buscar allá, en realidad no sabe dónde descansa su padre, ni si lo enterraron o lo incineraron, no conoce a nadie que pueda referirle los últimos momentos del fugitivo. Su madre se había limitado a anunciarle el hecho en sí: la muerte de Clemens Dunkeltal, suicidado, sin más explicaciones, tras lo cual se emparedó en su desesperación, tan abrumada por la soledad que también ella murió a fuego lento. Entonces echa a andar por la ciudad de Veracruz, recorre sus barrios, el puerto y los astilleros. A veces se detiene en medio de una acera y observa las fachadas de las casas, preguntándose si su padre vivió allí o se escondió por allá. Deambula por los muelles, contempla los barcos —quizás uno de ellos transportó al fugitivo—, escruta las aguas oscuras que relucen llenas de grasa en el puerto, donde tal vez el cretino, sin fuerzas ni recursos, se arrojó para no tener que hacer frente a la justicia. Pasa el día entero haciendo conjeturas, pero no se decide por ninguna.

*

Una noche anda sin rumbo por una avenida cuando repara en una mujer que camina delante de él. Su paso es decidido, tiene el cabello negro,

recogido en una trenza gruesa y larga, y unas piernas espléndidas. Olvida por un instante sus reflexiones y la sigue, por el mero placer de contemplar su silueta y su andar de bailarina.

En un momento dado, la mujer baja de la acera para cruzar la calle, pero, ya en la calzada, un automóvil, que ella no ha visto, se le echa encima a toda velocidad. Adam se precipita y logra cogerla de un brazo justo a tiempo y empujarla hacia atrás. El conductor pasa como un bólido, indiferente al accidente que estuvo a punto de provocar. La mujer está aturdida por la sorpresa y el ruido del motor del coche. Adam se ha quedado sin aliento. Por fin ella le dice, en inglés, con un fuerte acento norteamericano: «Gracias, creo que usted acaba de salvarme la vida...», enseguida se recobra y repite la misma frase en español, buscando las palabras.

La hermosa transeúnte se llama Mary Gleanerstones, viene de San Francisco y se encuentra en Veracruz por unos días acompañando a su marido en un viaje de negocios. Insiste en que desea presentarle a Terence, su esposo, con quien se disponía a reunirse en su hotel, y lo invita a cenar con ellos.

*

Los Gleanerstones son mayores que él. Mary, que se hace llamar May, tiene unos treinta años, y él anda cerca de los cuarenta; su cabello castaño oscuro está completamente blanco en las sienes, y esa blancura en forma de mechoncitos rizados suaviza los rasgos irregulares de su rostro. En el transcurso de la velada, Adam descubre en Terence una extraordinaria capacidad de observación y delicadeza al escuchar, siempre atento detrás de su actitud desenvuelta y su humor, y en May una mezcla de dureza y pasión, de impaciencia y voluntad, de orgullo e ironía. Su rostro de ojos

oscuros, nariz rectilínea, pómulos anchos y altos, es depurado como una máscara de madera a la que se le ha dado un color ocre. Debe el tinte de su piel y sus rasgos a una antepasada india de la tribu de los Omaha, quien, asegura, se impuso después de tres generaciones, eclipsando con tranquila insolencia las demás sangres, venidas de Hungría, Escocia y Ucrania, que están mezcladas en su descendiente.

Adam, más que hablar, escucha, impresionado por esa pareja más madura que él y que pertenece a un mundo tan diferente del suyo, un mundo en movimiento, abierto, donde todo parece fácil: el dinero, los viajes, las relaciones, el arte de conversar. Intuye que están unidos por una estrecha complicidad, más fraternal que amorosa, que hace que de su presencia emane la misma simplicidad y generosidad, y se siente cómodo en su compañía. Por primera vez en su vida se siente en confianza. Sin embargo, no dice nada del verdadero motivo de su viaje a Veracruz, nada de su infancia alemana; se ha presentado como un estudiante inglés que está de vacaciones y elude cualquier pregunta relacionada con su familia.

Cuando terminan de cenar, May busca en su bolso y saca un libro envuelto en un sobre de papel. «Es una novela, de un autor mexicano, publicada hace dos o tres años, de la que me han hablado muy bien», explica. «La he comprado hoy, pero mi español es más flojo que el suyo y por eso prefiero regalársela. Una vez que la haya leído, me dirá si realmente vale la pena que yo haga el esfuerzo de leerla en la lengua original, como me han aconsejado.» Como una confirmación del pretexto de volver a verse, Terence introduce en el sobre su tarjeta de visita, pero antes escribe al dorso la dirección del hotel.

*

Una vez en su habitación, Adam abre el libro. Se trata de *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo. Como ya es muy tarde y está cansado, se conforma con hojearlo y leer algunas frases al azar. Pero la novela de Juan Rulfo no se deja sobrevolar distraídamente, despierta la atención adormilada de Adam, la atrapa. Y lee de un tirón la historia de Juan Preciado, que partió tras las huellas de su padre, a quien nunca conoció, un tal Pedro Páramo, que reinó en el pueblo de Comala como un pequeño déspota devorado por la ambición y el gusto del poder en el pueblo de Comala. Pero Comala no es más que un pueblo perdido fuera del tiempo y de la vida, blanco de calor bajo un sol de muerte: «Aquello está sobre las brasas de la tierra, en la mera boca del infierno.» Porque todo es muerte en Comala, y el relato de Rulfo es una extraña polifonía fúnebre en la que las sombras entretejen sus voces vagabundas, lancinantes.

Adam lee y relee el libro hasta quedar exhausto. Después ya no lee, sino que entra en el libro, camina por las páginas, por las calles desiertas de Comala. Camina siguiendo a Juan Preciado, el hijo en busca de su progenitor derretido en el polvo abrasador de Comala, de paredes color hueso untadas de voces difuntas que insisten en hablar en la ausencia, en reunir los recuerdos de sus pobres existencias desaparecidas hace mucho tiempo.

Camina siguiendo a Juan Preciado, pero a este le va pisando los pasos una cohorte de fantasmas transformados en ecos, y esas voces fantasmales resuenan en su cabeza.

Juan Preciado es su doble, su guía por los escombros de la memoria, por el laberinto del olvido. Y Pedro Páramo, odioso caudillo de provincia, hombre violento y altanero, es la sombra de Clemens Dunkeltal trasladada a Comala, pueblo de ninguna parte, de todas partes, lugar imposible de situar

y obsesionante. Pueblo-osario que rezuma resonancias, llamadas y quejas, pueblo-espejismo en el cruce de los vivos y los muertos, de lo real y el sueño.

OceanofPDF.com

Secuencia

Ya lo sentirá más fuerte cuando lleguemos a Comala. Aquello está sobre las brasas de la tierra, en la mera boca del infierno. Con decirle que muchos de los que allí se mueren, al llegar al infierno regresan por su cobija.

[...]

Este pueblo está lleno de ecos. Tal parece que estuvieran encerrados en el hueco de las paredes o debajo de las piedras. Cuando caminas, sientes que te van pisando los pasos. Oyes crujidos. Risas. Unas risas ya muy viejas, como cansadas de reír. Y voces ya desgastadas por el uso. Todo eso oyes. Pienso que llegará el día en que estos sonidos se apaguen.

JUAN RULFO,

Pedro Páramo

OceanofPDF.com

Fragmento 11

En cuanto amanece, Adam se pone en marcha. Sale de la ciudad con el libro en el bolsillo. Va rumbo a Comala.

Se dirige al azar, hacia el oeste, alejándose de la costa. Bordea los campos de algodón, ve teñirse de rosa el cielo a la altura de los huertos. Camina de espaldas al sol, su sombra aún es pálida, incierta.

Anda por una tierra desconocida, persigue a un fantasma, pero ¿de quién? ¿De Pedro Páramo, de Felipe Gómez Herrera, de Clemens Dunkeltal, de Thea, de sí mismo? No lo sabe. El fantasma, de todos modos, huye.

*

Se dirige a Comala, a ninguna parte, a sí mismo. Avanza con pasos zigzagueantes, furiosos. Es un peregrino lleno de cólera que ha venido a torcerle el cuello al espectro paterno y también al niño tonto que fue y que amaba a su padre. Pero el fantasma se esconde todo el tiempo, lo provoca, lo agota; y su cólera se aguza y se depura de a poco. Su sombra se alarga, se oscurece.

Sabe bien que la cacería es absurda, que fracasará, pero no se desanima. Siente que se está tramando algo, algo indefinible, insensato y no obstante potente. Algo entre él y ese lugar, entre él y ese momento al margen del tiempo. Y lo que dentro de él conspira, sacude su memoria, la desamarra y la hace girar, despacio al principio, pero cada vez más rápido.

Miles de imágenes desfilan al revés ante sus ojos. Como un agonizante, ve fulgurar todo su pasado.

*

El calor es intenso, hace horas que camina. Su sombra se ha encogido, condensado, es un charco negro en la punta de sus zapatos. No ha dormido ni comido nada desde la víspera, y de pronto las fuerzas lo abandonan. Se sienta a la vera de un campo, en un talud pelado. El sol, ya muy alto, pega fuerte. Siente vértigo, se acuesta en el suelo.

*

Está acostado, pegado a la tierra, al cuerpo de la lengua-sudario de su padre, de la lengua-ácido en la que disolver para siempre los residuos asquerosos del amor que sintió hacia ese padre. Pero no, el español no es la lengua de esta tierra, no es su lengua original, llegó para implantarse aquí, hace solo un puñado de siglos, por la violencia de las armas. Una lengua más antigua gime debajo de las piedras, del polvo. La lengua de los vencidos sigue viviendo, tenaz, rebelde.

Y, poco a poco, empieza a oírse otro rumor. Brota de todas partes, de la tierra y el aire, de los pedruscos y las hierbas. Es un canto abrupto y lastimero que enseguida se hincha, se dilata, trepida.

*

El canto asalta el cuerpo roto del cazador de quimeras. Es el coro de insectos en el calor vibrante del mediodía, voz múltiple, monótona y voraz. El aire abrasador rechina, chisporrotea, el suelo emite débiles chirridos, un zumbido leve. Los insectos bordan con sus vocecitas obstinadas el silencio de la tierra ahíta de sol, se consagran a su minúsculo destino, en la superficie del vacío, rayan la hora incandescente con estrías vocales, como para dejar una huella de su presencia que a nadie importa, para probarse que existen y gozar lo más ruidosamente posible de su paso, tan efímero, por este mundo. Canto de ebriedad, desolación y pugnacidad. Canto de los seres vivos, animales y hombres.

*

Y, de pronto, lo que hace un rato complotaba en su cabeza febril, mientras él vacilaba bajo el sol, explota en su cuerpo tendido en el suelo, acribillado de gritos de insectos; una crecida de visiones sonoras lo inunda. Pero su padre no figura en ninguna de ellas; el estallido de recuerdos que lo sobresalta proviene de otra parte, de más lejos, es un mar de fondo que se alza en medio de la noche en la que él, Adam Schmalker, aún no estaba vivo; antes de que se hiciera llamar así y antes de llamarse Franz-Georg Dunkeltal.

Antes, mucho antes.

Antes, en lo más vivo del momento presente.

Oye el bramido de un órgano colosal, ensordecedores golpes de címbalos, el redoble de millones de tambores. Una orquesta loca toca en el cielo, toca con instrumentos de acero, de fuego. Su tumulto se hunde hasta el fondo de la tierra, que tiembla y grita.

Es un coro disonante de hombres y mujeres de todas las edades, niños, bebés, y perros, que grita de esa forma en respuesta al estruendo de la orquesta, y ese coro, compacto, que estaba arrebujaado bajo tierra, súbitamente se dispersa en completo desorden. Su clamor se propaga, corre a ras de la tierra, se despedaza. Él es uno de los fragmentos de este clamor pulverizado, que corre gritando y llorando.

*

Ve la deflagración del cielo, lo ve romperse como un dique y torrentes de lava negra, de meteoritos rutilantes, de relámpagos blancos como el azufre, brotando de entre las brechas. La orquesta loca toca a rabiar con fuego.

Ve a seres humanos y animales transformarse en antorchas vivas, otros se funden en el asfalto licuado que salpica en las calles destripadas, y los hay que caen despedazados.

Ve árboles que se estiran oblicuos, enormes jabalinas abigarradas de llamas que se cuelan por las fachadas de las casas mientras estallan en pedazos los vidrios, vuelan las chimeneas, las tejas, las vigas.

*

Ve el agua incendiarse, en el puerto, los canales, los ríos, los estanques, las cunetas. Por todas partes el agua se convierte en fuego y se evapora con un siseo; se incendia hasta en las lágrimas de los rostros de los extraviados, de los agonizantes.

Percibe la pestilencia acre de la carne quemada, la insipidez nauseabunda de la carne hervida, el hedor de la sangre y de las vísceras. Las piedras, los adoquines, los maderajes no son más que arena negra, grava, trozos de carbón.

*

Ve caer del cielo entorchados de un color amarillo crudo, torrentes bermejos, salpicaduras de un naranja cegador que lastiman la noche. Una orgía de colores viscosos y a la vez límpidos. Gigantescos escupitajos de oro y de escarlata para coronar la ciudad difunta.

Oye tronar los escupitajos de colores y de repente, en medio de las marionetas desmembradas que corren en todas direcciones, ve a una mujer cubrirse de pavesas color azafrán de la cabeza a los pies; baila un vals solitario, frenético, dando agudísimos gritos. La ve desplomarse al suelo, retorcerse unos segundos y...

*

Y: nada más.

No sabe, no ve ni oye nada más, nada más que a esta mujer-antorcha que ha quedado reducida a un deforme montoncito negro rojizo que echa humo y hiede. ¿Su madre? ¿Un hada, una bruja, un tronco de árbol, un ángel fulminado? ¿Una desconocida?

La mira, la ve consumirse, calcinarse. La mira, con los ojos muy abiertos, la ve desaparecer de su vista, irse de su vida. Con los ojos muy abiertos, muy ciegos, la mira, la mira...

OceanofPDF.com

Nota breve

La *boca* del infierno es el orificio que engulle al género humano. Es la representación del célebre tema del descenso a los infiernos. Es también el lugar de donde salen las voces [...]. El eco es una forma sonora que se inscribe en el tiempo y se produce en determinados ambientes propicios para la reflexión de un sonido original. [...] El futuro del eco es una pared, un obstáculo, una condenación; el eco choca con algo que lo devuelve al pasado. El eco es un sonido móvil, pero que anda al revés, sin esperanza de transformarse alguna vez en otro, diferente; la usura es su *fatum*.

FABIENNE BRADU,

Ecos de Páramo

OceanofPDF.com

Fragmento 1

Hamburgo, a la hora de Gomorra.

La operación de destrucción se esmeró en mostrarse a la altura de un desastre como ese. Hizo surgir en la tibieza de una noche de verano una ópera monstruosa cuyos actos, tan atropelladamente representados, no se distinguían los unos de los otros.

«Yahvé hizo llover sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego de Yahvé, desde el cielo. Destruyó estas ciudades y toda la hoya, y cuantos hombres había en ellas y hasta las plantas de la tierra.»

Entre los habitantes hay un niño de cinco años y medio; duerme, abrazado a su oso de peluche, en un sótano atestado de gente. Pero los sótanos son refugios insuficientes, cual trampas para ratas cuando toda la estructura se cae encima de uno, y los sobrevivientes se precipitan fuera del escondite alfombrado de cuerpos reventados. Huyen por las calles que ahora pasan entre tocones de muros humeantes, corren gritando despavoridos, aumentando el fragor de Gomorra donde no se oyen más que gritos por todas partes, gritos que no cesan, que de pronto callan y vuelven a oírse en otro sitio, otros y sin embargo siempre iguales.

Al niño lo han arrancado de su sueño y ahora corre sin entender lo que sucede y mezcla su llanto a la barahúnda general; su llanto se transforma en sollozos cuando la mano que lo llevaba lo suelta inesperadamente. Está solo en medio de la multitud, muy solo en su pesadilla. Pero su llanto cesa de golpe cuando ve que la mujer que lo llevaba de la mano se pone a bailar un vals en medio del barro cubierto de cascotes, con un enorme pájaro de fuego pegado a los riñones. La rapaz despliega sus alas luminosas y

envuelve íntegra a la mujer, de la punta del pelo a los talones. Al presenciar el rapto, de una velocidad prodigiosa y una belleza feroz, el niño traga saliva como si se tragara una piedra, y con ella todas las palabras que sabía, todos los nombres.

*

Hamburgo, hora de la erradicación.

«... Y mirando hacia Sodoma y Gomorra y toda la hoya, Abraham vio que salía de la tierra una humareda, como la humareda de un horno.»

El niño no es Abraham, es solo un niño muy pequeño que aprieta con fuerza su oso de peluche contra su pecho y se le astilla la mirada. Se muere allí, vivo, delante del horno, muere para su memoria, su lengua, su nombre. Su espíritu se petrifica, su corazón se condensa en un bloque de sal. Como contrapunto de las deflagraciones celestes y las vociferaciones de la ciudad destrozada, oye el ruido muy sordo de su corazón salino, que late en el cuerpo de tela del oso cuyo hocico se aplasta contra su garganta y cuyos ojos de botones de oro se pegan a su cuello. El calor es sofocante, el aire está saturado de partículas de sebo y de gas; solo los ojos de su peluche parecen haber conservado una frescura y una dulzura milagrosas.

*

Hamburgo, hora cero.

«La mujer de Lot miró hacia atrás y se convirtió en un bloque de sal.»

En ese agujero temporal, un niño, en el instante mismo de morirse, es devuelto al mundo, arrojado, completamente desnudo, a un cráter del mundo. Ya no sabe nada de sí mismo, confunde su cuerpo con el del osito de ojos de ranúnculos. No sabe nada de la humanidad, confunde la voz humana con el estruendo de las explosiones, el alud de piedras, vigas y

metales, el bosque de llamas que corre enloquecido por la ciudad arrasada, gemidos de agonizantes y gritos de sobrevivientes aquejados de demencia. Ya no sabe su idioma, las palabras son sonidos embutidos en el lagar-horno de la guerra. Chorra un jugo pegajoso, que apesta a sangre y a carne carbonizada, a azufre, a gas, a humo. Un jugo grasiento y negro, fileteado de chispeantes regueros amarillos y escarlatas.

*

Hamburgo, al alba que sucede a Gomorra.

El niño, nacido de nuevo, dado a luz solo en las ruinas, parido por la guerra, confunde la belleza y el horror, la locura y la vida, el teatro de marionetas y la muerte. Parte, como un bulto empujado por el viento, llevado por el tropel de sobrevivientes que huyen de la hermosa ciudad bañada por las aguas, castigada por los crímenes cometidos por el Reich.

Cuando la gente se fija por fin en ese chiquillo sonámbulo, evidentemente perdido o huérfano, este no puede contestar ninguna de las preguntas que le hacen. Creen que es sordo o idiota. A alguien se le ocurre desatar el pañuelo medio rojo que su oso lleva en torno al cuello. Hay un nombre bordado con hilos de algodón de todos los colores: Magnus. ¿Es el nombre del osito, el del padre del niño o el del niño? Ante la duda, deciden llamar así al pequeño sordomudo. Con ese nombre que no es el suyo lo internan en un centro, en compañía de otros niños abandonados en espera de una familia que los acoja o adopte.

*

Después de Gomorra, en el linde de las landas, en los peldaños del infierno.

Una mujer se presenta en el centro, pasa revista a los niños. Una mujer aún joven, elegante, pero con la cara endurecida por un duelo reciente. La historia de ese niño, que no es sordomudo sino que es virgen de recuerdos, le interesa. Lo observa durante largo rato, lo encuentra guapo, tranquilo, cree que es inteligente. Es un chiquillo de cabello ensortijado, ojos color avellana, con un cráneo que se ajusta a las normas arias, y no está circuncidado. Sano de cuerpo y de raza. En cuanto a la mente, está desnuda, página borrada, lista para volver a escribir en ella. La mujer se encargará de blanquearla a fondo antes de escribir allí lo que se le ocurra. Y tiene un texto de recambio. Un texto para desquitarse de la muerte.

OceanofPDF.com

Notas breves

En pleno verano de 1943, durante un largo período de intenso calor, la Royal Air Force, con el apoyo de la 8ª Flota americana, efectuó una serie de incursiones aéreas sobre Hamburgo. El objetivo de la operación, llamada Gomorra, era reducir la ciudad literalmente a cenizas. En el transcurso del ataque, que tuvo lugar la noche del 28 de julio, y que comenzó a la una de la mañana, diez mil toneladas de bombas explosivas e incendiarias fueron lanzadas sobre la densamente poblada orilla oriental del Elba [...].

W. G. SEBALD,

Sobre la historia natural de la destrucción

[...]. Si uno se obstina en batir marcas, si uno aspira a convertirse en experto en ruinas, si pretende ver no una ciudad en ruinas sino un paisaje de ruinas, más yermo que un desierto, más salvaje que una montaña y tan fantasmagórico como una pesadilla, quizá solo exista una ciudad en Alemania que esté a la altura: Hamburgo. [...]

Todas las formas geométricas se hallan representadas en esta variante de Guernica y Coventry ¹ [...].

STIG DAGERMAN,

Otoño alemán

-
1. En alusión al «Bombardeo de Guernica», ocurrido el 26 de abril de 1937 en dicha localidad vasca durante la guerra civil española, y al

«Bombardeo de Coventry» ocurrido entre el 14 y 15 de noviembre de 1940 en dicha ciudad inglesa por parte de la Alemania nazi. ↩

OceanofPDF.com

Fragmento 12

El joven que fue hallado inanimado al borde de un algodonal, víctima de una insolación, ha sido transportado a un hospital de Veracruz. Van dos días que la fiebre lo tiene, en carne y espíritu, dentro de un brasero. Suda, se agita, delira. Pero debajo de los párpados lastimados por el sol la mirada está fija, clavada ante una imagen, la de la masa negra en que se convirtió la mujer después de dar vueltas y vueltas, con alas de llamas en la espalda. Querría ver su cara de cuando estaba viva, la misma que tenía en el sótano, en la calle en ruinas, antes del vals. Querría remontar el curso de las imágenes, pero su memoria se niega, choca con ese cuerpo carbonizado, se fractura, se lastima. Y se exaspera.

Cuando su memoria, a fuerza de tensión, por fin vuelve a ponerse en movimiento, lo hace en sentido contrario, hacia delante. Esa masa negruzca que yace en el fango se levanta y es otra la mujer que se alza de las cenizas, una desconocida vestida con un traje negro, con la boca pintada de rojo y diamantes en las orejas. Avanza hacia él con su sonrisa roja, sus ojos brillantes y un centelleo de flores de escarcha en las orejas. Se agacha — huele bien— para acariciarle la cabeza, balbucea palabras que él no entiende pero que susurran como el follaje, luego, con suavidad, lo toma de la mano y se lo lleva. La sigue, pequeño robot dócil, mas, cuando la mujer intenta quitarle el oso que él aprieta con fuerza debajo del brazo, se escapa gritando como loco. Ella se resigna y le deja conservar ese feo remanente de su pasado, del cual tiene la intención de deshacerse en cuanto haya domesticado al niño.

«Magnus...», dice él, y al pronunciar ese nombre, que repite muchas veces con voz muy débil, abre por fin los ojos. La fiebre ha remitido y lentamente recobra la conciencia. Ve a una mujer sentada a la cabecera de su cama. Al principio no la reconoce, no estaba en sus visiones. Es May Gleanerstones.

Cuando el enfermo llegó al hospital, hallaron en sus bolsillos la novela de Juan Rulfo y la tarjeta de Terence Gleanerstones. Ningún otro papel. Entonces llamaron por teléfono al hotel, cuyo número figuraba en la tarjeta, y los Gleanerstones se presentaron de inmediato, pero no pudieron brindar demasiada información pues no conocían más que el nombre de pila del joven y no estaban seguros de recordar el apellido. Les sorprendió mucho oír a este estudiante inglés hablar en alemán bajo el efecto de la fiebre, y les pareció que a veces también decía frases en otro idioma, pero no fueron capaces de determinar cuál.

El libro nuevo que May le había regalado estaba muy gastado, a juzgar por las hojas arrugadas y con las puntas dobladas se notaba que lo había manoseado mucho, que lo había leído y releído con avidez. Sin dudarlo un instante más, ella se puso a leer la novela; la curiosidad afinó su conocimiento del español, que distaba de ser perfecto. El relato la desconcertó, todos los personajes eran almas dolientes que se debatían en el vacío, que entretejían hebras de diálogos, una farándula de ecos salidos de ultratumba y que erraban como fuegos fatuos en la larga noche blanca de Comala. «¿Es así como nos hablan los muertos?», se preguntó. Terence respondió, indirectamente, al explicarle que así habla nuestra memoria, en forma reiterativa, pero en voz muy baja y confusa, como la de la sangre en nuestras venas, que no oímos. No la oímos porque no la escuchamos. Pero hay libros que están escritos de un modo que a veces, en ciertos lectores, producen un efecto parecido al de las caracolas cuando las apretamos contra

la oreja y de repente oímos el ruido de su sangre bramar en voz baja dentro de la concha. El ruido del océano, el ruido del viento, el ruido de nuestro propio corazón. Un murmullo de limbos. Adam ha leído ese libro, que para algunos solo cuenta una historia rara, confusa, en la que no llegan a entrar, y seguramente apoyó el libro contra su oreja; un libro como un hueco, un foso, un abismo, donde una nube de ecos se habrá puesto a murmurar.

Terence ha regresado a San Francisco para atender sus asuntos, no ha podido esperar a que el joven despierte. May se ha quedado; se siente solidaria con ese extranjero inmóvil en una cama de hospital. Un chico raro, la verdad, le salva a ella la vida y al día siguiente pone la suya en peligro echándose a andar con la cabeza descubierta bajo los rayos del sol, y todo por haber leído un libro hasta la embriaguez. Y como ha sido ella quien se lo ha regalado, se siente un poco responsable. A decir verdad, está muy intrigada por ese muchacho inglés que se mostró tan reservado durante la cena y que ahora, bajo el efecto de la fiebre, habla y grita en otros idiomas. En realidad, lo que no se atreve a confesarse es que cuanto más lo mira debatirse con sus demonios en una cama, el pelo empapado de sudor y jadeando casi como si hiciese el amor, más atractivo lo encuentra. Y desea ocupar el lugar de los demonios de la fiebre, acostarse con él en una cama, sentir el olor de su piel y todo el peso de su cuerpo encima del suyo, oír su jadeo contra el cuello.

*

—¿Magnus?... ¿Quién es Magnus? —pregunta May inclinada sobre Adam.

—Soy yo —dice él.

—¿Y Adam? ¿Qué ha sido de él? ¿Se quedó en Comala? —sigue preguntando ella, creyéndolo perdido en el libro, pero sin saber bien si

divaga o si está hablando con sensatez.

—Como usted ha leído la novela, sabe que Juan Preciado está muerto cuando empieza la historia. Pues bien, yo también estaba muerto, a mi manera. Adam Schmalke era un engaño; es normal que se haya desplomado sobre un talud, devorado por el sol.

Esta respuesta la deja perpleja, pues no está segura de poder seguir una lógica tan complicada; sin embargo, no le cabe duda de que el chico, decididamente desconcertante, está en sus cabales, y que hasta puede que su lucidez se haya aguzado en los meandros de la fiebre.

—Tengo la extraña sensación de comprender y al mismo tiempo de no comprender lo que a usted le sucede —termina por decirle—. Cuando esté completamente restablecido, me gustaría que me explique... quién es usted.

El joven sonríe, cansado, con amargura, pues también él, él más que nadie, querría saber quién es exactamente. Por ahora solo sabe que no es, que nunca fue y nunca más creerá que es: el hijo de los Dunkel. Un alivio. Y no obstante se siente como un apóstata —del nombre que le pusieron, de su falsa filiación—, con el nombre, como única identidad de repuesto, de un oso de peluche, un nombre del que, a falta de otro mejor, se apropia de nuevo, como en el pasado.

Magnus. Alias Magnus. Al amparo de esa palabra fantasiosa, decide entrar por fin en la edad del hombre.

Secuencia

—Mi madre —dije—, mi madre ya murió.

—Entonces esa fue la causa de que su voz se oyera tan débil, como si hubiera tenido que atravesar una distancia muy larga para llegar hasta aquí. Ahora lo entiendo. ¿Y cuánto hace que murió?

[...]

—Pues sí, yo estuve a punto de ser tu madre. ¿Nunca te platicó ella nada de esto?

JUAN RULFO,

Pedro Páramo

OceanofPDF.com

Fragmento 13

El cuerpo de Magnus, el olor de su piel, el sabor de sus labios, el tono ronco de su jadeo cuando está por alcanzar el clímax, son placeres que May disfruta en poco tiempo. Está terriblemente enamorada de su joven amante, once años menor que ella. Y tiene miedo de la diferencia de edad que hay entre ellos, miedo de que un día se aparte de ella para fijarse en otras mujeres, más jóvenes. Pero de lo que más miedo tiene es de la fuerza de su atracción, del deseo, insaciable y posesivo, que tiene de él. Siente que este deseo la ata demasiado, se siente cautiva de este amor inesperado que ya es soberano. Siempre quiso ser una mujer fuerte, libre de compromisos. Desde que se casó con Terence, a los dieciocho años, ha tenido muchos amantes, pero ninguno la conquistó así, siempre supo dominar la situación. Esta vez entrega las armas. Le queda, no obstante, suficiente orgullo y astucia para no permitir que Magnus se dé cuenta del estado de dependencia en que él mismo la ha colocado sin quererlo. Hace todo lo posible por conservarlo con la fuerza de sus encantos.

En efecto, Magnus no sospecha hasta qué punto May batalla con la pasión que ha suscitado en ella, y tampoco da libre curso a sus propios sentimientos porque no se autoriza a pensar en una relación duradera. Le parece que los Gleanerstones son una pareja demasiado sólida como para dar cabida a un tercero en un espacio que no sea un espejismo para los ojos o para el corazón. Pero este temor carece de fundamento, dado que Terence solo es oficialmente el marido de May. Es un marido muy casto, le explica ella entre risas, y muy complaciente, pues prefiere a los hombres y solo tiene amores con ellos. Su matrimonio es un contrato que ha satisfecho a ambos desde el primer día. Un contrato muy flexible, basado en el respeto y

la ternura, consolidado a lo largo de los años gracias a una profunda complicidad. Terence y May son primos; la boda ha proporcionado al primero la apariencia de respetabilidad que exige su medio social y a ella la posibilidad de escapar del yugo familiar y gozar de una libertad con la que soñaba desde niña. Si bien se mantienen discretos con respecto a sus aventuras amorosas pasajeras, cada uno siempre presenta al otro su nuevo amante a partir del momento en que este se vuelve importante. Si el amante en cuestión inspira amistad en el otro miembro de la pareja, la relación transcurre de la mejor manera, de lo contrario, seguirá, pero a escondidas, hasta que acabe rompiéndose, para no dañar la armonía entre ambos. Terence tiene un compañero, Scott, desde hace dos años; está muy enamorado de él y May lo aprecia mucho. Cuenta todo esto con la mayor sencillez, como si una relación de pareja de este tipo fuera algo corriente. Y Magnus, al principio un poco desconcertado, halla enseguida, plenamente, su lugar en esta pareja unida y desdoblada mismo tiempo.

Regresa a Londres y May lo acompaña. Es una oportunidad para ver de nuevo la ciudad y visitar amigos. En realidad, lo único que le importa es estar cerca de Magnus, ansiosa por saber cómo será el reencuentro con ese tío y esa tía que ahora sabe que no son sus tíos, qué explicaciones le darán y qué decisión tomará él después de esa confrontación. Ella le ha propuesto que se quede a vivir en San Francisco, pero no se atreve a insistir.

*

De vuelta en casa de los Schmalker, esa misma noche Magnus interroga a Lothar. «¿Por qué me han hecho creer que yo era sobrino suyo y por lo tanto hijo de esas personas que eran una llaga para mí? ¿Por qué me han recluido en esa falacia? ¿Por qué haberme mentido durante todos estos años?» Lothar podría negar, fingir incompreensión ante las preguntas

acusadoras del muchacho, que exige que en adelante lo llamen Magnus. Podría refugiarse en el hecho de que había roto la relación con su hermana por la época en que el niño debió de nacer y que vivía en el exilio cuando ella lo adoptó, en el caso de que así haya ocurrido. Podría pretender que no sabía nada o revertir el juicio de su acusador y preguntarle de dónde saca esa repentina certeza de no ser hijo de Thea y Clemens Dunkeltal, quién le ha revelado ese supuesto secreto, qué pruebas tiene. Pero no lo hace, no quiere. El momento que esperaba, pero que posponía siempre de tanto que lo temía, acaba brutalmente de llegar. Es hora de salir por fin de una larga mentira por exceso de discreción.

*

Sí, sabía, Desde hacía mucho tiempo sabía que su hermana era estéril; no consiguió ser fértil con ningún tratamiento. Sus hermanos eran como sus hijos. Cuando ellos murieron, la idea de adoptar un niño cobró fuerza en ella, fuerza y rabia. En cuanto se presentó la ocasión, la aprovechó, desafiando por primera vez a su marido, que por nada del mundo quería recoger a un niño desconocido. No quería, porque acababa de tener un hijo, ilegítimo, es cierto, pero suyo. Lothar ignoraba si su hermana había llegado a enterarse de la infidelidad de Clemens. Ella siempre había desplegado tal energía en negar cuanto pudiera herirla o contrariar su elevada visión del mundo, que tal vez tampoco quisiese ver eso.

Pero la historia de la adopción, puntualiza Lothar, no la supo hasta mucho después, cuando su hermana, tras una ruptura de quince años, le escribió para pedirle que fuera a verla a Friedrichshafen. Sabía que no le quedaba mucho tiempo de vida y estaba preocupada por su hijo. Pues, a pesar de todo, lo consideraba hijo suyo y como tal lo había amado. Pero no tenía a nadie a quien confiárselo, sus parientes más allegados habían

muerto, sus amigos estaban desperdigados por todas partes y ella se había aislado de todo a su alrededor. Entonces se acordó de su hermano mayor, a quien había insultado cuando este se opuso al régimen, despreciado cuando se casó con una chica de origen judío y por último, tratado de traidor cuando emigró a un país enemigo. Pero no lo llamó solo porque no tenía a nadie a quien dirigirse, sino porque estaba segura de que él respondería a su llamada. Que respondería de inmediato y que asumiría la misión que ella deseaba encomendarle. Más allá de la animadversión que sentía hacia Lothar, su confianza en él seguía intacta, y ahora que la muerte estaba cerca, esa confianza predominaba. En cuanto a la necesidad de revelar o no la verdad al niño, había dejado que fuese Lothar quien lo decidiera. Hasta de esa mentira se había desprendido, pese a que fue ella quien, con minuciosidad, con obstinación, la fabricó y guardó celosamente. Se había desprendido de todo, de las ganas de luchar, del gusto de vivir, de la fuerza de amar y también de odiar. Ya no esperaba nada de nadie, ni perdón ni compasión, no esperaba nada, no creía en nada. Había descendido al más profundo abismo y se aprestaba a morir con una total indiferencia hacia ella misma. Un tránsito a la nada, eso era todo. Lo único que todavía le importaba era el futuro de ese hijo adoptivo, cuyo origen desconocía pero de quien sabía que era un sobreviviente de una ciudad bombardeada, y solamente ese hermano que ella había rechazado con tanta violencia le parecía digno de confianza. Thea, de principio a fin, había hecho de su existencia una amalgama de paradojas y certezas, tan definitivas como infundadas, sin cuestionarse jamás.

*

Lothar era entonces libre de decirle al niño la verdad, pero no lo había hecho, nunca encontraba el momento oportuno. Y esta verdad —una verdad a medias, en realidad, puesto que nadie conocía la verdadera identidad del

niño— no se la había contado a nadie, ni siquiera a su mujer, Hannelore, o a sus hijas, por miedo de engrosar aún más la mentira compartiéndola con otros a espaldas del interesado. Le pregunta al joven cómo ha descubierto el secreto, quién se lo ha dicho, qué sucedió en México. Pero Magnus no puede explicárselo. ¿Cómo decir, sin pasar por un lunático: «La tierra me lo dijo. La tierra, los insectos, el sol.»? De modo que se limita a contestar: «Lo sé, eso es todo.»

En efecto, eso es todo lo que sabe. La confesión que ha recibido es incompleta, la única revelación confirmada es la mentira acerca de su enfermedad infantil y su filiación falsificada, pero ahora más que nunca sigue sin saber quién es, de dónde viene. Saca el oso de peluche del armario donde lo había guardado envuelto en una tela. Lo desenvuelve y se lo pone en las rodillas. Observa que el pañuelo con el que le había vendado los ojos de diamantes está empapado. Lo desata y descubre que los diamantes han perdido brillo, que están cubiertos por una costra áspera y grisácea. Esta costra supura humedad, como una mancha de salitre que se forma en la pared de una gruta. Arranca los ojos velados por esta nube de lágrimas grises, se los guarda en el bolsillo y cose en su lugar los diminutos ranúnculos. El osito recobra su antigua apariencia, su mirada de antes, dulce y atónita. Pero no tiene nada que revelar a aquel a quien antaño protegió y acompañó durante tanto tiempo; no vuelve a darle más que el nombre que llevaba atado al cuello y cuyas letras bordadas con hilo de algodón han perdido el color a causa de la acidez de las lágrimas de diamante.

*

Magnus tiene veinte años (¿cuándo nació exactamente?, ¿dónde?), pero la cuarta parte de su edad se ha disuelto en el olvido, y el resto está ensuciado por una larga impostura.

Tiene veinte años y es un desconocido para sí mismo, un muchacho anónimo con una sobrecarga de memoria a la que le falta lo esencial: la raíz. Un muchacho loco de memoria y de olvido, que juega con sus incertidumbres en muchas lenguas, de las cuales acaso ninguna sea su lengua materna.

Comunica a Lothar y Hannelore su decisión de marcharse de Inglaterra para ir a vivir a Estados Unidos. La víspera de su partida, se dirige a orillas del Támesis y tira al agua los diamantes ciegos. El pañuelo, que ha lavado, no es más que un cuadrado de algodón, más fino que una hoja de papel, de un blanco amarillento traslúcido. Lo anuda otra vez al cuello del oso de peluche.

OceanofPDF.com

Eco

Mi madre... mi madre ya murió... su voz... tan débil, como si hubiera tenido que atravesar una distancia muy larga para llegar hasta aquí... hasta aquí...aquí...quí...

Ahora lo entiendo... ¿Ya murió?... ¿Y cuánto hace?... ¿cuánto hace?..., ¿cuánto?...

OceanofPDF.com

Fragmento 14

Aquí comienza la historia de Magnus. Aquí, en alguna parte entre San Francisco, Nueva York, Montreal, Los Ángeles y Vancouver, e infinidad de ciudades más. May Gleanerstones es una cazadora de espectáculos, trabaja como crítica para varios diarios y revistas y está siempre dispuesta a recorrer miles de kilómetros en pos de nuevas creaciones. Magnus suele acompañarla. Terence es un marchante de arte y también viaja con frecuencia.

Junto a Scott, forman una familia de cuatro miembros unidos por lazos que se cruzan sin confundirse, se respaldan mutuamente sin abrumarse, una familia en la que el amor se declina en el modo del deseo y la amistad.

Magnus se adapta muy rápido a esta nueva forma de vivir en constante movimiento. May es el mascarón de proa de un barco neutral que se hace a la mar cuando se le antoja y que se adapta con facilidad a las condiciones imperantes. Gracias a ella rompe por fin con sus fantasmas, pierde de vista su pasado. Ahora el horizonte está delante, no detrás como un agujero negro. Pero dado que le repugna, igual que a May, cualquier tipo de dependencia, empezando por la material, se pone a trabajar como traductor.

Traduce artículos para revistas de arte, libros técnicos, ensayos. Su trabajo es aleatorio, pero se adapta porque le permite una gran movilidad.

*

Sin embargo, por tres veces los fantasmas vuelven a presentarse en su vida. La primera al poco tiempo de llegar a San Francisco. Está cenando en un restaurante en compañía de los Gleanerstones y de Scott, cuando Terence interrumpe la conversación y, dirigiéndose a May y a Magnus, dice en voz

baja: «Escuchen a los de esa mesa, detrás de la nuestra, escúchenlos bien...» Ellos prestan atención y Scott, por mimetismo, hace lo mismo. Las personas sentadas a la mesa de al lado hablan en un idioma de sonoridad muy áspera. Magnus se encoge levemente de hombros en señal de que no entiende; May frunce el entrecejo, muy concentrada.

—Me recuerda vagamente algo, pero ¿qué?...

Terence le da una pista:

—¿Comala?

May confirma:

—¡Claro, Comala! —Luego, volviéndose hacia Magnus, le dice—: Se parece a la lengua en que hablabas a veces en tu delirio en el hospital de Veracruz... esas frases que no eran en alemán y cuyo origen nadie conocía...

Magnus no se acuerda de ninguna de las frases que pudo decir, solo la visión de la noche fatal en Hamburgo ha quedado grabada en su memoria: una imagen eruptiva que ha arrojado a su vida una luz nueva, pero que es también una imagen cegadora contra la cual su pasado más remoto sigue chocando en vano. Scott, que se siente excluido de ese juego de remembranza, encuentra la forma de participar; se levanta y va a preguntar a los turistas de qué país vienen. Vuelve a la mesa, se sienta y convierte el juego en una adivinanza. Al final, como ninguna de las suposiciones de sus amigos es la correcta, les da la respuesta:

—¡Islandia! Magnus es, pues, un islandés clandestino... —declara, y, orgulloso de la palabra que acaba de aprender de los islandeses, alza su copa mirando a Magnus y lo saluda con un sonoro *Skál!* Pero, ante la sorpresa de los Gleanerstones y del propio Scott, Magnus no manifiesta curiosidad ni emoción algunas ante esta revelación, que le parece fantasiosa

y se apresura a cambiar de tema. Por el momento, no desea mirar hacia atrás, remover escombros otra vez, agotarse rebuscando en oscuros laberintos; es feliz en donde está y lo único que quiere es vivir el presente.

*

Las veces siguientes sus fantasmas regresan por vías menos azarosas, convocados por la actualidad; sucede en 1961, primero con ocasión del juicio al teniente coronel de las SS Eichmann, que se abre en Jerusalén y que tiene repercusión mundial, y después con motivo de la construcción del muro que divide Berlín en dos.

Un reportaje consagrado al juicio del criminal nazi provoca un escándalo. Es el que realiza la filósofa Hannah Arendt para el semanario *New Yorker*. Le reprochan su tono, que se percibe como desenvuelto y arrogante, pero, sobre todo, sus análisis y sus juicios. Magnus lee el reportaje incriminado y lejos de ofuscarse hace suya la idea de la «banalidad del mal». A su juicio no se trata de un concepto lanzado de manera temeraria, sino un dedo puesto sin contemplaciones en una llaga que es preferible no ver de tan fea y vergonzosa que es. Mientras lee el texto de Hannah Arendt no puede evitar oír, como si de una música de fondo se tratase, las voces de los suministradores de desastre y de muerte que conoció y trató íntimamente: la risa estrepitosa de Julius Schlack, el bromista, la voz y la dicción perfecta de Horst Witzel, el fino conocedor de poesía, y la de Clemens Dunkeltal, el barítono bajo. Voces de aquellos que seguramente, de haber sido capturados y juzgados, habrían respondido, como Eichmann, en un tono seco y monocorde, desprovisto de remordimiento, «inocente» a cada uno de los cargos pronunciados en su contra por un tribunal.

*

En lo concerniente a la ciudad de Berlín, hurga en su memoria los recuerdos de las pocas veces que visitó esa ciudad cuando tenía siete años y no se acuerda más que del zoo, adonde Clemens lo había llevado un día. Era algo tan excepcional que su presunto padre se ocupara de él que aquel día se le quedó grabado profundamente, y no era para menos, pues la felicidad que sentía de estar al fin solo con su «amo de la noche» fue pisoteada sin asco. A los pies de una colosal estatua de iguanodonte, erigida a la entrada del zoo, esperaba una mujer joven en compañía de un niño de unos tres años. Esta visitante y su padre fingieron sorpresa al verse, como si se hubieran encontrado por casualidad. Y esa casualidad los alegró tanto que permanecieron juntos durante todo el paseo. Sin embargo, no fue la presencia inoportuna de aquella joven locuaz lo que echó a perder su alegría infantil, sino la del pequeño, un mofletudo llamado Klaus, con quien el «amo de la noche» se mostraba atento y afectuoso como nunca lo había sido con su propio hijo.

Vuelve a ver el enorme dinosaurio erguido sobre sus patas traseras, con la cabeza mirando hacia los árboles y, por encima del follaje, una bandera en el frontispicio de un edificio con la misma cruz negra, enorme, de brazos acodados, que adornaba el uniforme del doctor Dunkelthal.

Vuelve a ver al odioso querubín subido a hombros de su padre o sentado sobre las rodillas de este, y que a él, de nuevo, lo deja fuera. Vuelve a ver las jirafas, los osos, los elefantes y los bisontes, los árboles, los peñascos y las enormes pajareras; vuelve a ver los canguros recostados muy tranquilos, algunos inclinados sobre las patas delanteras, semejantes a humanos peludos y pelirrojos; vuelve a ver a un rinoceronte negro en un talud con sus minúsculos ojos muy abiertos, inmóvil a excepción de las orejas, la única parte de su cuerpo que parece dotada de movimiento, y a un león que camina de un lado a otro en su jaula; vuelve a ver a los gorrones

invitándose con graciosa insolencia en los corrales de los animales cautivos, y a un ratoncito que de repente cruzó una calle provocando el pánico de algunas elegantes paseantes, entre ellas la amiga de su padre, a quien, por otra parte, las fieras no le daban ningún miedo. Pero todas estas imágenes resurgen junto con las mismas lágrimas de cólera y despecho que entonces empañaron sus ojos.

En cambio, lo que ve nuevamente con absoluta nitidez es a un bebé hipopótamo cuyo desmesurado bostezo había divertido mucho a la mujer y a Clemens, y el nombre de ese angelote con la boca abierta le vuelve intacto a la memoria: Knautschke. Se acuerda de ello porque había combinado el nombre del mocosito, que su padre pronunció en voz baja, con el del animal acurrucado contra el vientre deformado de su progenitora: transformando Klaus en «Klautschke».

*

A las pocas semanas de aquella visita, Berlín fue bombardeada y casi todos los animales perecieron. «Klautschke» y su madre ¿corrieron la misma suerte que los animales?

*

Europa no tiene el monopolio de las tragedias y la violencia, en Estados Unidos las hay a montones, se propagan profusamente por el mundo. El presidente Kennedy es asesinado, la guerra en Vietnam no parece tener fin, estallan disturbios en los barrios negros de casi todas las ciudades del país, Martin Luther King cae a su vez bajo las balas de un fanático. Al mismo tiempo, surgen contracorrientes que arrastran con su música barullera un ansia tenaz de vivir de otra manera, de salir de los guetos, de los atolladeros de las guerras, del aire viciado de una vida cotidiana regulada y mezquina. May abraza todas esas corrientes, está en todas partes donde algo se mueve

y se perfila la promesa de un cambio, donde el pulso del tiempo se acelera. « *I have a dream* », había repetido como una salmodia Martin Luther King unos años antes de que lo asesinaran; May coge al vuelo aquel sueño interrumpido.

*

Siempre quiso desafiar la pesantez y precipitar los sueños en la realidad. Ello le valió, a la edad de quince años, el rencor inalienable de Nora, su madre. Hacía mucho tiempo que sus padres no se llevaban nada bien. Lajos, el padre, mantenía una relación con otra mujer, Judith Evans, amiga de la familia. Todo el mundo lo sabía, pero fingían ignorarlo por conveniencia. Un día el padre enfermó. Esta enfermedad repentina produjo en Nora más satisfacción que inquietud: mientras su marido estuviese recluido en su cuarto, no vería a su amante. La enfermedad se agravó. Habría sido preferible llevar a Lajos al hospital, pero Nora se opuso con el argumento de que estaría mejor en su casa con su familia, y dio muestras de gran abnegación al ocuparse de su «pobre marido». Era una abnegación real pero feroz, pues si bien ponía todo su fervor en curarlo, mucho más ponía en mantenerlo aislado, al extremo de que casi nunca autorizaba a su hija a entrar en la habitación donde descansaba su padre con la excusa de que no había que fatigarlo.

El padre no descansaba, se moría poco a poco. Y en su lenta agonía pedía ver a Judith. Suplicaba. Nora le enjugaba con dulzura el rostro, le daba de beber, le acariciaba la mano y se contentaba con repetirle, solícita y afectuosa: «No hables, Lajos, tranquilo, yo me ocupo de ti, está todo bien...» Y cuando, cerca del final, él llamaba a Judith, pronunciando con un hilo de voz su nombre que hubiera querido gritar, Nora contestaba poniendo cara de inocente: «Estoy aquí, querido.»

Judith Evans había ido dos veces, con el pretexto de visitar a sus amigos, para saber cómo seguía el enfermo. Nora la había recibido con una cordialidad implacable, imponiéndole el suplicio de un té en el que cada mirada, cada gesto, eran medidos, calculados, y de una conversación en la que cada frase estaba compuesta de clichés repugnantemente estúpidos e insulsos, y entrecortada de ásperos silencios. En el transcurso de su primera visita, Judith pensó que podría ver a Lajos, que él bajaría de su cuarto; desconocía la gravedad de su estado. Nora, al acecho de ese deseo que odiaba y que por fin tenía en su poder, había cancelado sus expectativas con pocas palabras: «Es imposible, duerme, no quiere que nadie lo moleste.» La segunda vez, Judith se atrevió a formular su deseo:

—Me gustaría verlo...

Nora bebió un sorbo de té, despacio, posó con delicadeza la taza en el platillo —en el silencio del salón se oían los latidos sordos, acelerados, del corazón de Judith Evans—, y, con una sonrisa llena de gracia y desolación, asestó el golpe definitivo:

—Es demasiado tarde, ya no reconoce a nadie. Le agradezco su visita. — Y se puso de pie, añadiendo, sin dejar de ser extremadamente cordial—: La acompaño.

Judith se levantó a su vez, estaba lívida y le temblaban los labios. En ese momento, May, que había presenciado la escena, intervino.

—Venga —le dijo, tomando a Judith Evans de la mano. Y antes de que su madre tuviera tiempo de reaccionar, ya había abandonado el salón en compañía de Judith, había cerrado la puerta con llave, había subido las escaleras y se había introducido en el dormitorio de su padre junto con la mujer a la que él amaba.

*

«*I have a dream.*» Los sueños están hechos para entrar en la realidad, hundiéndose en ella con violencia si es necesario. Están hechos para volver a insuflarle energía, luz, algo inédito, cuando la realidad se mete en el barro de la mediocridad, en la fealdad y la estupidez. Los golpes que daba el corazón de una mujer presa del espanto del amor habían provocado en May una voluntad de emancipación total y un descaro de una vitalidad infatigable.

OceanofPDF.com

Secuencia

Algún día reconocerá el Sur cuáles son sus verdaderos héroes. [...] Serán citadas las mujeres negras oprimidas, de edad proveya, desgastadas, simbolizadas por aquella anciana de setenta y dos años que en Montgomery (Alabama) se sublevó, movida por su sentido de la dignidad, y decidió con los suyos no viajar más en autobuses segregados, y que respondió con espontánea profundidad a alguien que le preguntaba acerca de su cansancio: «Tengo los pies cansados, pero mi alma descansa.»

MARTIN LUTHER KING,

carta desde la prisión de Birmingham,

16 de abril de 1963

No podéis comprenderlo,
vosotros que no habéis escuchado
latir el corazón
de aquel que va a morir.

CHARLOTTE DELBO,

Un conocimiento inútil

Fragmento 15

No solo se repite la Historia con mayúsculas, sino también la historia de las familias. En ambos casos, y a fin de atemperar su efecto reiterativo, la repetición se condimenta con matices y pequeñas modificaciones.

La enfermedad que veinticinco años antes se había llevado a su padre en el lapso de un mes, sorprende, ataca a May a la misma edad y actúa con la misma rapidez. En pocos días mina sus fuerzas, la obliga a guardar cama, le oprime el pecho. La sume en la impotencia. Magnus no se aparta de su cabecera. Terence vela por ella, en segundo plano. Pero cuando May siente que la cuenta atrás de su muerte ya no se mide en días sino en horas, le dice a Magnus que se retire de la habitación y llame a Terence.

Pide a Terence que cierre la puerta y se acueste a su lado en la cama. Quiere morir en los brazos de él, contra su cuerpo, que ella jamás desnudó, jamás abrazó ni acarició. Solo la ternura y el silencio de ese cuerpo de hombre, inaccesible para su deseo, su esposo fraternal, su alma gemela, pueden ayudarla a claudicar, a pasar sin miedo ni cólera a lo desconocido de la muerte. Contra el cuerpo de su amante no podría, se sublevaría y sufriría demasiado. Y ella quiere ser capaz de aceptar lo ineluctable, desafiarlo a duelo. Quiere poder honrar su muerte.

*

Terence se tiende junto a ella y la abraza con dulzura. Sus caras se tocan, sus ojos están tan cerca que sus pestañas se rozan y sus miradas se mezclan. No ven ninguna otra cosa, solo un fulgor que se estremece como un charquito de sol en el hueco de una zarza. Esto les divierte. May, que ya no tiene fuerzas para reír, sonríe. Y sus sonrisas se mezclan, y el aliento de

ambos también. No hablan, no tienen nada más que decirse, o tienen mucho que decirse, lo que viene a ser lo mismo ahora. Están bien así, apretujados el uno contra el otro, allí, fuera del tiempo, más allá del deseo, en la desnudez del amor. Nunca su complicidad ha sido tan densa, tan vasta, tan luminosa. Están en lo absoluto de la confianza, del abandono de sí al otro, del olvido de sí en el asombro. Nunca se habían sentido tan presentes el uno en el otro, ni tan presentes en el mundo, sino en su umbral, no en su interior.

Terence ve que el pequeño charco de claridad que temblaba en la punta de sus pestañas se va opacando, oye callar la respiración que cuchicheaba al unísono con la suya. Pero no se mueve, coge en sus manos el rostro de May y permanece así largo rato, largo rato en el silencio que es ahora el infinito del amor.

May ha honrado su muerte.

*

Magnus aguarda fuera de la habitación, no ha tratado de entrar. Un vacío inmenso se abre en él a medida que transcurren las horas. No piensa, no siente nada, salvo un frío extraño que se propaga sin que se note en su carne. No es paciente, ni impaciente, está allí, simplemente, como un funámbulo que hace una pausa en mitad de una cuerda floja colgada sobre un desierto. Hace falta una extraordinaria inmovilidad para mantener el equilibrio.

Terence sale por fin de la habitación, no pronuncia ni una palabra, su cara no expresa nada preciso. Con lentitud se acerca a Magnus y coge su rostro entre las manos, como antes había hecho con el de May. Magnus cierra los ojos, deja que May le anuncie su muerte a través de ese contacto, que le diga adiós rozándolo apenas. En las palmas de su mensajero siente el calor que se ha ido de ella, reconoce en el tacto la textura de la piel de May. Las

manos de Terence están impregnadas del aliento y de la sonrisa de May. Entonces se lleva las manos del mensajero a las orejas y oye el ruido del corazón de su amante tal como lo oía latir después del amor, cuando él se dormía con la cabeza apoyada contra su pecho o su vientre.

*

A May la incineran y dispersan en el viento sus cenizas, tal como ella quería. Para esta ceremonia de siembra de sus restos en el cielo, Terence ha alquilado un globo aerostático a bordo del cual suben Magnus, Scott y algunos amigos íntimos de la pareja. Todos van vestidos de violeta y verde, los colores preferidos de May. Terence abre una botella de barackpalinka, un aguardiente húngaro de albaricoque, que era su bebida favorita, y sirve una copita a cada uno. Todos beben a la memoria de aquella cuyas cenizas escapan de la urna y se dispersan en el vacío. Una fugaz nube plateada flota en el aire, que muy pronto recupera su transparencia.

A esto, pues, se reduce una vida, un cuerpo que fue tan ardientemente activo, rebosante de palabras, risas, gritos, movido por innumerables proyectos, por deseos insaciables: un puñado de pálidas cenizas solubles en el viento.

May ha elegido el viento, el vacío por tumba, y ese vacío se abre en torno de Magnus, le muestra el abismo en la sima del cielo de un color blanco azulado, tan uniforme que dan ganas de llorar. De pie en la barquilla que boga muy despacio, Magnus tiene la impresión de ser un pájaro pesado, atascado en el aire, que no sabe de dónde viene ni, sobre todo, adónde va. La que le había abierto el horizonte y lo había puesto en el camino hacia el futuro acaba de desaparecer. De repente siente frío, una quemadura, las sensaciones se confunden, una llama helada le estalla en pleno corazón y serpea por sus miembros, baja por su columna vertebral, explota sin ruido

en su cabeza, tal como sucedió en aquella noche de verano, en Hamburgo, a la hora de Gomorra, cuando la mujer, que cree que era su madre, de improviso le soltó la mano para bailar con la muerte. Siente el mismo sabor a nada en la boca, la misma acometida de estupor y soledad en la carne. No es viudo de la mujer amada, sino huérfano de su cómplice, de su amante. El viudo es Terence.

*

La llama helada le lame el cerebro y sus pensamientos se abren de par en par. Se pregunta, asombrado ante su propia pregunta: «¿Me ha amado May? Y yo, ¿la he amado? ¿He amado a alguien alguna vez, lo que se dice *amado*, de verdad? ¿No habrá sido todo una ilusión?» No sabe, no sabe nada más, duda de todo, duda de sí mismo. Por último, se siente menos huérfano de May que de la nueva identidad que se había forjado junto a ella. Sí, como a la hora de Gomorra, habrá que empezar nuevamente de cero. Pero esta vez será un cero lastrado de recuerdos muy densos, no un cero vaciado por el olvido.

OceanofPDF.com

Secuencia

Doble espera

Una estrella baja a mí la vista
y dice: «Aquí estamos
usted y yo, cada uno a su altura:
¿qué piensa hacer...
piensa hacer?»
Digo: «Que yo sepa, esperar,
y dejar que el Tiempo pase
hasta que me llegue el turno. Eso es.»
La estrella dice: «Yo voy a hacer lo mismo:
...lo mismo.»

THOMAS HARDY,

Waiting Both

Fragmento 16

Con su deceso, May provoca lo que no hizo en vida ni quiso hacer nunca: apartar a Terence de la persona de quien estaba enamorado. Poco tiempo después de la ceremonia de dispersión de sus cenizas, Scott se separa de Terence. El deseo de Scott por su amante decae de golpe; se convierte en impotencia. No puede ni tocar el cuerpo de Terence, ni acercarse a él siquiera, como si May, al morir en sus brazos, hubiera depositado un poco de su muerte sobre su piel e incrustado en el fondo de sus ojos el reflejo de su rostro volcado en la noche, en el silencio. El olor de su cuerpo ha cambiado, dice Scott, la textura de su piel y, sobre todo, su mirada, aureolada de una extremada, violenta insipidez. La insoportable insipidez de la muerte, tan solapadamente contagiosa.

Terence no intenta retener a Scott, sino que se entrega con calma al abandono en que May lo ha dejado. De un modo extraño, se vuelve indiferente a todo, a todos, a sí mismo, desplegando a la vez una extraordinaria cortesía hacia esa falta de interés, como si quisiera atenuar el exceso, no sucumbir tan pronto al desapego. Emplea en apartarse la misma delicadeza que hasta ese momento había empleado en la seducción.

Termina por desaparecer del todo, sin comunicar a nadie el lugar adonde se ha retirado.

*

Y la soledad se cierne en torno de Magnus, mejor dicho, se ensancha y se ahonda. La que tenía el don de volcar los sueños en la realidad y de llenar de magia los días, se ha ido, llevándose consigo todos los sueños, los deseos, y ahora los días no tienen brillo ni sabor. Deja de viajar, de asistir a

espectáculos, a conciertos, a exposiciones. Sus intereses como traductor van por otro rumbo, se apartan del arte y ahora se vuelcan hacia la historia. Es un terreno muy vasto, pero, insensiblemente, Magnus vuelve a aquello de lo que había querido escapar cuando se marchó de Europa. Y no tarda en encerrarse allí: el pasado reciente, aún muy vivo, de Europa y sus guerras, especialmente la última.

Como si los viejos demonios de su infancia y de su adolescencia lo hubieran seguido a hurtadillas hasta el otro lado del Atlántico, como si hubieran hibernado durante la larga década que ha vivido en ese continente de las antípodas, yendo a su antojo de aquí para allá, aturdiéndose con las novedades, la libertad, en espera del momento en que despertarán para volver subrepticamente al ataque.

Desplaza el ardor que había puesto en descubrir museos y galerías, teatros, cabarets y templos del arte *underground* a través de América, en rebuscar en archivos y documentos en el silencio de las bibliotecas y tratar de dialogar con los múltiples testimonios de víctimas y verdugos de las grandes barbaries de su siglo, en particular la generada en el país de su infancia. El traductor se transforma en historiador, o, mejor, en detective aficionado a sueldo de su conciencia, que no ha cesado de atormentarle con preguntas.

El detective, empero, se pierde en los meandros de la locura humana que con tanta facilidad hace amistad con el mal, vacila al borde de los precipicios de la estupidez humana capaz de confundir el mal y el bien, el mal y el deber, cometiendo, con docilidad y aplicación, las peores ignominias con la conciencia perfectamente tranquila.

*

Poco a poco va saliendo a la superficie el recuerdo de los años que pasó en Londres. Mientras duró su relación con May y su amistad con Terence y Scott, había apartado de sus pensamientos ese recuerdo, tan penoso para él. Junto a los Gleanerstones había descubierto el sabor de la vida, que no conoció en la austera casa de los Schmalker, donde siempre se había sentido un intruso. Pero este sabor se ha vuelto de pronto insulso, o, mejor dicho, ha sido suplantado por una acidez aguda, e intuye que tendrá que masticar durante mucho tiempo ese gusto acre de duelo que roe el deseo y amarga la alegría. Intuye, además, que esta acritud persistirá en la medida en que tendrá que masticarla y masticarla, todo el tiempo, solo y en silencio. Por esta razón vuelve a pensar en Lothar y en Hannelore, quienes, a pesar de todo, le dieron la oportunidad de un primer renacimiento después del naufragio de sus falsos padres que huyeron de sus crímenes con sus muertes lamentables.

Con el tiempo, entiende mejor la actitud distante que Hannelore tuvo al principio con él y, sobre todo, entiende las razones que tuvo Lothar para mentirle durante tanto tiempo, se da cuenta de cuánto debió costarle la opción de no decir a nadie lo que sabía acerca del pequeño sobreviviente de Gomorra de quien después su hermana se apropió manipulándolo a su antojo. Lothar había librado su combate de conciencia a solas ante ese Dios que ocupaba el centro de su vida; un Dios como un abismo mudo desde el que, no obstante, soplaban vientos que hacían bramar espirales de palabras inauditas e inaudibles.

*

Con May nunca abordó el problema de Dios. Para ella no existía problema alguno en relación con ese tema, solo una negación, la evidencia abrupta de una Nada. La religión, cualquiera que fuese, no era para ella más

que imagería y florituras, más o menos bastas o refinadas, dispuestas en torno a ese vacío para disimular la nauseabunda enormidad. La tierra, el conjunto del universo, la vida humana, no eran más que los frutos de un azar extravagante. Frutos espléndidos, pero venenosos. Y la única «voz divina» que ella reconocía era el ruido sordo del corazón de los vivos cuando se vuelve formidablemente sonoro en las horas jubilosas de la existencia, en las horas nocturnas de la angustia y en los instantes solares del goce.

¿Fue para dejarle únicamente el recuerdo de esos instantes solares que echó a Magnus de su habitación cuando sintió cercana la muerte? ¿O porque el amor de Terence era para ella más íntimo, más valioso que ningún otro? La duda que surgió en él aquel día de la despedida, allá arriba, en el frío azulado del cielo, no cesa de atormentarlo. La relación entre ellos, ¿había sido tan fuerte, libre y luminosa como él creía? ¿Había sabido amarla como ella esperaba que lo hiciese? ¿Ha sabido alguna vez amar a alguien de verdad?... ¿Y si, en la noche de Gomorra, cuando se produjo el rapto de su infancia, se hubiera producido también la pérdida de su facultad de amar? ¿Y si no le hubiera quedado más que un corazón medio calcinado por las llamas que abrazaron a su madre, cristalizado en la sal del estupor, las lágrimas y el espanto?... La duda se despliega, se extiende a todo su ser, lo roe.

Pero, se pregunta, ¿sería hasta ese punto propenso a la sospecha cuando su confusión se exacerba hasta el exceso si un segundo rapto no hubiera tenido lugar cuando ocurrió el primero, no cometido con violencia sino con mucha dulzura esta vez, día tras día, minuciosamente, por Thea y Clemens Dunkeltal, la loca y el asesino? ¿Cómo no sospechar de todo, hasta de sí mismo, cuando han destilado en uno tantas mentiras?

*

Así es como los viejos demonios vuelven a atacarlo. Más y más apremiantes a medida que transcurren los meses hasta que terminan por tomar posesión de él nuevamente, y lo hacen tan bien que decide regresar a Europa, tras doce años de ausencia, es decir, de negación.

OceanofPDF.com

Resonancias

«¿Magnus?... ¿Quién es Magnus?», le había preguntado May.

Magnus es un osito de tamaño mediano, con el pelaje muy desgastado, marrón claro, ligeramente anaranjado en algunas partes de su cuerpo. Emana de él un imperceptible olor a chamuscado y a lágrimas.

Sus ojos son singulares, tienen la forma y el color dorado —algo apagado— de la corola de los ranúnculos, lo que le confiere una mirada dulce, embebida de asombro.

Magnus es un hombre de unos treinta años, de estatura mediana, ancho de hombros, con una cara cortada a machetazos. Emana de él una impresión de fuerza y lasitud.

Sus ojos, de color marrón cobrizo tirando al amarillo ámbar, están hundidos en la sombra de sus órbitas y eso le confiere una singular mirada de centinela soñador.

Aquí estamos

usted y yo, cada uno a su altura:

¿qué piensa hacer...

piensa hacer?

«Y May, ¿qué ha sido de ella? ¿Se quedó en Comala?»

Leche negra del alba...

cavamos una fosa en el aire...

OceanofPDF.com

Fragmento 17

«Estaba seguro de que volverías un día, así, sin avisar, como el hijo pródigo —dice Lothar—. Todos estos años sin tener noticias tuyas... Me figuré que vivías otras vidas, con la esperanza de que habías hallado la paz. Y el perdón.» Lothar le habla en alemán, un idioma que Magnus lleva años sin practicar y que ahora, al oírlo, le suena de un modo extraño. Las palabras le llegan desde lejos, como cubiertas de bruma y escarcha, incrustadas en un mineral de ganga rugoso, y piensa de pronto en los diamantes que Thea había cosido a su peluche y sobre los que se había formado una costra de lágrimas grises.

Las palabras de su lengua de antes empiezan a retorcerse en el fondo de su garganta, a balbucear en voz baja, pero se quedan allí, anudadas en una bola grumosa, un coágulo de vocablos cuya belleza se ha opacado, resquebrajado. No consigue disolverlo, despegar de allí las palabras. Le duele la garganta, tiene la boca seca. Contesta a Lothar en inglés. Pero su respuesta resulta evasiva, porque no es paz lo que encontró allá, lejos de Europa, sino una alegría nueva, vivaz, y de golpe esta alegría se ha convertido en polvo y lo ha dejado desamparado, extraviado en sí mismo, que ahora suena hueco. En cuanto al perdón, es posible que un día consiga perdonar el robo y la falsificación que Thea cometió en perjuicio de su infancia, pero definitivamente no incluye en esta posibilidad a Clemens Dunkeltal, cuyos crímenes no admiten la menor excusa ni indulgencia. Por otra parte, agrega, como él no fue víctima de los crímenes perpetrados en los campos donde actuaba el médico exterminador, no tiene derecho a perdonar en lugar de los mártires.

Lothar está solo en casa, Hannelore se ha marchado a Liverpool, donde viven Erika y su marido, para ayudar a su hija, que acaba de traer al mundo a su quinto hijo, un varoncito que se ha demorado en llegar, el primero de la familia, llamado Jonas. Else, en cambio, vive en Londres con su marido y sus mellizas, Doris y Clara. En una pared del comedor están los retratos de Erika y de Else, fotografiadas el día de sus respectivas bodas, y una foto reciente de las seis nietas de Hannelore y Lothar. Tienen entre tres y quince años de edad, más o menos. Todas gorditas, rubias y sonrientes, salvo una, Myriam, una adolescente de pelo castaño y delgada, que posa muy tiesa, con los brazos a los lados del cuerpo y los puños apretados. Es la hija mayor de Erika, que él conoció en la cuna. Era la primera vez que veía un bebé y se había acercado a contemplarla profundamente emocionado. Se acuerda de sus puñitos tenazmente cerrados, de sus muecas de rana, de su aspecto de sabio viejísimo al que atribuyó una vasta y confusa sabiduría, la del misterio de la vida, y también de cuánto había soñado, mirando a esa niñita, con su propia infancia enterrada en el olvido.

Las huellas de un amor maternal están seguramente adormecidas en el fondo de su ser; son huellas de sonrisas, palabras melodiosas, caricias y miradas radiantes, pero no proceden de Thea. Y esas huellas sepultadas bajo los escombros de Gomorra vuelven a lastimarlo, como un nombre conocido que uno busca y que se obstina en quedarse en la punta de la lengua, una melodía familiar que uno oye en su cabeza sin que salga de esta ni una sola nota audible.

Lothar menciona que Myriam está muy dotada para el dibujo y la escultura. Pone toda su energía en esta pasión artística, en detrimento de sus estudios, y por eso riñe a cada rato con sus padres. Le muestra dos pequeñas esculturas que Myriam ha modelado hace poco: una representa a una joven sirena con el busto erguido, los brazos levantados por encima de la cabeza y

las manos hundidas en sus cabellos, que son como algas zigzagueantes; la otra es un hombre filiforme, provisto de un pico de ave zancuda y patas de pájaro en lugar de manos y pies, a punto de saltar un obstáculo invisible. Es evidente que hay mucho talento en los dedos de Myriam; pero, sobre todo, fuerza y furia atesoradas en sus puños.

*

El tiempo en casa de los Schmalker parece haber transcurrido lentamente, con delicadeza. Reina el mismo orden de siempre, una limpieza impecable y una profunda calma, todo lo que a Magnus, en la época en que se llamaba Adam y vivía allí, le resultaba pesado y no veía la hora de dejar. Ahora aprecia esta apacible atmósfera de recogimiento, como la de una casa de estudios donde la vida misma, los acontecimientos del mundo, los diarios y los libros, los sentimientos y los pensamientos de sus habitantes, son cada día objetos de reflexión, de un permanente esfuerzo de comprensión.

El tiempo no ha pasado por Lothar, sino que ha penetrado con dulzura, profundamente en su cuerpo, que ha perdido vigor y empieza a encorvarse, y en su piel, algo más gruesa y arrugada; sus cabellos han encanecido y su voz, levemente velada, se derrama sobre un vasto fondo de silencio. El tiempo ha pulido sus ojos hasta hacerlos brillar con una claridad de cuarzo gris azulado, muy pálido, como si en él se hubieran engastado unas gotas de luz. Y cuando posa la mirada en su interlocutor, lo abarca en la órbita de su claridad.

Lothar formula a Magnus la pregunta que venía posponiendo desde el principio de la conversación. Quiere saber si es creyente. «Ya bastante me cuesta tener fe en mí mismo y en los demás.» A esta respuesta esquiva de Magnus, Lothar replica, sonriendo, que la fe en Dios es como la fe en el hombre, un acto arriesgado y muchas veces penoso. No hay certeza ni

reposo ni nada ganado de antemano en este acto del pensamiento y del corazón que hay que renovar todos los días.

*

Vuelve a ver a Else, que ha visitado a su padre. Sigue siendo tan alegre como de soltera. Mientras están conversando en el salón, Magnus se acuerda de Peggy Bell, de quien se había enamorado de un modo tan ridículo después de robarle un beso en ese mismo salón, y le pregunta por ella.

—Ah, Peggy... —dice Else, repentinamente contrariada—. La veo poco. Ha cambiado mucho desde la muerte de Tim...

—¿Tim? ¿Quién es?

—Timothy, su marido. Murió el año pasado. Se cayó del borde de un acantilado mientras daban un paseo, en Kent, donde se encontraban de vacaciones. Peggy no estaba con él en el momento del accidente y no lo vio caer. Lo supo varias horas después, cuando hallaron el cuerpo sobre las rocas.

—¿Y desde entonces...?

—Resulta difícil saberlo, su comportamiento es imprevisible. Desaparece durante semanas, reaparece sin avisar y cuando uno logra por fin retomar el contacto con ella, se muestra inasible, encerrada en sí misma, como si se hubiera vuelto muda, ella, que era tan cálida, tan locuaz... Lo único que sé es que quiere irse de Inglaterra, dice que ya no soporta vivir aquí, como si el fantasma de Tim ocupara todo el país, y que el único modo de empezar a olvidar es yéndose a otra parte. No la entiendo...

La evocación de la desgracia que convierte a Peggy en una fugitiva, reaviva en Magnus su propio desarraigo frente a su pasado y su dolor por la

muerte de May, desdichas que también a él lo han vuelto inseguro y huidizo. Y toma conciencia de que en el fondo no tiene ganas de establecerse nuevamente en Londres, que solo ha venido por un tiempo, por más que todavía no sepa cuándo volverá a partir, ni hacia dónde. No posee la sabiduría del sedentario, como Lothar; pero uno puede convertir el mundo en una casa de estudio, por zigzagueante y fragmentario que sea el estudio en cuestión.

OceanofPDF.com

Resonancias

—¿Soy bonita? —había preguntado Peggy Bell.

Poseía el encanto de sus diecisiete años, un hoyuelo en la mejilla izquierda, la piel moteada de efélides y un poco bizcos los ojos de tilo que le daban un aire entre travieso y soñador.

Y un pelo de oro rojizo.

Tenía la inconciencia y las preocupaciones de sus diecisiete años, una mezcla de ingenuidad y astucia y una loca impaciencia por liberarse.

Un sabor a fruta en los labios y el cabello del color de los cítricos.

—¿Soy bonita?

Un chico la besó, otro se casó con ella.

—Oyes risas. Unas risas ya muy viejas, como cansadas de reír...

Un chico se casó con ella, ¿se ha muerto de amor?

—Peggy, Peggy Bell la bonita, ¿qué ha sido de ella? ¿Se quedó en Comala?

Leche negra del alba...

cavamos una fosa en el aire...

OceanofPDF.com

Fragmento 18

Magnus lleva en Londres la misma vida que llevaba en San Francisco después de la muerte de May. Frecuenta las bibliotecas y trabaja haciendo traducciones. También da clases particulares de español. Los Schmalker le han ofrecido alojamiento —Hannelore le demuestra más simpatía que en el pasado, cuando creía que era hijo de los Dunkeltal—, pero él prefiere visitarlos a menudo antes que instalarse en su casa. Ha alquilado un estudio en un barrio situado al norte de la ciudad. Nunca tuvo una casa de la que encariñarse, una casa para pensar en ella como su hogar, siempre ha salido precipitadamente de todos los sitios donde ha vivido. Ni siquiera siente nostalgia de la casa de las landas, donde de niño creyó que era feliz y que debió abandonar en medio del pánico. Ni siquiera esa, plantada como un espejismo de paz y de ternura en el umbral de una de las bocas del infierno. El recuerdo del mísero alojamiento donde vivió después, en Friedrichshafen, le inspira menos repugnancia, pues esa vivienda al menos no era una quimera infame, estaba en concordancia con la mugre reinante, cuya magnitud descubría día a día. Allí, Thea la gloriosa se fue encogiendo lentamente, hasta que se apagó como un fuego acre. La casa de los Schmalker habría sido una suerte de cámara de protección entre dos entornos opuestos, dos países, dos universos, un lugar de paso desapacible y sombrío, pero que resultó ser muy seguro en la edad adulta. Con May llevó una vida tan nómada que en el fondo no tenía más que a esa mujer como sitio de pertenencia, de referencia. May, su mujer-isla eternamente a la deriva.

Pero, antes de todos estos lugares de paso, ¿qué hay? Antes del sótano de Hamburgo, de la noche de Gomorra, ¿quién estaba? A veces, muy fugazmente, cree acordarse de una habitación bañada por una luz lechosa, ve esta luz sobre los listones de un suelo de parqué de madera clara, pegándose a las paredes como una fina capa de polvo, y una impresión de deliciosa quietud se desprende de esta imagen pálida como una estampa ajada, iluminada de vacío y de silencio, una imagen tan desnuda que, en su fijeza, vibra imperceptiblemente.

Está lejos la época en que chorros de colores deslumbrantes se deslizaban de repente, en estado puro, por debajo de sus párpados e irradiaban sobre su cuerpo estridencias tan inquietantes como voluptuosas. Lo único que ahora se desliza de forma imprevista ante sus ojos es esta visión color ópalo que deja en su estela una sensación dolorosa de paz, de una paz incomparable que todo su ser disfrutó en días muy remotos, pasados, pero que no se han resignado a desaparecer.

*

Ciertas mañanas, cuando la claridad del día que empieza se filtra por la persiana de la ventana de su cuarto, sucede que esta sensación lo roza con la gracia fugaz de una caricia y siente en sus párpados la sombra luminosa de una cara muy cerca de la suya, el aliento de alguien que tararea alegremente palabras. Espejismo del alba y del semisueño que se disipa en cuanto Magnus despierta y cobra conciencia. Entonces acude a su mente aquella noche en el restaurante de San Francisco, cuando Terence y May creyeron reconocer el idioma en que él había pronunciado algunas frases bajo el efecto de la fiebre, en el hospital de Veracruz. Pero había descartado esa pista, cansado de indagar sobre su pasado perdido, deseoso de acabar con ese olvido lancinante. Con la muerte de May desaparecieron también las

defensas que había erigido contra su obsesiva memoria llena de lagunas. Y de su memoria hueca llega otra vez una llamada insistente, como un canto de sirena. Es posible, se dice, que esas fluctuaciones de luz sedosa, que recorren su piel al salir del sueño, provengan de las reverberaciones de su infancia, en alguna parte de Islandia. No obstante, si bien termina por admitir la posibilidad, la deja en suspenso, por miedo a destruir la dulzura de su sueño lanzándose a una búsqueda que no sabría cómo llevar a cabo.

Se contenta con preguntarle al osito de ojos de ranúnculos que vela pacientemente en un estante, en la oscuridad del armario; una pregunta muda, concorde con el oso de peluche, que tiene el hocico un poco chato y las orejas cubiertas de finísimas grietas.

Magnus habla con Magnus, sin una palabra, sin un sonido, sin un sentido.

*

A los pocos meses de haber regresado a Londres vuelve a ver a Peggy, que ha encontrado por fin el modo a establecer una distancia permanente entre ella y su país, donde sigue sintiéndose cautiva de una viudez que ha irrumpido en su vida de una manera repentina y brutal: ha aceptado un puesto de profesora de inglés en un colegio de Viena y, antes de marcharse a Austria, quiere aprender un poco de alemán. Else le ha sugerido que se ponga en contacto con Magnus. A este le sorprende la proposición y lo llena de dudas: nunca ha enseñado su lengua materna, que, por otra parte, quizá ni siquiera sea la suya, y que no practica más que con los Schmalker. Como su relación con esa lengua sigue siendo tan ambigua, se le ocurre una idea bastante tortuosa: se dice que, si se la enseña a otra persona, deseosa como él de huir de un recuerdo muy doloroso, tal vez consiga romper el mineral de ganga de sombra y escarcha que endurece sus palabras y devolverles una sonoridad nueva.

*

Ambos llegan puntuales a la cita que han concertado en un café y esperan sentados a mesas distintas. No se han reconocido. Pero a fuerza de mirar hacia la puerta, que se abre cada vez que entra un cliente, se dan cuenta de que son los únicos que se comportan así y se miran, a hurtadillas primero, con mayor atención después. La joven que está mirando, se levanta y se acerca. Lleva una gabardina gris, ceñida, y un sombrero de fieltro color lila oscuro. Él le sonríe y dice, invitándola a sentarse:

—¿Peggy Bell?

Ella lo corrige de inmediato; borra de un golpe el diminutivo y su apellido de soltera dejando claro que no habrá entre ellos ninguna clase de familiaridad.

—Margaret MacLane —dice—. ¿Es usted Adam Schmalker?

Él también ha cambiado de nombre, así que rectifica:

—Magnus.

—Ah, sí —dice ella—. Else me dijo... —No termina la frase. Magnus descubrirá pronto que tiene la costumbre de callar súbitamente en medio de una frase, dejando en suspenso las palabras.

Fuma mucho, aplasta los cigarrillos después de dar unas caladas. Fuma como habla, a trompicones, nerviosamente, interrumpiéndose con brusquedad, como si cambiara de opinión. La chica de talante lunático que Magnus conoció en otra época pasaba sin transición de la risa a una ligera melancolía. Ahora pasa de un chorro de palabras entrecortadas a un silencio abrupto. El verde tilo de sus ojos tiene un destello frío, ni la alegría ni el ensueño lo doran ya, y son tan pocas las veces que esboza una sonrisa que el hoyuelo que se formaba en su mejilla izquierda es ahora imperceptible.

Hasta sus pecas han palidecido y sus manos de niña se han vuelto flacas y frágiles. Pero cuando se quita el sombrero, Magnus reconoce su hermoso cabello rojizo, aunque ahora lo lleva muy corto. Acaso ella, se pregunta él, ¿lo estará examinando con la misma minuciosidad, comparando su aspecto actual con el de aquel adolescente al que un día sedujo por mera diversión? Pero ¿se acordará de él, habrá pensado en él alguna vez?

Ese primer encuentro no dura mucho, es una entrevista desprovista de calidez, bastante penosa, puesto que Peggy, maniatada en su identidad de Margaret MacLane, se muestra arisca y tensa. Solo ha acudido para discutir las condiciones y la organización del curso que desea seguir, cualquier otro tema de conversación queda descartado; no pregunta a Magnus nada personal ni permite que él la interroge sobre su pasado, su vida actual o sus proyectos. Al término de esa entrevista breve y estrictamente profesional, convienen en que ella irá donde su profesor dos veces por semana a tomar lecciones de una hora y media de duración, que pagará al final de cada clase. Ella vuelve a ponerse el sombrero con un gesto brusco, se levanta, saluda a su profesor y se aleja con paso rápido, sin volverse.

Secuencia

Soledad, con tu gran corazón lleno de hielo,
¿cómo podrías darme calor, ese calor
que no tienes y por eso te arrepientes y
nosotros nos dolemos y nos da miedo?

Vete, no sabríamos qué hacer el uno con el otro;
a lo sumo nos canjearíamos los témpanos
y nos quedaríamos ahí, mirándolos derretirse
al calor triste que consume nuestras frentes.

JULES SUPERVIELLE, «Sol»,

*El condenado inocente*¹

-
1. *Poemario publicado en idioma original como «Le Forçat innocent»
en 1930.* ↩

Fragmento 19

No es una alumna particularmente dotada para los idiomas, pero tiene tanta prisa por aprender que el ser impaciente la hace muy aplicada y progresa rápido. En cuanto cree poseer los conocimientos suficientes para expresarse en alemán, habla con su profesor exclusivamente en esa lengua. Y cuanto más progresa, menos a la defensiva está, con más dulzura se comporta y ya no deja las frases por la mitad cuando habla. Por fin consiente en volver a usar su antiguo sobrenombre, Peggy, como si esta migración lingüística la rejuveneciera; la liberase.

Magnus nota esta gradual transformación y al principio cree que se debe al esfuerzo que ha de hacer Peggy para elaborar correctamente sus frases. Se concentra de tal modo que se olvida de actuar con esa prudencia malsana que ella misma se había impuesto frente a su interlocutor. Pero muy pronto intuye que hay otra razón detrás de esta explicación algo simplista, una causa más compleja y oscura que tiene sus raíces en el drama de Peggy, como si la muerte de Tim hubiera enlutado la lengua que tenían en común, su lengua materna, íntima y cotidiana, la de su pareja, la de su amor; como si la hubiera dañado. De esa tragedia nunca habla, jamás ha pronunciado el nombre de su marido ni hace la menor alusión a él. Esta obcecación en guardar un silencio radical sobre todo lo que concierne a su vida con Timothy MacLane vuelve estrepitoso e inquietante ese silencio, en el que Magnus percibe el llanto ininterrumpido de un amor inconsolable.

*

Las clases son ahora conversaciones cada vez más improvisadas y libres que en ocasiones se prolongan más allá de la hora prevista. Terminan por

renunciar al ritual de la clase en el estudio de Magnus, y cuando empieza a hacer buen tiempo salen a pasear: caminan por la ciudad, van a los parques o se dan cita en un museo o un café, según les apetezca. Pero ella nunca propone que vayan a su casa.

Una mañana, sin embargo, llama a Magnus por teléfono para invitarlo a cenar en su domicilio esa misma noche. Cuando le da su dirección, él, que no la conocía, se da cuenta de que vive muy cerca y que todo el tiempo le había hecho creer que vivía en otro barrio, lejos.

Es una bonita casa blanca de dos plantas, con maceteros llenos de flores en la entrada y la puerta lacada de verde oscuro. Magnus duda un instante en llamar: el nombre no figura junto al timbre, la pequeña placa ha sido retirada. Después de pulsar el timbre varias veces, inútilmente, llama a la puerta. Los golpes resuenan de un modo extraño, como si se perdieran en el vacío. Por fin la puerta se abre y Peggy, que lleva un vestido amarillo paja constelado de minúsculas flores y de mariposas anaranjadas, aparece en la entrada, sonriente.

En efecto, la casa está vacía, de los techos cuelgan desnudas las bombillas de luz. Peggy comenta, con un tono anodino, que ha vendido la casa, que la mudanza se hizo por la mañana y que parte a Viena al día siguiente. Magnus vacila entre el estupor y la furia, esa manía que tiene Peggy de no decir nada y poner al otro frente al hecho consumado le resulta hoy más exasperante que nunca, pero no deja traslucir su sorpresa ni su irritación. Después de todo, se dice, es mejor así, que se vaya, pues, esta mujer, con sus secretos y sus caprichos descabellados, que desaparezca tan inopinadamente como llegó. Sí, que desaparezca de su existencia antes de que él se apegue demasiado a su presencia y se deje entrapar en la ilusión de un amor. La mira con premeditada frialdad. Es verdad, está preciosa con

su vestido vaporoso del color del alba estrellada, con sus rizos pelirrojos que aureolan su frente, el verde luminoso de sus ojos y su sonrisa de niña, pero él se resiste a estos encantos, como si al pasar por delante de una vitrina en un museo admirara una bella escultura.

*

En el salón desierto ha improvisado una mesa con una tabla apoyada sobre dos caballetes y dos sillas colocadas frente a frente. No le ha puesto por encima un mantel de papel, sino un gran damasco magníficamente trabajado en sedosas tonalidades de blanco y amarillo. Los platos son de cartón, pero las copas de cristal. Ha comprado vinos excelentes y le ofrece aceitunas negras y anacardos en vasitos de plástico mientras esperan a que llegue la cena, que ha encargado a un especialista indio en comidas preparadas. Nunca la había visto tan distendida, tan contenta y locuaz, salvo la época en que la veía en casa de los Schmalker, y tiene la impresión de que el tiempo retrocede a toda velocidad y que de nuevo está delante de la muchacha encantadora y caprichosa a quien una vez robó un beso. Pero esta noche no tiene el menor deseo de besarla sino de abofetearla. Para colmo, esta chica falsa charla de un modo absurdo en alemán, y eso le irrita. Todo lo enerva, empezando por él mismo, que está por participar en una comedia que no entiende ni le interesa.

El repartidor trae la cena y Peggy se apresura a servirla mientras está caliente. Magnus come sin apetito, bebe sin placer el vino, que es exquisito. Su malhumor va en aumento mientras su anfitriona, animada por el vino que saborea a pequeños sorbos, está cada vez más radiante. De repente, irritado a más no poder, le dice en inglés:

—Estoy aburrido.

Peggy lo mira ladeando ligeramente la cabeza y, con una sonrisa de asombro en los labios, pregunta:

—¿Cómo?

Magnus repite:

—Estoy aburrido. —Entonces, llevado por una rabia fría cuya fuerza no podría explicar, continúa, siempre en inglés—: Sí, estoy aburrido de estar con usted. Me ha decepcionado. Le he enseñado mi idioma, a pesar de que no me gusta hablarlo, pero usted ¿qué me ha enseñado? Nada. Durante casi cinco meses nos hemos visto dos veces a la semana, a veces más, pero nunca me habló de usted, ni se preocupó por mí. Por otra parte, ¿de quién se preocupa usted? De nadie, aparte de usted misma. Si éramos vecinos, ¿por qué fingió que vivía en la otra punta de la ciudad? No tiene demasiada importancia, pero ¿por qué estar siempre disimulando, tergiversando, ocultando las cosas, mintiendo? Porque usted miente, a usted le gusta mentir, fabricar falsos misterios. Es pueril. Y cansa.

Peggy lo escucha; ya no sonríe, su cara ha perdido el color y el brillo que le había dado el vino, sus labios se han puesto lívidos. La ve, sentada frente a él, rígida, como como clavada en la silla, la tez blanquecina, las manos crispadas sobre el mantel. Lejos de conmoverse por el violento desamparo que acaba de provocar en ella, prosigue con sus recriminaciones:

—Y sepa que negarse a evocar a su marido, a pronunciar su nombre, ni siquiera aquí, esta noche, en esta casa que también fue suya, donde vivieron juntos y que usted ha vendido como quien se deshace de un mueble viejo que le estorba, no es honrar su memoria.

*

Oye la respiración acelerada de la joven, más pálida que el vestido de color del alba triste que cubre su cuerpo paralizado, y oye su propia voz, pero, es curioso, no reconoce el timbre ni el acento y no sabe de dónde proceden las duras palabras que profiere con tono ofendido.

—No la amo. Nunca la he amado y jamás la amaré... —Una voz que no es la suya suelta esas palabras llenas de resentimiento, de rencor, con una crueldad imperturbable. Palabras que no le pertenecen, que no le conciernen, que lo espantan. Pero las emite, como alguien que, dormido, emite gemidos o frases confusas durante el sueño—. No me gusta nada de usted, ni su voz, ni su cuerpo, ni su piel, ni su olor. Todo en usted me repugna...

Entonces se da un curioso cambio, mejor dicho, un desplazamiento: Peggy se levanta lentamente y retoma el monólogo cáustico en un tono apagado, sibilante...

—... Todo en ti me repugna y me resulta insoportable. Querría verte desaparecer. Pero eso no basta, querría no haberte conocido nunca. Nunca. —Calla, está en pie, detrás de la silla, las manos apoyadas sobre el respaldo. Se queda así, muy erguida, con la mirada fija y glacial, perdida en una visión que la envuelve con una claridad azulada: la escena originada por la declaración de no amor, que acaban de hacerse las voces descontroladas de los dos, difunde la misma luz que el día en que realmente sucedió, allá, en el acantilado.

*

Allí, en lo alto del acantilado de creta que domina el estrecho del paso de Calais; roca blanca y aguas grises con reflejos azul acerado, malva y verde plata. Allá arriba, desde donde la vista es tan amplia, donde se respira el espacio. En ciertas noches despejadas, se puede divisar Francia al otro lado

del agua. Allá arriba, donde el viento corre con libertad, llevando olores de mar, cielo y bosque; las gaviotas anidan en las salientes, las ovejas de cabeza negra pacen a ras del cielo.

Allí, en una mañana de primavera, paseaba una pareja. Es la pareja que ve Peggy, que mira sin pestañear, tan intensamente que Magnus está viendo la escena en esa mirada inmóvil.

Y el pasado se invita al comedor, ocupa un lugar a la mesa entre los dos comensales.

Dos siluetas avanzan a paso lento, medido. Como si se deslizaran en cámara lenta sobre la hierba que ondea con el viento. A veces, una de ellas se detiene y la otra se vuelve a mirarla, dice algo, y después la pareja sigue andando.

Un hombre y una mujer, caminan uno junto a otro, pero no van del brazo ni de la mano. Sus hombros se rozan y sin embargo se puede advertir entre ellos una distancia infranqueable. Su sola presencia en el acantilado basta para endurecer la luz matinal, corroer la calma del lugar, encuadrar el espacio, inmenso, y reducirlo a un decorado.

Han llegado al borde del acantilado. Están frente a frente, a menos de un metro el uno del otro. El sol aún es débil, el cielo de un azul lechoso, el mar de un gris rosado, más oscuro en el horizonte. La mujer habla sin levantar el tono, pero el viento que lo roba todo, polen, polvo, arena y hojas, olores y ruidos, se apodera de sus palabras y se las lleva entre sus pliegues invisibles para sembrarlas, un día, más tarde, en otro lugar.

Ella, la mujer que se mantiene erguida, con las manos en los bolsillos de su impermeable, dice: «Estoy aburrida de estar contigo, me muero de aburrimiento. No te amo. Nunca te he amado y jamás te amaré. No me

gusta nada de ti, ni tu voz, ni tu cuerpo, ni tu piel, ni tu olor. Todo de ti me repugna y me resulta insoportable. Querría verte desaparecer. Pero eso no bastaría, querría no haberte conocido nunca. Nunca.»

El hombre permanece en silencio, aturdido por esas palabras que no piden respuesta, que vuelven inservible cualquier otra palabra. Retrocede unos pasos ante esta lapidación verbal.

*

Está en el filo de la roca, y el vacío, al que da la espalda, enlaza solapadamente sus tobillos, se desliza por sus piernas, se arremolina en sus rodillas y corre como un flujo helado hasta su nuca. No tiene necesidad de verlo, todo su cuerpo siente ese vacío como sentiría la presencia de una fiera agazapada a sus talones. Es presa del espanto y no puede moverse. Mira a la mujer con ojos suplicantes, no para que ella le diga palabras tiernas, pues él ahora está más allá, o más acá, de cualquier esperanza de amor. Está al margen de cualquier sentimiento, abrumado por el vértigo, por un pánico puro, completamente físico. Espera un gesto, una mano que lo arranque de la atracción al vacío. Pero la mujer permanece impasible, con las manos en los bolsillos y la mirada que clava en él tiene la brutalidad de una bofetada. Él se aferra sin embargo a esa mirada, por malvada que sea, es su único punto de referencia, que le ayuda a mantener su precario equilibrio.

*

¿Habrá comprendido su súplica? Ella vuelve la cabeza, deja que su mirada se pierda en la lejanía, indiferente. Oh, allá el mar se ha teñido de turquesa, allí vuela una gaviota gritando de hambre bajo las nubes, y por allá pasa un ferry, una manchita negra que se desplaza a toda velocidad, diríase un escarabajo que corre. Sonríe y su sonrisa se la lleva el viento.

Nota un ligero ruido, se da la vuelta, no hay nadie. El hombre ha desaparecido. Era eso lo que ella quería, ¿no? Transcurren unos segundos, más largos que una vida, y se oye otro ruido, sordo, lejano, de una brevedad y una banalidad atroces.

Ella huye, acelera tanto el paso que casi corre. No piensa en nada, se niega a pensar. Se siente como un guijarro que rueda, como la piedra que acaba de caerse al agua con un sonido desagradable, apagado. ¿Por qué querría pensar, cómo podría? Acababa de perder su humanidad.

OceanofPDF.com

Secuencia

KENT

¿Quién anda ahí, además del mal tiempo?

CABALLERO

Uno con el ánimo tan desapacible como el tiempo.

KENT

Os conozco. ¿Dónde está el Rey?

CABALLERO

Luchando contra los convulsionados elementos;
ordena al viento soplar la tierra en dirección al mar
o que la tierra invada el encrespado océano
y cambie o termine todo.

LEAR

Creo que empiezo a desvariar.

Vamos, muchacho, ¿cómo te encuentras? ¿Tienes frío?

Yo también tengo frío.

LOCO

El que carezca de ingenio,
ay, Ay, Viento, lluvia, ay, ay,
aunque nunca para de llover,
su suerte tendrá que aguantar.

WILLIAM SHAKESPEARE,

El rey Lear,

Acto III, escenas 1 y 2

OceanofPDF.com

Fragmento 20

Magnus no ha hablado con nadie de lo sucedido en casa de Peggy ni de lo ocurrido en el acantilado de Dover. Tampoco a Peggy le dijo nada cuando acabó la cena a la que Timothy se había invitado para hacer de apuntador, pero un apuntador fantasioso que desde el foso dicta una obra completamente distinta de la que se está representando en el escenario. Cuando Peggy terminó con su improvisada interpretación de la escena impuesta, volvió a sentarse y vació su copa lentamente. Tenía el rostro crispado y unas ojeras que daban a sus ojos un color ocre. Pero enseguida se levantó y se puso a quitar la mesa. Fue a la cocina en busca de una bolsa grande de plástico y arrojó dentro los restos de comida, los platos de cartón y las copas de cristal, recogió el mantel de damasco y también lo metió en la bolsa. Parecía haberse olvidado de su invitado y ordenaba el comedor como si estuviera sola. Magnus desmontó la mesa y llevó las dos sillas al jardincito que se extendía detrás del ventanal. Una lluvia muy fina caía sin ruido, mojando apenas las hojas de las plantas. De uno de los jardines vecinos llegaba el ulular lastimero y monocorde de un búho.

Cuando todo estuvo en orden, Peggy encendió un cigarrillo, que fumó caminando arriba y abajo en la habitación vacía. Seguía sin hacer caso de la presencia de Magnus. Entonces él le preguntó dónde pensaba dormir, ya que no podía pasar la noche en esa casa desamueblada. Ella se encogió de hombros, y, como él se obstinaba en esperar una respuesta, dijo: «Váyase, ahora. No lo necesito. Viajo mañana por la mañana. Está todo listo.» Magnus se retiró, pero se quedó largo rato en la calle, en la acera de enfrente de la casa de ella. La vio salir, dejar la basura en el umbral, cerrar

la puerta con llave y alejarse. La siguió sin hacerse notar, ella caminó hasta una avenida donde llamó a un taxi. Y desapareció.

Magnus regresó a la puerta de la casa, abrió la bolsa de basura, extrajo el mantel manchado de vino y salsa, lo dobló y se lo llevó, con una de las copas, la que estaba un poco cascada, porque la otra estaba rota.

*

Hace cinco meses que ella se fue. Le envió a Magnus una tarjeta postal para fin de año, pero sin darle detalles acerca de su vida en Viena. Else tampoco ha tenido más noticias.

*

En la casa de los Schmalker hay una nueva inquilina: Myriam. Ha venido a vivir con sus abuelos para seguir un curso en una escuela de bellas artes de Londres, y escapar de su familia, pues se niega a asumir el papel de la hermana mayor que debe encargarse de secundar a su madre ocupándose de sus hermanitos. Se lleva mejor con Hannelore y Lothar que con sus padres, porque la tratan como si fuera hija única y no como la mayor de una familia numerosa. Ocupa el dormitorio que antes era el de Magnus y ha montado un estudio en el sótano.

Myriam habla poco, sobre todo delante de desconocidos. Cuando le presentan a Magnus no dice ni tres palabras seguidas, pero su mirada observa intensamente a su interlocutor. Es una mirada de fierecilla, directa y brutal, y al mismo tiempo de animal arisco, penetrante de desconfianza. Hannelore dice que su nieta es como un rayo de sol en la casa, mas un sol caprichoso, que a veces arroja bolas de luz negra, helada, cuando su trabajo no la satisface, cuando no está a la altura de lo que ella se proponía;

entonces destruye la obra juzgada demasiado débil, indigna del sueño que la había suscitado.

La luz del día se oculta lentamente en los ojos de Lothar. Desde hace un tiempo sufre de vértigos, su vista se debilita, su voz se cansa enseguida. Cuando Magnus lo visita, le propone leer para él.

—Ya no puedo —dice Lothar— quedarme a solas con un autor, ahora necesito un lector o una lectora, así que somos tres. Las inflexiones de la voz del intermediario entre el autor y yo repercuten en el texto, oigo entonces los matices que tal vez yo no hubiera podido percibir leyendo en silencio, solo. A veces esto me depara ciertas sorpresas...

Para sorprenderse mejor, suele pedir a sus mediadores que le lean las mismas páginas de un libro, páginas que termina por saberse de memoria, pero polifónicamente, y de repente este «de memoria» se estremece, se distiende y se llena de ecos, de preguntas, de inesperados murmullos. Procede en la misma forma con los textos bíblicos como con los literarios, con los poemas y con los artículos periodísticos, y según se trate de la voz de Hannelore, de Myriam, de Magnus o de otra persona, las palabras suenan de un modo distinto. La voz de Hannelore se hace más lenta y se atenúa imperceptiblemente cuando un pasaje la conmueve o remueve sus dudas y sus penas; la de Myriam recalca secamente las palabras de aquellas frases que visiblemente la enfadan, la sublevan; la de Magnus puntúa con ínfimas pausas las frases que lo perturban o cuyo sentido no comprende demasiado bien, como si quisiera domesticarlas.

Durante cierto tiempo, Lothar solo pide que le lean el «Sermón de la Montaña», tal como figura en el Evangelio de San Mateo, así como los numerosos comentarios hechos al respecto por otros autores, como los de Dietrich Bonhoeffer en su libro *El precio de la gracia*¹, publicado en

Alemania poco antes de que los Schmalker se hubieran visto obligados a exiliarse en Londres. Cuando Magnus le lee páginas de este autor a Lothar, sabe que este no solo escucha el texto sino la palabra de un hombre que conoció, estimó y admiró, de un ser vivo que pagó con su vida el precio no negociable de «la gracia que cuesta». Que pagó con su vida, entonces en la fuerza de la edad, del pensamiento y del amor, el precio intransigente de la gracia en el cabo de la soga de un patíbulo levantado al alba en un campo de concentración por una orden del Führer emitida desde su búnker, donde él mismo iba a matarse tres semanas después. Magnus impone a su voz un tono neutro, para eclipsarse delante de la voz del amigo desaparecido y que Lothar pueda dialogar con su amigo y maestro. Y, sin dejar de concentrarse en su lectura, escucha la respiración del anciano cuyo «timbre» se va alterando a medida que escucha, se acompasa con leves suspiros, que no traicionan una emoción, un asentimiento o un desacuerdo, sino un pensamiento que camina junto al del autor y que se detiene, por momentos, al borde de una palabra, de una idea, de un deseo, de una fulguración de sentido. O de un sentido preciso, como esta frase de Bonhoeffer que es un eco a la advertencia de no erigirse en juez: «Si, al juzgar, lo que realmente me importara fuera la destrucción del mal, buscaría el mal allí donde realmente me amenaza: en mí mismo.»

-
1. *Publicado en idioma original como «Nachfolge» en 1937. ↩*

Efemérides

DIETRICH BONHOEFFER

Nacido el 4-2-1906, en Breslau. Sexto hijo (de una prole de ocho) de Karl Bonhoeffer, profesor de psiquiatría y neurología, y de Paula, nacida Von Hase.

1923-1927: estudios de teología en Tübingen y posteriormente en Berlín.

1927: defiende su tesis doctoral en Berlín, titulada *Sanctorum communio. Una investigación dogmática sobre la sociología de la Iglesia*.

1928-1929: vicario de la parroquia protestante de lengua alemana en Barcelona.

1930: redacta su tesis de habilitación, titulada *Acto y ser*.

Septiembre de 1930-junio de 1931: beca de estudios en Estados Unidos, en la *Union Theological Seminary* de Nueva York.

1931: capellán de estudiantes en la Technische Schule de Charlottenburg. En septiembre participa en la conferencia ecuménica de Cambridge (es elegido secretario de la Alianza Mundial para el Fomento de la Amistad entre las Iglesias). El 15 de noviembre es consagrado pastor en la iglesia de St. Matthaüs de Berlín.

1933: Hitler llega al poder. D. Bonhoeffer no tiene dudas acerca de la malignidad innata de ese Führer que Alemania recibe como a un salvador y denuncia públicamente el peligro de que la «imagen del jefe se transforme en la imagen del seductor... El jefe y su función se deificarán en una

caricatura de Dios». Denuncia, además, el odio racial y la persecución de los judíos, extendida a los cristianos de ascendencia hebrea. «La exclusión de los judeo-cristianos de la comunidad destruye la sustancia de la Iglesia de Cristo. [...] La Iglesia no es la comunidad de los que pertenecen a la misma especie, sino que es la de los extranjeros que han sido llamados por la Palabra. El pueblo de Dios es un orden que está por encima de todos los demás. [...] “El párrafo sobre los arios” [promulgado el 7 de abril de 1933] es una herejía y destruye la sustancia de la Iglesia» (panfleto redactado en agosto de 1933).

Octubre de 1933-abril de 1935: ministerio parroquial en Londres.

1935-1937: dirige seminarios pastorales creados por la Iglesia confesante (escindida de la Iglesia alemana, totalmente corrompida por su colaboración con el poder nazi) en Zingst, después en Finkenwalde, Pomerania. En 1936 le es retirada la autorización para enseñar en la universidad.

1937: publicación de su obra *Nachfolge [El precio de la gracia]*. En octubre, la Gestapo clausura los seminarios pastorales; detenciones de antiguos seminaristas de Finkenwalde.

1938: primeros contactos con la resistencia militar (*Abwehr*) que se organiza en torno a Ludwig Beck, a quien se unen Hans Oster, Wilhelm Canaris, Karl Sack... Su hermano Klaus Bonhoeffer, sus cuñados Rüdiger Schleicher y Hans von Dohnanyi participan también en la resistencia alemana. «Existe una verdad satánica. Su naturaleza consiste en negar, bajo la apariencia de la verdad, todo lo que es real. Vive del odio a la realidad y al mundo creado y amado por Dios. Si llamamos *mentiroso* a aquel a quien la guerra obliga a engañar, la mentira adquiere una consagración moral y una justificación en absoluta contradicción con su naturaleza.»

1939: aparición de su libro inspirado en la experiencia del seminario de Finkenwalde: *De la vida comunitaria*. Viaja a Londres, luego a Estados Unidos, pero abrevia su estancia y regresa a Alemania con el último barco, justo antes de que se declare la guerra.

1940: prohibición de expresarse en público y obligación de informar a la policía de todos sus desplazamientos. Trabaja en su gran obra, la *Ética*, que será publicada después de su muerte gracias a su amigo Eberhard Bethge. Participa activamente en el movimiento de resistencia política.

1941-1942: prohibición de publicar. Realiza (con el pretexto de relaciones ecuménicas) varios viajes, a Suiza, Noruega, Suecia, en el marco de sus actividades como resistente. En noviembre de 1942 se compromete en matrimonio con Maria von Wedemeyer.

1943-1945: el 5 de abril de 1943 es arrestado por la Gestapo, al igual que su hermana Christine y su cuñado Hans von Dohnanyi, y encarcelado en la prisión militar de Tegel. Hasta agosto de 1944 sigue leyendo, estudiando, escribiendo, cartas, notas, sinopsis de proyectos... «Ahora, en mis plegarias, lo único que pido es libertad, simplemente. Hay una resignación que nada tiene de cristiana. Nosotros los cristianos no tenemos que avergonzarnos de sentir algo de impaciencia y nostalgia, un gran deseo, imperioso, de libertad, de felicidad terrenal y de eficacia, resistiendo así a lo que va en contra de la naturaleza» (carta escrita en la prisión el 18-11-1943).

Después del fracaso del atentado de Von Stauffenberg contra Hitler, el 20 de julio de 1944, la Gestapo descubre documentos que prueban la participación de Bonhoeffer en la conjura. Su hermano Klaus y su cuñado Rüdiger Schleicher son arrestados. El 8 de octubre de 1944 es transferido a la prisión subterránea de la Gestapo, en la Prinz-Albrecht Strasse, en Berlín;

el 7 de febrero de 1945 es conducido al campo de concentración de Buchenwald, luego al de Regensburg y por último al de Flossenbürg.

El 9 de abril de 1945 es ejecutado, al mismo tiempo que el general Hans Oster, el almirante Wilhelm Canaris, el abogado Theodor Strünk, el juez Karl Sack y el capitán Ludwig Gehre. Hans von Dohnanyi es ejecutado en Sachsenhausen, y Klaus Bonhoeffer, Rüdiger Schleicher y F. J. Perels, otro cómplice, en Berlín.

*

«La idea de la muerte se nos ha vuelto muy familiar en los últimos años. [...] No sería justo decir que nos gustaría morir, aunque nadie ignora que existe cierto cansancio, que no debemos dejar que se instale en nosotros con ningún pretexto. Somos demasiado curiosos para rendirnos: nos gustaría ver primero para qué sirve nuestra vida destrozada. No sublimamos la muerte, pues la vida es para nosotros muy valiosa. [...] Aún amamos la vida y por lo tanto creo que la muerte ya no puede sorprendernos. Desde las experiencias de la guerra casi no nos atrevemos a confesar nuestro deseo de que no nos sorprenda por casualidad, imprevistamente, apartados de lo esencial, sino en la plenitud de la vida y plenamente comprometidos. No serán las circunstancias sino nosotros mismos quienes haremos de nuestra muerte una muerte plenamente consentida» (escrito a fines de 1942).

OceanofPDF.com

Fragmento 21

Por fin un día se decide a llevar a la tintorería el damasco que sacó de la basura que Peggy había dejado delante de su casa abandonada. Ya en su casa, de regreso de la tintorería, lo despliega para comprobar si la limpieza le ha devuelto su aspecto satinado y su color marfil. Las manchas de vino y salsa se han ido, aunque no del todo; se han diluido hasta convertirse en pálidas aureolas rosadas y ambarinas que se superponen a los motivos de la tela. Evocan vagas eflorescencias, flores marchitas asomando en la bruma matinal.

Como pasa mucho tiempo observando esos dibujos florales, siguiendo con la punta del dedo su contorno incierto, por la noche vuelve a verlos en sueños.

Vuelve a ver a Peggy, como en su último encuentro, con su vestido claro y vaporoso, constelado de flores y mariposas minúsculas. Y, de repente, como en sus sueños de adolescente, cuando ardía de deseo hacia Peggy, ve que empieza a balancearse, a girar en círculos cada vez más amplios, y que su falda se pone a temblar suavemente, a levantarse, a abrirse como una amplia corola. Flota, la falda sembrada de flores diminutas y de insectos, flota hasta la cintura, nimbando con un suave resplandor el vientre blanco, las caderas delgadas, las nalgas desnudas. El sexo ya no tiene, como antes, forma de cardo solar, sino de peonía de innumerables pétalos cerrados.

Y de pronto las flores se desprenden de la tela, las mariposas echan a volar y danzan en cámara lenta; el vestido se evapora, solo queda un nimbo lechoso veteado de estrías amarillas tirando al naranja alrededor del talle de la mujer desnuda. Sus pechos son hermosos, pequeños y perfectamente

redondos, sus areolas tienen el color de las avellanas frescas y sus pezones son como la almendra de la avellana. La piel está cubierta de pecas minúsculas, a menos que se trate de ocelos de alas de mariposas.

La peonía apenas se entreabre con un leve estremecimiento de pétalos. Y el sueño se interrumpe.

*

No, el sueño no se interrumpe, sino que cambia, se transforma. Peggy ha desaparecido, mejor dicho, su cuerpo se ha desdibujado hasta hacerse casi invisible, un poco como las manchas deslavadas del damasco que ahora parecen vahos con un poquito de color, ideas de flores. Solo resta la peonía, como un puño que se entreabre y se cierra. No, como un corazón que late.

Ya no vea Peggy, solo intuye un corazón que palpita en el vacío, en medio de una bruma lechosa. Oye los golpes sordos, monótonos, de ese corazón suspendido. Cuanto más se despoja visualmente su sueño, más sonoro se hace.

*

¿Basta con soñar con alguien para que esa persona se acuerde de uno y reaparezca tras un prolongado silencio? Lo cierto es que, una semana después, Magnus recibe una carta de Peggy. Durante todos esos meses, escribe, que quedó destrozada por lo que había sucedido durante la cena en su casa, «su casa», que había dejado de serlo. Destrozada, pero ¿por qué?, se pregunta: ¿por la vergüenza, aumentada por haber tenido que confesar la que sentía después de la muerte de Tim, los remordimientos por haber sido la causa de esa muerte, su incapacidad para explicar la tragedia, o el estupor ante el extraño fenómeno que se produjo esa noche en presencia de Magnus, y que ella sigue sin comprender? No cree en fantasmas ni en casas

hechizadas, pero sí en la fuerza de los sentimientos cuando se agudizan, ya sean buenos o malos, en la fuerza de las emociones, sobre todo si han sido fuertemente ocultadas, en la energía de ciertos pensamientos, sobre todo si han sido tenazmente callados. La carne, entonces, saturada de toda esta energía cautiva, y el corazón demasiado dañado por las omisiones, las mentiras, los miedos, los remordimientos, terminan por gritar, sin aliento, todo lo que no se podía ni se quería decir. Sí, durante meses ha vivido en el aturdimiento de esta estupefacción, esforzándose por salvar la cara frente a sus colegas y alumnos del instituto donde enseña. Pero hace tres días el peso que la oprimía ha cedido, la angustia que la atenazaba permanentemente se ha aflojado de golpe. No sabe por qué ni cómo y no quiere saberlo. Solo constata el cambio, el alivio, el principio de una liberación. Sin que por ello vaya a olvidarse, ni abjurar o negar nada de lo ocurrido: su responsabilidad en la muerte de Tim, su progresivo hastío de él transformado en repulsión y luego en odio frío, funesto. *¿Ha conocido usted esta lenta desfiguración del amor?*, pregunta a Magnus, y añade que espera que él nunca tenga que conocerla ni soportarla.

Y desde hace tres días, prosigue ella en su carta, tiene la impresión de haber progresado más que en varias décadas. La impresión de volver a ponerse en movimiento, en marcha delante de sí misma, sin tratar de camuflar más su falta a sus espaldas sino de llevarla en brazos, como un animalito herido de muerte, es cierto, pero que sin embargo no pierde la esperanza de salvar.

Si le escribe es para decirle todo esto y darle las gracias por haber avivado, conscientemente o no, la locura que ardía dentro de ella hasta hacerla estallar, hasta consumirla. Y no importa, agrega, si *todo esto* que ha tratado de contarle le parece confuso; necesitaba decírselo.

Por último le dice que si un día tiene ganas de ir a Viena, estará encantada de recibirlo. Aclara incluso que alquila un apartamento lo bastante grande para acoger huéspedes.

Su carta termina con esta invitación cálida y a la vez imprecisa. Magnus no tarda en volverla precisa: decide que irá a Viena el mes siguiente.

OceanofPDF.com

Secuencia

Una vaca gris de la China
acostada en su establo,
estira el lomo
y en ese mismo instante
una vaca del Uruguay
se vuelve para ver
si alguna se ha movido.

Vuela de una a otra
todo el día y toda la noche
el pájaro que, sin ruido,
da la vuelta al mundo
y nunca lo toca
y jamás se detiene.

JULES SUPERVIELLE,

«Una vaca gris de la China...»

El condenado inocente

Fragmento 22

La primera vez que estuvieron desnudos el uno frente al otro, Magnus sintió que el suelo se abría bajo sus pies. Todos sus sueños se amontonaron de golpe en un bloque compacto que rompió la realidad que por fin sucedía. Sentía el cuerpo de Peggy tan íntimamente que ese repentino desvelamiento le produjo el efecto de algo absurdo, violento. Su deseo se volvió tan loco que se transformó en impotencia. Su cuerpo falló.

Acostado en la cama, pegado a ella, casi no se atrevía a mirarla, a acariciarla. Se le nublaba la vista, las imágenes de la desnudez de Peggy contempladas en sus sueños se superponían a la visión real que se entregaba a él, flotaban sobre su piel, la volvían intocable. Peggy le cogió una mano y la apoyó contra su pecho, cobijándola allí con dulzura. No decía nada, sonreía, a la espera de que la emoción que lo inmovilizaba y lo hacía temblar se calmara. Pero la emoción iba en aumento y Magnus sentía como si su mano, cada vez más pesada, estuviera a punto de soldarse al seno de Peggy. Y su sentido del tacto se confundió con el del oído, su palma oía los latidos del corazón y las pulsaciones se propagaron a través de todo su cuerpo, que no era más que escucha y resonancia. Temblaba, como si tuviera muchísima fiebre.

Ese corazón que latía bajo la palma de su mano, que tañía en su sangre, ya no era únicamente el de Peggy. Era un palimpsesto sonoro: el corazón de May emitía ecos confusos, hacía una llamada, un llamamiento.

Después de la muerte de May había hecho el amor con otras mujeres, pero ninguna había provocado semejante conmoción en su memoria. Mujeres brevemente deseadas, amadas fugazmente y de un modo

superficial; amantes sin mañana, dadoras de placer y de olvido, inofensivas con respecto a ella, la vivaz, la que había encantado sus días a lo largo de diez años. May había dejado sin herederos su lugar de amiga, amante y cómplice. Un lugar muy alto, inalcanzable. Allá arriba, en el claro del cielo, en el azul del vacío, en el espanto del silencio y de las cenizas.

Y de pronto este lugar a cielo abierto se ponía a vacilar y a la pregunta que lo atormentaba desde hacía años: «¿Me amó May? Y yo, ¿la amé? ¿He amado alguna vez a alguien?», Magnus recibió una respuesta: un sí profundo y sereno. Lloró en silencio, largamente. Y sus lágrimas mojaron la sábana, el pelo de Peggy, mojaron también el rumor que llenaba la palma de su mano y repercutía en su carne con un ligero bordoneo. Peggy acercó la cara a la suya y besó sus ojos, después lamió sus lágrimas, como hacen los gatitos. Al pasarle la lengua, rio y se puso a tararear una canción.

Entonces el corazón-palimpsesto reveló otras sonoridades, más atenuadas que las anteriores. Se desplegaron en ondas tenues, apenas perceptibles, como si vinieran de lejos, de antes de su edad. De antes de su nacimiento, tal vez, del tiempo en que su cuerpo se formaba lentamente en la noche líquida del cuerpo de su madre.

y se durmió, la mano encallada en el pecho de Peggy. Cuando despertó, los ecos habían callado en él, ya no había pensamientos que retuvieran sus gestos, su deseo era libre. Y esta vez su cuerpo no le falló a su deseo.

*

Esta escena tuvo lugar hace muchos años, pero sigue ardiendo sigilosamente en la memoria de Magnus, como una pavesa permanentemente encendida. Puede fechar y situar la escena: una noche de junio de 1974, en el apartamento de Peggy, en Viena. Pero como este acontecimiento fue la eclosión de un deseo antiguo, repetido durante mucho

tiempo, luego olvidado, reavivado poco a poco y de nuevo herido, extraviado, lo siente como algo intemporal, lejano y a la vez muy próximo, siempre vivo.

No volvieron a evocar la tragedia del acantilado de Dover, y Magnus no habla casi nunca de su pasado. Cada uno de ellos soporta discretamente el peso del tiempo. No reniegan de nada ni han borrado nada, pero saben que es inútil querer contarlo todo, que no se puede compartir con otro, por íntimo que sea ese otro, lo que hemos vivido sin él, lejos de él, ya se trate de un amor o de un odio. Comparten el presente y sus pasados respectivos se decantan en silencio, a la sombra radiante de ese presente.

*

El día que visitaron la cripta de la iglesia de los Agustinos, ese pudor fatal que se teje en torno a las pasiones consumadas, porque es imposible traducirlas con exactitud, con sus matices, su intensidad y sus contradicciones, de repente, mientras miraban las urnas que contienen los corazones de los Habsburgo, les patético. En una pequeña alcoba bañada por una luz y protegida por una reja, hay unas cincuenta urnas de plata pulida, de diversos tamaños, alineadas en semicírculos superpuestos. Corazones que estuvieron vivos, que latieron con orgullo en los pechos de las emperatrices y los torsos de los emperadores todopoderosos. Que latieron con ardor, y también con miedo y rabia, celos, sueño, penas, vergüenzas y esperanzas. De aquellos corazones señoriales, que a veces tocaron, en el oro, el acero, el esplendor y la sangre, las horas del Sacro Imperio Romano Germánico, solo queda una cohorte de viejos músculos arrugados en formol que montan guardia alrededor del vacío. Los vivos también esconden en un rincón de su memoria relicarios de amores, rencores, alegrías y dolores más o menos superados.

*

Durante los dos primeros años de su relación con Peggy, Magnus viajó con frecuencia a Londres para visitar y acompañar un poco a Lothar, cada vez más disminuido por su enfermedad.

Tras perder progresivamente la vista, la voz y hasta la posibilidad de caminar, Lothar se quedaba sentado todo el día en su sillón, cerca de la ventana de su despacho. Pero no vivía estas discapacidades como privaciones indignantes, sino que las había convertido en una fuerza abrasiva. De su parálisis extraía un profundo sentido de paciencia, de espera abierta, sin objeto ni medida; una espera que nada espera, salvo lo insospechado. Y su inmovilidad aparecía serena, habitada por una larga meditación.

En su mudez sentía el sabor amargo del silencio interior, donde el lenguaje se desanuda y cada palabra adquiere un peso nuevo, una mayor resonancia. Su silencio estaba vivo. En su ceguera descubría otra forma de ver, porque veía el revés de lo visible. Una gran claridad se difundía por sus manos, prácticamente inertes, y por su rostro de ciego. Y su sonrisa se iluminaba. En cuanto alguien entraba en su despacho, él volvía la cara hacia el visitante, a quien reconocía antes incluso de que hubiera pronunciado una palabra, por su manera de abrir la puerta o de caminar, y le sonreía. Muchas cosas decía esa sonrisa, todo lo que él ya no podía expresar con palabras. Y ese «todo» extremadamente concentrado, depurado hasta quedar en nada, ponía al descubierto el fondo de su ser: la inteligencia y el pudor de una bondad despreocupada de sí misma.

Forzado a residir en la noche muda de su cuerpo, mantenía de hecho un diálogo plural: con los vivos, con los muertos, consigo mismo, y más aún

con la parte desconocida cuya presencia discreta y sin embargo soberana sentía en él.

Una noche, esa parte desconocida lo convocó entero a pasar del otro lado de lo visible. Magnus no estaba, llegó el día del entierro.

El marido de Erika pronunció la oración fúnebre, que desarrolló en torno a dos textos de la Biblia sobre los que Lothar no había cesado de trabajar al final de su vida: el capítulo 19 del Primer Libro de los Reyes, en el que el Profeta Elías sube al Horeb, y el Sermón de la Montaña, en el Evangelio de San Mateo. Dos textos que invitan al pensamiento a operar un giro de ciento ochenta grados; que obligan a la fe a espabilar de forma radical, y a la acción que resulta de esta ruptura espiritual a realizarse con tanta soltura como rigor y tanta coherencia como temeridad.

*

Al día siguiente de las exequias, Myriam le entregó una caja muy bien atada. «No la abra todavía —le dijo con la brusquedad propia de las personas tímidas e inquietas—, espere a llegar a su casa. Lo he hecho para usted, para usted solo.» Ante la sorpresa de Magnus, ella precisó: «No es una obra, es más que eso. O acaso peor... no lo sé.» Luego, como él se apresuraba a darle las gracias por ese regalo enigmático, ella lo interrumpió. «No, no me lo agradezca. Aguarde a ver de qué se trata antes de decidir si cabe agradecermelo o reprochármelo. Pero, por favor, no lo abra antes de haber abandonado Londres. No hable con nadie de esto, y menos con mis padres.» Y se marchó.

*

Magnus respetó la voluntad de Myriam y no abrió el paquete hasta que subió al avión que lo llevaba de vuelta a Viena. Pero al empezar a abrirlo, lo

cerró enseguida. Todo el tiempo que duró el viaje permaneció inmóvil en su asiento, con la mirada fija en la ventanilla y las manos apretando la caja, sobre sus rodillas.

El mar, abajo, de un color gris acerado veteado de verde. Luego la tierra, más lejos, con sus ciudades y sus aldeas en miniatura, los campos recortados en rectángulos marrones y verdes, sus bosques oscuros y encrespados, sus lagos y sus ríos reducidos a charcos brillantes y a cintas plateadas. Después, el caos de rocas de montañas negras y blancas saturadas de una fuerza plácida, amenazadora. Y las nubes que a veces lo cubren todo o se desgarran para atrapar la mirada en boquetes vertiginosos.

Y en la caja de cartón, la máscara mortuoria de Lothar.

OceanofPDF.com

Resonancias

«Te presento a Lothar, mi hermano», le había dicho Thea.

Lothar, el hermano renegado, silenciado; un exiliado. Un desconocido llegado de ninguna parte.

«La vida de un hombre santo consiste más en recibir de Dios que en dar, más en desear que en poseer, más en volverse piadoso que en serlo», declaraba Martín Lutero.

Lothar Schmalker no poseyó nada y entregó en abundancia la indigencia que recibió.

«Tenemos por delante días difíciles. Pero lo que ahora vaya a sucederme carece de importancia. Pues he ido hasta la cima de la montaña. No tengo más preocupaciones. Quisiera, como todo el mundo, vivir mucho tiempo. La longevidad tiene un precio. Sin embargo, ya no me preocupa», había predicho Martin Luther King la víspera de su asesinato.

El pastor Lothar Benedikt Schmalker ha pagado el precio de su longevidad escalando muy lentamente la montaña por su vertiente umbrosa.

«Debo tener la certeza de estar entre las manos de Dios y no de los hombres. Entonces todo se hace fácil, hasta la peor de las privaciones. [...] Lo importante es que todo lo que me suceda encuentre en mí la fe...», había escrito el prisionero Dietrich Bonhoeffer.

Lothar Benedikt ha puesto su discapacidad en las manos —vacías— de Dios.

*Leche negra del alba ...
cavamos una fosa en el aire...*

«Todos estos años sin tener noticias tuyas...», había dicho Lothar a Magnus.

A partir de ahora, será Lothar quien no dará más noticias.

OceanofPDF.com

Fragmento 23

Tras la muerte de Lothar, el malestar que Magnus siente en Viena va en aumento. La ciudad es, sin duda alguna, seductora, hasta puede parecer mágica con su atmósfera que es una mezcla sutil de melancolía y hedonismo, de conformismo y superficialidad, de acritud e ironía, de cortesía y arrogancia. Es inútil criticar a los vieneses, ya lo hacen ellos muy bien, con tanta mordacidad como refinamiento. Pero a veces Magnus percibe, aquí o allá, en alguna conversación que oye en la calle, en un café, en un tranvía, resabios de nostalgia por la gran ópera heroica del nazismo. Peggy, en cambio, no la mira con el mismo recelo, le gusta vivir en esta ciudad y podría prolongar indefinidamente su estadía. Sin embargo, después de pasar siete años en Viena, se pone a buscar un puesto de maestra en otro país y lo obtiene en Roma.

*

A Magnus le encantan los períodos de desorden e incertidumbre que preceden a los traslados: el tiempo se desarregla, el espacio familiar se desordena, las costumbres se alteran. Día a día los objetos desaparecen en las cajas de cartón que se van apilando contra las paredes del apartamento donde los pasos y las voces resuenan de manera distinta. El lugar que uno se dispone a dejar empieza a tener, de pronto, el encanto de la nostalgia, mientras que aumenta la curiosidad por el nuevo país adonde uno va a establecerse; los contrarios se entremezclan, el deseo oscila entre el aquí y el en otra parte, y el presente vibra con una dulce excitación, tensado entre lo pretérito y lo desconocido.

*

Los días son largos aún y las noches dulces en ese final de verano. Una tarde, en torno a las cinco, Magnus trae una botella de champán para festejar que han terminado de embalar y ordenar todo. Ha extendido sobre unas cajas el mantel de damasco color marfil aureolado de vagas flores rosáceas y anaranjadas y ha puesto dos copas y una bandeja con los pasteles que a Peggy más le gustan. En una jarra de vidrio hay una rosa blanca nacarada de discreto perfume. Esta variedad de rosa blanca lleva el hermoso nombre de *Schneewittchen*, Blancanieve; también se la conoce como Iceberg. El osito Magnus forma parte asimismo del decorado: está apoyado contra la botella. Ha envejecido un poco, tiene la cabeza algo caída sobre un hombro, la lana del morro se ha vuelto áspera, el cuero de las orejas y las patas está muy agrietado, pero sus ojos conservan aquel brillo dulce de los ranúnculos. Ya no tiene el pañuelo atado al cuello sino una cuerquita de la que pende una minúscula bolsa de terciopelo color granate.

Es más que un elemento del decorado, participa en esta fiesta de despedida como lo ha hecho a lo largo de toda la vida de su homónimo. En cuanto al mantel de damasco, no está allí para recordar la lamentable cena en la casa de Londres, sino por haber sido el párpado que se entreabrió a un sueño de amor hecho realidad. Ahora toca el futuro, se acabó el pasado y sus fantasmas.

*

Cuando la botella de champán está vacía, Magnus la llena de agua y pone allí la *Schneewittchen*, cuyos pétalos se tiñen con un ligero rubor a la luz del crepúsculo. Vuelve a colocar el osito donde estaba. Después retira la bolsita de terciopelo del cuello del osito y se la entrega a Peggy. Ella la abre y saca un anillo. Una sortija de oro puro finamente tallada en zigzag y en las rayas el resplandor de las incrustaciones de rubíes. Peggy contempla el

anillo en la palma de su mano como si se tratara de una planta o de un insecto insólito y no de una joya. Magnus lo coge y lo pone en el anular de Peggy, pero ese dedo es demasiado delgado, lo mismo que el corazón; entonces prueba con el índice. Solo en ese dedo el anillo de oro no flota. «Al final —dice Magnus—, este dedo, cuya función es señalarlo todo, incluso desde muy lejos, y de indicar silencio, es el más apropiado para llevar una alianza de compromiso perpetuo.» En la parte interior del anillo ha hecho grabar la palabra «Tú». Nada más que esa palabra, que es la que emplea a menudo para dirigirse a Peggy —«Buenos días, tú», «Adiós, tú», tiene la costumbre de decirle al saludarla, o «Hola, tú», cuando la llama por teléfono—. Tú, apóstrofe reservado únicamente a Peggy, pronombre personal saturado de deseo y cargado de una grandeza que sin embargo no excluye cierta burla con respecto a sí mismo, Magnus que se burla de su propio alborozo enamorado.

*

Le propone a Peggy ir a cenar a un restaurante cerca de casa, pero ella prefiere ir al barrio de Heiligenstadt, situado al otro lado de la ciudad, porque hace tiempo que no va allí. El trayecto es bastante largo, cuando llegan ya es de noche, los faroles están encendidos en el patio de la posada, y las largas mesas de madera dispuestas bajo los castaños están casi todas ocupadas. Peggy inspecciona el lugar y ve una mesita al fondo del patio que unos clientes están por dejar. Con su índice enjoyado en oro rayado de rojo traslúcido, señala el sitio que queda libre.

Los faroles difunden una luz levemente acidulada que decolora la sombra del follaje hasta convertirla en una pálida bruma ocre, tornasola las caras de los comensales y hace brillar el vino blanco en las garrafas y en los vasos. El vino se matiza con destellos amarillo intenso, miel o paja dorada.

El vino emite un canturreo agudo en los vasos, resulta fresco en las bocas y no tarda en cantar espléndidamente en algunas gargantas alegres.

*

Los clientes sentados a la mesa contigua a la que ocupan Magnus y de Peggy están en vena musical, y entre palabras y risotadas entonan canciones populares y enseguida pasan a los *lieder* para luego volver a las romanzas. Uno de los cantores tiene una voz amplia y profunda, aunque un poco velada por la edad, una voz de barítono bajo que todos escuchan con placer.

—¿Qué tienes? ¿No te sientes bien? —pregunta Peggy, que de repente deja de escuchar.

Magnus está rígido en el banco frente a ella, lívido y tiene la mirada fija. Se repone y contesta:

—No es nada... El vino, el calor..., un poco de cansancio. —Se esfuerza por sonreír y añade—: Chist, escucha las canciones.

No resiste más a la necesidad de mirar a ese cuya voz domina todas las demás, las eclipsa. Se vuelve despacio hacia la mesa vecina, busca al barítono. Ve a un hombre medianamente corpulento, de unos setenta años; una fina corona de cabello blanco subraya su cráneo tostado por el sol. No ve más que tres cuartos de la cara, escruta su nariz. Es corta, muy recta. Pero una nariz puede operarse, adulterarse, piensa Magnus. El hombre lleva unas gafas de carey de montura oscura, rectangulares. Magnus no distingue sus ojos, ni el dibujo de su boca, semiocultada por un bigote que se prolonga en barba muy corta dibujando un perfecto óvalo blanco de la raíz de su nariz al mentón. Trata de verle las manos. Están marcadas por la edad, las venas sobresalen a través de la piel manchada, pero sorprenden al observador: son rechonchas, con las uñas impecablemente cuidadas.

*

Magnus se pone de pie y se acerca a uno de los camareros, le dice que le gustaría darle una sorpresa a su mujer, que tiene una especial predilección por el *lied* de Schubert *Geist der Liebe* ¹. ¿Podría preguntarle a ese hombre que tiene una voz tan bella si conoce ese *lied* y si aceptaría cantarlo?

—¡Ah, Walter! —exclama el camarero entre risas—. ¿Verdad que todavía canta estupendamente? ¡Y eso que casi tiene ochenta años! ¡Y no solo conserva la voz, sino también el gusto por las mujeres bonitas!

—¿Usted lo conoce bien? ¿Cómo se llama?

—Walter Döhrlich. Es un cliente, viene a menudo, vive en el barrio. Bueno, voy a transmitirle su pedido. Se sentirá halagado de cantar para una bella desconocida.

Magnus vuelve al lado de Peggy y se ubica en la mesa de manera que pueda ver mejor al nombrado Walter Döhrlich. El camarero se acerca a este y le susurra algo al oído. El otro sonríe, mira alrededor, buscando sin duda a la encantadora esposa a quien le va a dedicar *Geist der Liebe*. Se pone de pie, para desplegar mejor su voz, y empieza a cantar.

—«*Der Abend schleiert Flur und Hain. / In traulich holde Dämmerung...*» ² —Se mantiene erguido bajo la luz flava que cae del castaño, su boca se abre de par en par, un abismo de sombra y dulzura. Una dulzura que apesta a muerte—. «*Die Bäume lispeln Abendsang / Der Wiese Gras umgaukelt lind...*» ³ —Dibuja en el aire los gestos del sembrador, lentamente. Un sembrador de sangre, de espanto, de cenizas.

Magnus vuelve a ver el cortinado de terciopelo rojo púrpura en el salón de la casa de las landas. Y entre los pliegues del cortinado aparece el fantasma de un niño.

—«*Der Geist der Liebe wirkt und strebt..*»⁴

La boca de sombra cernida de un óvalo blanco modula el hechizo en *El espíritu del amor* . Cada palabra bellamente articulada golpea a Magnus como una gota de ácido, aprieta las mandíbulas, los puños, para contener un violento deseo de gritar. Conoce tan bien cada una de las palabras, la melodía, por haberlas oído tantas veces en otra época: *Geist der Liebe* , el *lied* preferido de Thea.

El cortinaje se torna pesado, los pliegues se convierten en grietas, largas fosas negras y púrpura en cuyo fondo tiemblan millares de siluetas. Peggy escucha, encantada, el concierto espontáneo bajo los castaños del jardín de la posada. Esa noche de improvisados esponsales es una felicidad que rebosa gracia y voluptuosidad, una fiesta de todos los sentidos. Alza su copa y la choca discretamente con la de Magnus antes de llevársela a los labios. Sonríe al dejarla sobre la mesa, el hoyuelo se marca en su mejilla izquierda, sus ojos de tilo brillan. Peggy, primer cuerpo del deseo, primera boca besada, cuerpo perdido, encontrado, al fin abrazado y penetrado, acariciado, explorado, deseo sin fin. Peggy, *lied* carnal, la carne misma del amor.

*

—«*Ein Minneblick der Trauten hellt / Mit Himmelsglanz die Erdenwelt.*»⁵

La boca nocturna vuelve a cerrarse, lentamente, como si no quisiera, con un suspiro sensual. No cabe duda de que el anciano caballero de corona y barbita blancas ha cantado con talento, con una llama suave cuyo fuego se ha extendido delicadamente a través del jardín, deleitando a todos los clientes de la posada, y una cascada de aplausos, puntuada de algunos entusiastas «bravos» saluda su interpretación. El bullicio de final de

concierto desemborracha a Magnus de inmediato: el cortinaje desaparece, su memoria refluye, baja la intensidad de su emoción y todo en él guarda silencio. Seguramente se ha equivocado, ha sido el juguete de una confusión que se ha exacerbado hasta la alucinación; ese apuesto septuagenario aficionado cantante de *lieder* no es, no puede ser Clemens Dunkeltal, el antiguo *Obersturmführer* de las SS, a pesar del parecido, por cierto muy inquietante. Dunkeltal, el fugitivo, murió como un cobarde en el puerto de Veracruz hace más de treinta años. Magnus se tranquiliza, rechaza las sospechas y por fin se distiende. «Para ti ha cantado ese *lied* », le dice a Peggy, y le cuenta lo que le dijo al camarero. Pero no confiesa la verdadera razón, y cuando Peggy, radiante, ríe de su supuesto subterfugio de enamorado, se siente un miserable.

*

El éxito del anciano barítono bajo ha vuelto a animar la mesa a la que se encuentra sentado; el héroe brinda con todos, muy contento. De pronto, Magnus, que ya no le presta la atención febril que le había prestado mientras cantaba, observa que un hombre se ha ubicado detrás de Walter Döhrlich. Un hombre de unos cuarenta años, de pelo castaño peinado al cepillo, lampiño. Ha apoyado una mano en el hombro del cantor; en su gesto se adivina el orgullo y el afecto de un hijo por su padre. Es lo que son, a juzgar por lo que se dicen. El parecido entre el hombre, llamado Klaus, y Walter Döhrlich, no es evidente; en cambio resulta flagrante entre él y Clemens Dunkeltal tal como era a esa misma edad. Quitando los cabellos, que en aquel eran claros y finos mientras que este los tiene castaños y abundantes, todo lo demás concuerda: la misma corpulencia, la misma cabeza, la misma nariz aguileña y la misma boca de labios finos, la misma arruga oblicua entre las cejas arqueadas, el mismo mentón cuadrado. El viejo Dunkeltal, calvo ahora, con la nariz respingona y el mentón

suavemente redondeado por una barbita de chivo bien recortada, no habrá hecho, a pesar de su celo como disimulador, el trabajo más que a medias: ha omitido transformar las inflexiones de su voz cuando canta y su acento alemán cuando habla, y no se ha preocupado del hecho de que su hijo se ha convertido en su espejo desfasado en el tiempo. ¡Traicionado por lo que está más orgulloso: su voz de seductor y su bastardo querido, el Klautschke del zoo de Berlín!

*

Magnus experimenta una gran calma, como si hubiera consumido toda su rabia y su emoción durante el canto. El impacto de la sorpresa se ha amortiguado y la sospecha, dejada de lado hace un momento, regresa con la fuerza, casi, de una certidumbre. Pero para fundar su convicción precisa un indicio último, indiscutible. Magnus le pide a Peggy que vea si tiene un pedazo de papel en su bolso. Ella arranca una hoja de una libretita y se la da, con una pluma. Magnus escribe unas líneas sobre el papel, lo dobla en cuatro y le sugiere a Peggy que vuelvan a casa. Manda llamar un taxi y lo esperan delante de la posada. En cuanto ve llegar el coche, finge que ha olvidado la pluma sobre la mesa, le dice a Peggy que lo aguarde en el interior del coche y regresa a toda prisa al jardín. Le da una propina al camarero y le ruega que sea nuevamente su mensajero y le lleve una nota de su parte a Walter Döhrlich. Se ubica no demasiado lejos de la mesa de los Döhrlich, cerca de un castaño cuyas ramas bajas disimulan su presencia y desde donde puede observar la escena que va a tener lugar.

El camarero entrega el papel doblado a su destinatario, que lo coge riéndose. Esgrime el mensaje insinuando que debe de tratarse de una cartita de amor de la bella desconocida que su canto ha seducido. El viejo farsante se toma por Orfeo y toda la mesa se pone a bromear. Abre la misiva y lee el

contenido. Se le congela la sonrisa, palidece, se le crispa la cara. Los comensales se dan cuenta y dejan de bromear. Endereza bruscamente la cabeza, adelanta el mentón. Hace una pelota con el papel y la aprieta en el puño, y con un ademán brusco se arranca las gafas y mira alrededor con expresión de furia. Pero en su mirada de impostor desenmascarado hay miedo también. Es la mirada del Clemens Dunkeltal que huyó al final de la guerra. La mirada, como la voz, constituye una firma infalsificable. Magnus tiene la prueba que buscaba. Se escabulle y se apresura a reunirse con Peggy en el taxi. Le devuelve la pluma que se había metido en el bolsillo. Le indica al chófer una dirección en un barrio que queda muy lejos de donde ellos viven y le explica a Peggy que le gustaría seguir dando una vuelta por el centro de la ciudad.

*

No menciona lo que acaba de suceder, está demasiado aturdido, no por haber visto a un espectro, sino a un cabrón bien vivo y contento, una masa de carne cruda escabulléndose en el tiempo con una avidez y un cinismo inagotables. Un cabrón redomado, pero que no por ello deja de pertenecer a la común humanidad. Todavía no sabe qué va a hacer, le da vueltas a las palabras que garabateó a toda prisa en ese pedazo de papel, buscando qué salida darle a la amenaza confusa que escribió en él.

Aprieta la mano de Peggy durante todo el trayecto, para seguir en contacto con la humanidad, con la luz del día, con la belleza.

-
1. *«Espíritu del amor»* compuesto por el compositor austriaco Franz Schubert en 1822. ↩

2. «El atardecer arroja sobre prados y bosques / el velo íntimo y dulce del crepúsculo...» ⇐
3. «Los árboles murmuran un canto crepuscular / las hierbas de los campos tiemblan suavemente...» ⇐
4. «El espíritu del amor avanza y actúa en todas partes...» ⇐
5. «Una mirada tierna de la amada / ilumina el mundo con un fulgor celeste.» ⇐

OceanofPDF.com

Nota breve

«Todavía canta usted muy bien, doctor Clemens Dunkeltal, para ser un hombre que murió hace más de treinta años. Es verdad que tiene usted varias voces de recambio: las de Otto Keller, Helmut Schwalbenkopf y Felipe Gómez Herrera. Y algunas más, quién sabe. Sin contar, claro, las voces robadas a sus millares de “pacientes” de Dachau, Sachsenhausen, Gross-Rosen y Bergen-Belsen.

»Todas esas voces, doctor Clemens Dunkeltal, tienen mucho que decir sobre su “espíritu de amor”. Tenga la seguridad de que lo dirán frente al mundo. Muy pronto.

»Pues sería una lástima que un talento tan grande como el suyo no se conociese, ¿no es cierto?

»Hasta muy pronto, pues.»

OceanofPDF.com

Fragmento 24

Cuando Clemens Dunkeltal leyó el mensaje que le entregaron, y que instantáneamente redujo a una bolita de papel, juró que se lo haría tragar a su autor. No sabe su nombre, pero no tarda en localizarlo. No revela a sus contertulios el contenido de la esquila, les dice, sencillamente, que es injurioso y que se lo envía un cliente a todas luces alérgico a su canto, pero le pide información al camarero. Este último no entiende qué sucede.

—Si es el mismo hombre que pidió *Geist der Liebe* para complacer a su esposa. No entiendo, parecía muy satisfecho...

Entonces interviene una chica que está sentada en la otra punta de la mesa.

—La mujer, ¿no es la pelirroja del vestido a lunares negros y azules y que estaba sentada allí?

El camarero asiente.

—Yo la conozco —prosigue la joven—, es una inglesa, es profesora, asistí a sus cursos hace dos años. —Y se pone a decir algunas palabras en inglés muy divertida, lo cual desvía la atención del incidente, que por otra parte no tiene mucho interés. Pero Dunkeltal hijo se ha dado cuenta de que sí es importante y averigua cómo se llama esa encantadora profesora de inglés que tiene un marido tan susceptible. Margaret MacLane. Una vez que ha conseguido saber su nombre, pretextando cansancio le propone a su padre acompañarlo a su casa.

Un taxi deja a una pareja en una calleja cerca de las termas de Oberlaa y se marcha. La calle está desierta a esas horas de la noche, y ha refrescado un poco. Magnus se queda parado un instante sobre el bordillo de la acera para buscar sus llaves en el bolsillo. Está de espaldas a la calzada mientras que Peggy, a su lado, está de frente. En ese instante preciso ella ve un coche, que se hallaba oculto muy cerca de allí, que se les echa encima a toda velocidad. Grita y empuja a Magnus, ocupado en buscar en sus bolsillos, con tanta fuerza que pega un salto a un costado, lo suficiente como para que el bólido lo golpee solo en la cadera. Al caer oye dos ruidos, uno sordo y otro estridente, de la misma intensidad: el ruido de un cuerpo atropellado y proyectado en el aire, y el grito agudísimo proferido por ese cuerpo. Tendido de espaldas, aturdido por el choque, ve una imagen inconcebible, absurda: Peggy cayendo del cielo y estrellándose contra el asfalto a tres metros de distancia de él. El automóvil no se detiene, ni siquiera reduce la velocidad. Pero un contenedor de basuras ha rodado sobre la calzada, el vehículo da un bandazo, una de las ruedas golpea contra el bordillo de la acera y sin embargo sigue su carrera. Va tan rápido que, al doblar la esquina, su conductor pierde el control y se estrella contra una farola.

*

Magnus quiere ponerse de pie, pero no puede. Se siente clavado en el suelo por un dolor que le quema en la cadera. Llama a Peggy, que está acurrucada junto al bordillo. Se arrastra hasta ella. Algunas personas salen del edificio y corren hacia ellos, él no alcanza a ver más que sus pies, a lo lejos se oye una sirena de la policía, o de una ambulancia. Estira la mano hacia Peggy, toca su pelo. Está mojado y tiñe de rojo la punta de sus dedos. Oye voces que hablan, pero no entiende lo que dicen, no escucha más que

el silbido de la respiración de Peggy. Sus caras están muy próximas, ve que los labios de Peggy se mueven débilmente.

—¿Tim...? —murmura, en un tono que es a la vez una queja y una pregunta.

*

Del coche destrozado contra la farola sacan a dos hombres. El conductor está muerto, ha fallecido en el acto, el volante se le ha incrustado en el pecho y tiene la cara lastimada por las astillas del cristal del parabrisas. El acompañante está gravemente herido. En el hueco de una de sus manos, fofas e inertes, encuentran una bolita de papel. Nadie se preocupa por eso, el papel arrugado cae entre los cristales rotos, los pedazos de metal, los charcos de sangre.

*

Peggy MacLane y Klaus Döhrlich han sido enterrados el mismo día, en dos cementerios diferentes de la ciudad. Ni Magnus ni el viejo Döhrlich asisten a esos funerales; ambos se encuentran en el hospital. El primero tiene una cadera y un fémur fracturados; el segundo, la columna vertebral rota.

*

En el apartamento abandonado, próximo a las termas de Oberlaa, el polvo se acumula encima de las cajas, las copas pegajosas y el mantel de damasco. La *Schneewittchen* levanta su tallo desnudo en el vacío, sus hojas y sus pétalos secos forman delicados montoncitos sobre la cabeza del osito Magnus y alrededor del corcho de la botella de champán caído entre sus patas.

Resonancias

«¿Magnus?... ¿Quién es Magnus?», había preguntado May.

Magnus es un osito con el pelaje raído, cubierto de pétalos de rosa desmenuzados, resecos. Emana de él un desabrido olor a polvo. La rosa se llamaba *Schneewittchen* .

Magnus es un hombre de unos cuarenta años, ancho de hombros y cara angulosa. Cojea de una pierna. Emana de él una impresión de robustez y de abatimiento, de extrema soledad. «Iceberg» es el otro nombre de la rosa.

Soledad, con tu gran corazón lleno de hielo...

«¿Ha conocido usted esta lenta desfiguración del amor?», le había preguntado Peggy en una carta.

No, la desfiguración no. Magnus no ha conocido del amor más que la espera enloquecida, las dudas y las angustias, los deslumbramientos. Muchos deslumbramientos. Y el despeñadero del duelo, la fulminación de la pérdida, por dos veces. Pero la segunda vez fue él quien abrió el agujero sin fondo.

«Espero que nunca tenga que conocerla, ni soportarla», había añadido ella.

Hizo algo peor que dejar que el amor se asqueara hasta la repulsión: lo entregó para que lo degollaran vivo. Por inadvertencia y rabia, en nombre de un odio viejo vuelto de pronto fulgurante, furioso. Un odio más fuerte que su amor.

«¡La cabeza me da vueltas!

»Ven, pequeño. ¿Cómo te sientes, pequeño? ¿Tienes frío?

»Ah, sí, tengo mucho frío...»

«¿Y May, ¿qué ha sido de ella? ¿Y Peggy? ¿Se quedaron en Comala?»

May, tu larga trenza negra, Peggy, tus cabellos de oro rojo.

Ella y Tú están allí, en otra parte, en ninguna parte, cada una a su altura:

¿Qué piensan hacer, qué piensan hacer?...

Dejar que el Tiempo pase, hasta que me llegue el turno.

Leche negra del alba...

Cavamos una fosa en el aire...

OceanofPDF.com

Fragmento 25

Magnus sale del hospital, con un ridículo bastón, ya muy entrado el otoño. Pronto recibirá una pensión por discapacidad. De este modo queda saldado el dramático accidente del que ha sido víctima. Porque así han clasificado el crimen: un accidente, no un asesinato.

No habrá juicio. Clemens Dunkeltal no será juzgado por su último asesinato, ni por los innumerables crímenes que perpetró en el pasado. Hundido en su sillón de inválido, acaba de cometer el último haciéndose administrar por uno de sus fieles amigos un veneno que le permite abandonar disimuladamente la escena con la máscara del encantador señor Döhrlich. ¡Ah, Walter! El asunto se tapa antes de que haya tiempo de sacarlo a relucir.

¿Para qué empezar de nuevo a querer hacer el justiciero? Magnus lo ha perdido todo por haber improvisado fogosamente, presuntuosamente, su papel de detective y vengador. Se precipitó con el ímpetu de un carnero furioso que arremete contra un obstáculo más duro que su frente. Al final el obstáculo cedió, se pulverizó, pero destruyó todo al derrumbarse. Magnus no es más que el testigo de su propia falta, de su acto aberrante; un testigo de cargo, despiadado consigo mismo.

*

Magnus cierra por última vez la puerta del apartamento. Todo está en orden; todo, es decir, nada.

El orden de la nada reina en la vivienda vacía y limpia. El traslado se transformó en liquidación; los muebles, los utensilios y los adornos dieron a parar a una sala de ventas; empaquetó toda la ropa de Peggy en la tela de

damasco y arrojó ese sudario, que pesaba como si contuviera el cuerpo de la difunta, al Danubio. Una tumba fluvial para los vestidos floreados, a rayas, con lunares, con mariposas, para los chalecos, las bufandas, los zapatos, la ropa interior de Peggy.

*

El caso Dunkeltal queda enterrado, sepultado en la bóveda familiar de la respetable familia Döhrlich, donde padre e hijo descansan, uno al lado del otro, en una connivencia eterna.

*

El cuerpo del amor, en cambio, se desintegra en silencio, transido de soledad, en el frío de la tierra. Su tumba es discreta, despojada. Sus pieles de seda, de algodón, de raso, de tergal y de lana, su olor, sus perfumes se disuelven en las aguas opacas del río.

El bello cuerpo del amor y sus pieles de telas que deshojan el deseo, el cuerpo loco del amor y su carne de goce se pudren en el fango, en el cieno.

*

Magnus, una vez más, vuelve a empezar de cero. Como en la hora de Gomorra, hora para siempre fija en el cuadrante de su vida. Y este cero ya no está lastrado de recuerdos densísimos, no está cargado de duelos: está quemado de remordimientos e impotencia.

*

Abandona Viena con dos bolsos llenos de ropa, algunos libros, cartas, el osito y la máscara mortuoria de Lothar como único equipaje.

No regresa a Londres, tampoco va a Roma. Parte sin destino preciso. Le basta con saber adónde no quiere ir: Viena, Londres, Roma, tres ciudades en

que la ausencia de Peggy lo castiga con el destierro.

*

«Magnus, ¡un islandés clandestino!», había dicho Scott una noche. Magnus podría perfectamente viajar a ese país, que se supone que es su tierra natal, pero ¿para buscar qué, descubrir qué? Ahora, el enigma de su nacimiento le atormenta menos que la noche desmesurada, interminable, en que naufragó su amor.

*

Busca un lugar neutro, remoto, un lugar-clepsidra *para dejar que el Tiempo pase, hasta que le llegue el turno*. ¿El turno de qué? No lo sabe. Pero este no saber es para él la única aventura que ahora vale la pena.

*

Va a Francia, y una vez allí evita las grandes ciudades. Huye de la muchedumbre, del ruido, de la compañía de otros. Cuando pasa por el Morvan, encuentra la comarca donde establecer su soledad. Se instala en una casa que no tiene más que dos habitaciones, adosada a una granja y un establo mucho más amplios. Está situada muy cerca de un pequeño pueblo llamado Bazoches, desde donde se domina un castillo. Desde este lugar la vista es amplia, se extiende por campos y bosques y se pierde, a los lejos, en la colina de Vézelay. Estos nombres no le dicen nada, Magnus es extranjero en este país, no sabe nada de su historia y esta ignorancia le resulta conveniente. Ha venido para lavarse la mirada, despojarla del exceso de imágenes. No es más que un hombre-oso que desea hibernar.

Eco

Oyes crujidos. Risas ...isas... risas ya muy viejas, como cansadas de reír... adas de reír... Y voces ya desgastadas por el uso... uso...

Todo eso oyes...

...oyes...

Los árboles murmuran un canto crepuscular un canto de noche un canto...

Las hierbas de los campos tiemblan suavemente..., sua... vemente...

Oyes crujidos. El espíritu del amor avanza... mor avanza... anza...

Llegará el día en que estos sonidos... oyes... estos sonidos... se apaguen...

se apaguen oyes... el amor avanza... mor avanza... anza...

oyes... mor avanza...

Oyes el silencio oyes

no oyes nada... oyes nada...

OceanofPDF.com

Fragmento 26

La hibernación de Magnus dura mucho tiempo, varias estaciones, pero no genera ninguna clase de torpor ni de pasividad. Se concentra en cumplir con un trabajo lento e impalpable a la vez: dejar que se decante el tiempo, día tras día, hora tras hora. Es una actividad semejante a la erosión o a la formación de estalactitas de hielo en una gruta; una actividad que exige una paciencia y una concentración maniáticas, y una desoxidación del pensamiento. Un despojamiento de sí.

*

Anda mucho, como una decantación paso a paso. Se levanta temprano y sale al campo. Camina balanceándose un poco, llevando siempre un palo que le sirve de bastón. La zona por la que deambula describe una suerte de gran estrella cuyas puntas se extienden en zigzag. La gente de la región se ha acostumbrado a ver pasar su silueta claudicante por los caminos, las calles, las aldeas. No saben de dónde viene, quién es o qué hace en ese rincón perdido. Es un hombre callado, que no habla con nadie. Pero tampoco molesta a nadie, es cortés con todo el mundo. Como nadie sabe cuál es su país de origen, deducen, por su acento y su carácter taciturno, que el extranjero debe venir del norte de Europa, y lo llaman «el tipo del norte». O, a veces, «el cojo».

Un día se internó en un bosque situado al otro lado del río que serpentea a través de las montañas y desembocó en un claro sin cultivar. En el perímetro del terreno vio una hilera de campanas de paja entretejidas con ramas muy finas, colocadas sobre unas tablas: colmenas fabricadas a la antigua, que Magnus no había visto jamás en su vida. Hacía frío aquel día,

un frío seco, y la escarcha plateaba las colmenas dormidas. En medio del claro se alzaba una pequeña construcción de piedra cubierta de musgo; un nicho destinado a alojar una estatuilla, pero esta había desaparecido. Por el nicho vacío se deslizaba muy lentamente una larga babosa de un marrón rojizo. Magnus se sentó en ese montículo para descansar un momento. Los sonidos que se oían a su alrededor lo sorprendieron, eran diferentes de los que se había acostumbrado a oír en el corazón de los bosques. Estos resultaban más matizados, más modulados, como si alguien ensayara con un instrumento de viento con una torpeza no exenta de gracia. Escrutó la vegetación, aguzó el oído, pero no percibió presencia humana alguna. Sin embargo, esa melodía, como un silbido, procedía de muy cerca. Se puso de pie para inspeccionar el lugar y por fin descubrió el origen de la música: los troncos de las hayas presentaban unos huecos peculiares por los que el viento, al pasar, producía un silbido. En el tronco de uno de aquellos árboles creyó reconocer la silueta de un cuerpo, un rostro impreciso con el dibujo de una sonrisa y el boceto de unas manos juntas; en otro, la forma de un hombre con una trompeta en las manos, y en otro el relieve de un corazón, y más allá unos cuernos de carnero. Pero esas hayas estaban muertas, algunas todavía en pie, otras caídas en el suelo, y todas cubiertas de hiedra y zarzas. Le habría gustado regresar a ese bosque, pero no volvió a encontrar el camino.

*

También pasa largas horas inmóvil, en una decantación gota a gota. Ha limpiado la granja, pero no acondiciona ese vasto espacio de suelo de tierra. La única función que le destina es precisamente la de no servir para nada. Un lujo inútil, gratuito, un santuario dedicado al vacío.

Hay una silla junto a la puerta. Cuando Magnus entra en la granja, la coge por el respaldo y la coloca unas veces en medio de ese espacio, otras contra una pared o en un rincón, y se sienta, con las manos juntas apoyadas sobre el bastón puesto entre sus rodillas. Puede quedarse horas así, saboreando el silencio, los juegos de sombra y luz que se filtran por las junturas de los listones de las paredes, observando el imperceptible remolino del polvo entre los rayos de luz, la labor de una araña que teje su tela en un rincón. A veces pasa un ratón a todo correr, olfatea el sitio, se orienta y se va a otra parte. Los pájaros también se aventuran en su santuario de nada, algunos han hecho ahí sus nidos.

Al salir vuelve a colocar la silla junto a la puerta.

*

En la iglesia de Bazoches se encuentra la tumba de un tal Vauban. Magnus descubre quién fue este hombre, la importancia de su obra, la pluralidad de sus intereses, su genio, su coraje; un hombre notable que cayó en desgracia por exceso de inteligencia, de audacia y de generosidad intelectual, después de haber sido ampliamente explotado por su rey, que no tenía de grande ni de solar más que sus calificativos usurpados.

Al cuerpo inhumado allí le amputaron el corazón que Napoleón, un siglo más tarde, mandó depositar en Los Inválidos ¹. Magnus se acuerda de la cripta de la iglesia de los Agustinos que visitó con Peggy al comienzo de su estancia en Viena, piensa en los corazones de los Habsburgo, arrancados también de los pechos donde se habían formado y habían latido. Corazones exiliados, sellados en urnas. El despedazamiento de cadáveres de nobles, héroes y santos, cuyos miembros, huesos, pelos, vísceras, fueron repartidos por todo el mundo, le parece una curiosa mezcla de barbarie, obscenidad y

magia infantil. ¿Qué haría él con los corazones de May, de Peggy, de Lothar, conservados en formol en un relicario?

Pero el fraccionamiento de despojos sagrados responde, tal vez, a ese otro fenómeno de parcelación que tiene lugar en el cuerpo de los vivos enlutados: cada ser amado, al desaparecer, se lleva un poco de carne, un poco de sangre de los que quedan en la tierra, temblando de frío y de insulsez en la pertinaz llovizna de la ausencia. El cuerpo de Magnus también fue aligerado así, muy temprano, cuando su madre, la desconocida de Hamburgo, se quemó delante de sus ojos, calcinándole un pedazo del corazón y petrificándole la memoria. Y May también le robó una parte de carne y una parte de corazón mezclándolas con sus cenizas dispersadas en el azul mudo del cielo. Y después Peggy, el gran raptó carnal y el enterramiento del deseo, de la alegría, del goce en la humedad negra y helada de la tierra.

De su padre no tiene nada, ni siquiera una imagen; pero ¿quizás el nombre de pila recogido del cuello del osito y que él hizo suyo? Ese *quizás* frágil hace las veces de filiación, De Lothar, el austero tutor transformado en amigo tutelar, le queda una máscara de yeso. Una máscara opaca con los párpados cerrados, los labios sellados, cercenada la sonrisa de bondad admirable que iluminaba discretamente el mundo. Lothar se llevó esa claridad que él sabía hacer amanecer en los confines del pensamiento. La mirada de Magnus no logra distinguir el menor fulgor en el horizonte de los días, pasados o por venir.

La decantación del tiempo todavía no produce más que las fluctuaciones de una bruma en la lejanía y algunos boquetes que tienen el duro brillo de la escarcha.

Así va Magnus en su soledad del Morvan, anudando amistades póstumas junto a las tumbas, amistades mudas con este o aquel árbol, este buey o aquella oveja que cruza al pasar por un prado, amistades fugaces con las nubes, los murmullos de las fuentes, los olores de la tierra, del viento. Amistades de un instante.

1. O «Les Invalides». Es un complejo arquitectónico ubicado en el Distrito VII de París. ↩

OceanofPDF.com

Secuencia

Mi pensamiento
y no una caricia
te ha rozado
sin embargo
con mi pensamiento

mi pensamiento
y no una caricia
como tu memoria
o las palabras no pronunciadas
o tus ojos cerrados

y sin embargo tu memoria
las palabras y las miradas
son la caricia de un día
pasado en mis pensamientos.

MATTHÍAS JOHANNESSEN,

«Al tocarte» ¹

1. Traducido con base en la versión francesa «Au toucher», publicada en la colección «Internationale de l'imaginaire n° 18. Islande de glace et de feu» que reúne poemas de diversos autores islandeses traducidos al francés. ↩

OceanofPDF.com

Fragmento 27

Una tarde de agosto, al volver de uno de sus paseos habituales, Magnus ve a una anciana sentada junto a la puerta de la granja. Lleva un sombrero de paja deformado, un vestido de un color indefinido de tan gastado que está y galochas sucias de barro. Toma tranquilamente el sol con los brazos cruzados sobre el pecho. Cuando lo ve acercarse le hace una seña con la mano, como si estuviera sentada delante de su propia casa y saludara a un vecino.

—¡Buenos días, hijo! —le suelta con una voz delicada.

Magnus piensa que debe tratarse de una vieja que no está muy bien de la cabeza y que se ha extraviado y cree que está en su casa. Tiene la cara muy arrugada, cubierta de bozo, y la boca, sin duda desdentada, toda torcida. Pinta de bruja loca salida de un libro de cuentos, se dice Magnus. Contesta el saludo a los gritos porque supone que es sorda.

—Buenos días, señora.

La dama lo corrige, riendo:

—¡No, hijo, soy un hombre! —Y se quita el sombrero descubriendo un cráneo calvo y manchado.

Las abejas, que debían de estar durmiendo en la paja del sombrero, se ponen a revolotear alrededor de su cabeza, algunas se posan sobre su frente, en su cara.

—Pero un hombre sabio y feliz —añade el curioso individuo—, pues he escogido lo mejor de este mundo, como lo ves: la compañía de las abejas y la libertad de la más dulce de las locuras, que es la locura del amor más

grande. Es por eso por lo que también soy un poco mujer. Y, por lo tanto, un hombre encantado. —Dicho esto, se pone ágilmente en pie.

*

Es pequeño, muy menudo, encorvado, pero da la sensación de que su cuerpo sigue tan ágil como el de un niño. Vuelve a ponerse el sombrero y abre las manos; las abejas van a juntarse allí. Le muestra a Magnus sus palmas cubiertas de abejas y dice:

—En la colmena, la reina siempre está rodeada por una corte muy atareada de criadas y de obreras. Pero, para mí, ellas son todas reinas, especialmente las obreras, las recolectoras, las ventiladoras, las barrenderas y las guardianas del umbral. Cada una tiene su oficio y lo cumple a lo largo de su corta existencia, sin fallar. ¡Míralas, mis reinitas, mis flamígeras! Las damas de honor del sol...

Magnus no ha entendido gran cosa de lo que acaba de decirle el hombrecillo parlanchín del sayal cubierto de tierra; su voz es aguda y habla con un acento local muy pronunciado. Tiene la impresión de hallarse delante de un payaso que hace malabarismos con insectos amaestrados y emplea palabras raras, o, mejor aún, ante un espantapájaros repentinamente dotado de movimiento y palabra, y se pregunta de dónde saldrá y qué querrá. El payaso agita las manos y sus animalitos se escapan y revolotean otra vez alrededor de él.

—Me llaman Hermano Juan. ¿Y tú?

Magnus, sorprendido por la pregunta, que es, sin embargo, muy simple, suelta una respuesta que a él mismo le sorprende:

—Lo he olvidado.

El payasesco monje no parece en absoluto extrañado.

—A veces pasa. Es buena señal —dice con dulzura. Y sin más se aleja, deprisa y como trotando. Una nube de granizo dorado da vueltas alrededor de su sombrero.

*

Por mucho que lo piense, no se acuerda de su nombre. La perduración de este olvido lo consterna, no ve en ello ninguna buena señal, todo lo contrario. Se siente aquejado de anonimato, como quien está aquejado de un golpe o una enfermedad. La enfermedad de la pérdida, acumulada, en su último asalto, la usura solapada del deterioro y la angustia de la perdición. ¿Es ello el resultado de su largo trabajo de decantación operado en la soledad de los caminos, de los bosques, en el silencio de la granja?

A pesar de todo, acaba regresando a la granja. Allí, apoyado contra la pared del fondo, llama en su ayuda a todas las personas que conoció y amó, pero sus nombres vuelven en desorden, atropellados por los otros, los de las personas funestas. No quiere oír más dentro de él los nombres execrados de Thea y Clemens Dunkeltal y todos sus seudónimos que apestan a mentira y crimen, ni los de Horst Witzel, Julius Schlack, Klaus Döhrlich. Pero son estos los que regurgita, son pegajosos, se le pegan a la lengua.

Knautschke, Klautschke..., esos motes lo atormentan, chapotean en su boca, son como parásitos que hormiguean con diversas palabras: *Klatsche Klapse Knalle Knarren Knacke Knülche Knauser Kleckse*¹ ... Palabras como bofetadas, palabras escupidas; las ve rodar como enormes coágulos de sangre en la boca rosácea de un hipopótamo que bosteza sin parar. Las oye gorgotear en su garganta, atascar su saliva. Se pone a golpear el suelo con el bastón, para que se calle ese bullicio viscoso.

¡Que Knautschke cierre el pico! Golpea cada vez más fuerte, con la cabeza hacia delante, en la posición de un animal que se dispone a embestir,

las mandíbulas apretadas. Tanto frío tiene que transpira, un sudor helado le chorrea por la espalda; una estalactita de la nuca a los riñones.

Una estalagmita del vientre a la garganta. La cloaca de Knautschke se cierra tragándose todas las palabras parásitas. Entonces, con un rumor sordo de fondo, se alzan los nombres familiares, como apretones de manos, como saludos, como sonrisas que lo calman. Y también como caricias, que lo lastiman con su ternura perdida.

Desfilan los nombres, todos, en una ronda lenta. Pasan de dos en dos, o de uno en uno. Apenas un murmullo por vez, un suspiro. Un sollozo. May, Peggy...

Procesión de vocablos con voces blancas o gris azuladas, risas ocre y violetas, aliento marfileño y rojizo. Cada nombre y su carnación, su aspecto, su timbre y un ligero temblor. A veces una trepidación. Cada uno con su brillo, con su singular resonancia. A veces una fulguración.

Y el cortejo da vueltas y vueltas. Pero falta su propio nombre.

Ya no golpea el suelo con el palo, camina por el espacio de la granja, recorre a grandes pasos el vacío. Va a la zaga de la procesión de nombres, mendigando el suyo. Tiene la boca seca, los labios azules de frío. Hace mucho que es noche cerrada, pero hay tal profusión de estrellas que un difuso color de miel atenúa la oscuridad.

*

Apoyado en su bastón, vacila, siempre en busca de su nombre. La claridad de las estrellas se ha apagado, despunta el día, una sombra cenicienta baña ahora la granja. El cortejo de los nombres amados se disuelve en el silencio, se queda solo. Se desploma de cansancio, cae de

rodillas. Pero, al caerse, su pensamiento se hace trizas y vuelve a surgir su nombre. Magnus.

*

Magnus ríe, arrodillado en el polvo. «¡Magnus!» exclama con un hilo de voz, y repite su nombre como si se llamara a sí mismo. Está tan feliz de haberlo recobrado que lo escribe en la tierra con la punta del dedo índice. Entonces sale el sol y derrama en el cielo una claridad lechosa. Es la luz del alba que se filtra entre los listones de madera de la granja y se concentra en un rayo oblicuo que resbala hasta su dedo.

Un chorro de luz blanca. Una lactación. Y su dedo no escribe las letras de «Magnus» sino las de otro nombre, totalmente desconocido para él.

Lo mira y se acuesta dulcemente a su lado. Se duerme enseguida, postrado por la fatiga y la incomprensión.

-
1. «*Cháchara pescozón chasquido carracas crujidos pedazos de rácanos manchas...*» ↩

OceanofPDF.com

Letanía

Lothar y Hannelore, llámenme.

Else y Erika, llámenme.

Peggy Bell, llámame.

Mary y Terence Gleanerstones, llámenme.

Terence y Scott, mis hermanos, llámenme.

May, mi tan viva mi amante, llámame.

Lothar y Hannelore, llámenme.

Else, llámame.

Peggy, mi hermana, mi amor, llámame.

Lothar, mi amigo, mi padre, llámame.

Myriam, muchacha, llámame.

Peggy, mi hermosa, mi dulce, llámame.

Peggy, mi *Schneewittchen* , mi desaparecida, llámame.

Tú, mi sacrificada, perdóname.

De lo desconocido, ¡líbrenme!

De este silencio, ¡líbrenme!

De este olvido, ¡líbrenme!

De la pérdida, ¡líbrenme!

De mi ausencia, ¡líbrenme!

¡A mí, el innominado, por favor, nómbrenme!

¡De esta perdición, por favor, sálvenme!

¡Por favor, escúchenme!

Óiganme...

¿Me oyen?

May, ¿me oyes?

Lothar, ¿me escuchas?

Peggy, ¿me perdonas?

Y tú, mi madre, mi quemada, mi quemadura, ¿me oyes?

¿Dónde están? ¿Qué dicen?

¿Me oyen?

OceanofPDF.com

Fragmento 28

Cuando despierta ya es muy de mañana. Otro día caluroso de agosto, el aire es pesado, está cargado de olor a tierra, a flores. La cabeza le pesa de un modo extraño, como si la tuviera llena de bruma, de rocío blanco, se marea. Se apoya en el suelo para levantarse, pero, al hacerlo, sus manos borran el nombre que había escrito al amanecer en el polvo al dictado de la fatiga, en el torrente de una lactación de luz. Cuando recobra la conciencia de ese instante, ya es demasiado tarde, la firma es ilegible. Solo distingue una letra, una *l*. Entonces no ha soñado, había escrito otro nombre, insospechado, «Magnus» no lleva ninguna *l*. Por más que mire y remire el suelo, no consigue descifrar nada más.

*

Empuja la puerta, el sol lo deslumbra.

—¡Buenos días, hijo! ¿Has dormido bien?

El frailecito tocado con su colmena ambulante ha regresado, tan jovial y zumbón como la víspera. Está muy atareado junto al tilo que da sombra al patio, alrededor de una mesa que ha improvisado con una tabla colocada sobre dos troncos que ha cogido de la reserva del cobertizo. Se comporta como alguien que conoce bien el lugar, y hasta diríase el anfitrión que recibe a un invitado. Porque es justamente eso lo que está preparando: un almuerzo.

Encima de la tabla hay un cántaro de agua, una botella de vino, tres vasos, fruta, salchichón, queso, un frasco de miel, pan y hasta un ramito de tréboles dorados y agrimonias.

—Debes de tener hambre —dice—. Si estás de acuerdo, pasaremos directamente a la comida, ya es mediodía. Aunque frugal, es una fiesta, porque hoy es quince, día de la Asunción de María. En su honor he traído una botella de vino muy bueno, un *pouilly fumé*. Y, ¿sabes?, también es mi cumpleaños. Nací un quince de agosto por la noche, pero hace tanto tiempo que no me acuerdo con exactitud del año. Fue hacia el final del siglo pasado. En mi familia era una tradición, o una bendición: todos los hijos nacieron un quince de agosto. Y éramos muchos, nueve varones, figúrate. Todos vinimos al mundo bajo la protección de la Virgen. De manera que este cumpleaños no es mío solamente, es también el de mis ocho hermanos. Ya se murieron, todos, partieron a saludar a la Inmaculada Madre de Dios. Pronto me tocará a mí. ¡Ah, qué hermoso día!

Magnus, aturdido por la labia de este devoto de la Virgen tan molesto, no entiende si el hermoso día al que acaba de aludir es este o el de su próxima muerte. Pero no le interesa, y la presencia del monje charlatán lo pone de mal humor. No obstante, no se atreve a echarlo; educadamente, y con la excusa de que se siente muy cansado, se bate en retirada al interior de la casa, donde, eso espera, el inoportuno no se atreverá a seguirlo. Pero el otro no se amilana y retoma su charla con un aplomo exasperante.

—Lástima, hijo, pero yo no puedo esperar más. ¿Crees que he venido por capricho? Hace mucho que te observo, desde el día en que te instalaste en esta casa perdida, hace unos tres años. Y no hay día que no te vea ir de acá para allá... Tú nunca notaste mi presencia, y eso que a menudo estoy muy cerca de ti. ¡Cuántas veces habré dormido en el establo, al lado de la granja en donde te quedas horas encerrado! Aún hay paja en los pesebres y me gusta acostarme allí, hace calor y huele muy bien. Los animales han dejado un poco de su calor, de su dulzura, de su sabiduría. Bien, tú prefieres la

granja. ¿Por qué no? Pero ahora basta, ya te has atiborrado de vacío en tu granja, ¿no?

—Pero ¿por qué se mete usted en lo que no le importa? —replica Magnus, irritado, al descubrir que ese viejo entrometido lo ha espiado—. ¡Déjeme en paz!

El hermano Juan no afloja y vuelve al ataque.

—¡La paz! No es viviendo como un recluso como la encontrarás. Porque tú eres un recluso, no un ermitaño. Un hombre solo, no un solitario. Sé de lo que hablo, hace treinta años que vivo como un ermitaño, en las proximidades de mi monasterio. Jamás lo habría soportado si tuviera un corazón tan sombrío como el tuyo. Un corazón de secuestrado.

—¿Secuestrado? —repite Magnus, que no conoce esa palabra.

—Encerrado, prisionero, emparedado, petrificado... —explica el otro retomando su discurso—. Crío abejas, mis colmenas están cerca de aquí, llevo la miel al monasterio y a cambio recibo algo para comer y vestirme. No necesito mucho. Cada vez menos. Dentro de poco no necesitaré nada. Ese dentro de poco está cerca. Por eso he venido a verte. —Luego, sin transición, le pregunta—: Tu nombre, ¿lo has encontrado?

—Magnus.

—¿Eh? ¿Estás seguro? —dice el hermano Juan, dubitativo, como si ya conociera la respuesta y le pareciese inexacta.

Esta reflexión desconcierta una vez más a Magnus, que sabe bien que lleva un nombre prestado, que comparte con un osito de peluche, y que esa mañana ha hecho desaparecer otro nombre que tal vez fuese el suyo.

—¿Por qué duda usted de mi nombre? —le pregunta.

Pero el otro se sale por la tangente:

—Bah, los nombres... A lo largo de la vida se pueden cambiar, como si el que recibimos al nacer no fuera el bueno. Yo tuve que abandonar el mío cuando entré en el monasterio. Y no me dieron a elegir. Mi nombre de pila era Blaise, me lo quitaron y me dijeron: «te llamarás Juan». Juan está bien, como el Bautista, que se alimentaba con saltamontes y miel, o como el Evangelista. ¡Ahí tienes a uno que fue iluminado por la visita del Ángel del Misterio! El Ángel del Verbo... Sí, el Ángel del Verbo, que le hizo comer el librito de fuego. En mi opinión, ese libro era un panal con los alvéolos chorreantes de miel. Yo, en cambio, no soy más que un Juan pequeñito, y el Ángel del Verbo me ha rajado el labio clavándome su secreto en la boca. Pero, desde hace un tiempo, siento que se mueve, el secreto..., sí, que se mueve en mi boca, en mi labio partido... es como un sabor a viento...

—Pero ¿de qué habla usted, qué secreto...?

—Si lo supiera... ¿Quién conoce el don de Dios?

—¡Yo seguro que no! —exclama Magnus—. Y no me preocupa, no soy creyente.

—Mejor —replica el hermano Juan, a quien nada desconcierta—. De ese modo, eres más libre. Libre de que te sorprenda eso que yo solo aún no he conseguido sentir. Por eso te necesito.

¡El don de Dios! Bonita fábula. Magnus no entiende nada de los vaticinios del hermano Juan, pero ya no está irritado, ya no tiene ganas de seguir discutiendo con ese testarudo medio loco, solo desea descansar y comer un poco: de repente es mayor el hambre que tiene que el cansancio. Se sientan a la mesa, uno al lado del otro, a la sombra del tilo. Una nubecilla de abejas revolotea en torno a ellos. Vacían la botella de *pouilly*,

comparten el contenido del tercer vaso que el hermano Juan había llenado en atención al Ángel del Verbo, o de cualquier otro invitado susceptible de presentarse; se muestra más locuaz y extravagante que nunca, elucubra un paralelo entre el ingenioso sistema inventado por Vauban para sitiar una ciudad fortificada, que consiste en trincheras subterráneas trazadas en líneas quebradas unidas entre sí por otras paralelas, y el delicado laberinto de caminos del alma que llevan al Señor. Después teje otro paralelo entre el proceso al término del cual los frutos alcanzan su maduración con el calor, y la maduración de su muerte con el tiempo, que en su caso siente que está por terminar.

Magnus lo escucha distraído; de nuevo se siente cansado. El otro se pone a cantar. Tiene una voz melodiosa. Salmodia la letanía de la Virgen, en latín. Luego se pone de pie y anuncia con calma:

—No volveré. La próxima vez, tú vendrás a mí. Puedo contar contigo, ¿verdad?

Magnus le recuerda que no sabe dónde vive, si es que vive en alguna parte.

—No te preocupes, te enviaré a mis abejas. No tendrás más que seguirlas.

Y, como la víspera, se va dando saltitos en medio del bordoneo de los insectos.

*

Magnus mira alejarse al hermano Juan con su silueta de viejo niño en fuga permanente. Un duende que recorre los bosques jugando con las abejas y que juega con las palabras iluminadas como las hojas de un misal antiguo. Magnus tiene la impresión de haber sido introducido subrepticamente en un cuento. Un cuento anticuado, intercalado por

descuido en la deshilvanada novela de su vida. Fue delicioso, pero piensa que hubiera preferido que lo invitaran a entrar en otra historia, completamente distinta, ya no tiene edad para cuentos. ¡El secreto del Ángel del Verbo! Le bastaría con que por fin le fuese revelado el secreto, más modesto, de su infancia, y, todavía mejor, el del inmenso ninguna parte donde se eclipsan los muertos. ¡El don de Dios! Pero si el que quiere Magnus es el de la vida, que ese don les sea devuelto a todos aquellos y aquellas a quienes les fue robado.

OceanofPDF.com

Inserto

Érase una vez... Así empiezan todas las historias que nunca sucedieron. Los mitos, las fábulas, las leyendas.

Érase comporta un pronombre impersonal que introduce un verbo conjugado en un pasado suspendido en un tiempo que no concluye. La historia contada se ha disuelto en un tiempo antiguo y lejano, como la vegetación en las albuferas o los cuerpos en el humus. Libera fuegos fatuos que corren en la oscuridad, a ras de la tierra. Así van los dichos de los mitos y las fábulas por la penumbra de nuestros pensamientos.

Una vez, designación imprecisa que remite a un pasado sin fecha como teatro de un acontecimiento definitivamente cumplido.

Érase una vez... Entonces, ¿de qué se trata? ¿De una buena (o terrible) vez por todas o de una vez para siempre incierta, por nada? Su valor temporal es ambiguo.

Érase una vez... Fórmula ritual que se entreabre a un relato y puertecita secreta que da a un traspasillo o a un pasillo secreto. Pero ¿en qué aspecto no sucedieron nunca estas historias no reconocidas por la Historia que no acepta en su corpus más que los acontecimientos probados, demostrados, y que mantiene con la realidad una relación exclusivamente diurna? ¿Qué sabemos acerca de lo que sucede en la noche de lo real? El imaginario es el amante nocturno de la realidad.

El corpus de la Historia es un cuerpo —cuya carne es lenguaje, palabras vivas y frases escritas—, y, como todo cuerpo, es opaco y proyecta una

sombra. *Érase una vez...* es esta sombra proyectada, un doble de las palabras y las frases más fluidas, movedizas.

Érase una vez... : cuerpo de una memoria más profunda y aguda que la de la Historia; semilla de lo real que por la mañana olvida esta siembra y no retiene más que las huellas visibles, palpables.

Hay a veces personajes errantes que no acaban de deambular en la noche de lo real y que trashuman de un relato a otro, sin cesar, en busca de un vocablo que por fin los haga nacer plenamente a la vida, aunque sea al precio de su muerte.

Habrà una vez personajes que se encuentren en el cruce de historias a la deriva, de historias deseosas de nuevas historias, hoy y siempre.

OceanofPDF.com

Fragmento 0

El verano toca a su fin; el hermano Juan no vino más. Debe de estar jugando al duende entre sus colmenas. Magnus no le da importancia, pero, desde aquel almuerzo en su compañía, ya no siente necesidad de encerrarse en la granja. En realidad, piensa en irse del lugar, de esa soledad. Ha cerrado el ciclo. El frailecito tenía razón, está a tope de vacío, de reclusión. El pesado silencio depositado en él empieza a clarificarse, a susurrar. Y este silencio en sazón, como diría el hermano Juan, lo incita a ponerse en camino.

Prepara su partida, esta vez con una indiferencia tranquila, no con la precipitación del dolor y de la vergüenza.

*

Llegan una mañana, como una nube sonora. A toda velocidad, ondeando en el aire, a la altura de un hombre. Magnus ve venir hacia él esa bola de color marrón dorado y tiene miedo, cree que lo va a atacar un enjambre. Pero la nube se detiene a un metro de su cara. El zumbido es trepidante. Magnus se acuerda de las palabras del hermano Juan, que le enviaría a sus mensajeras cuando llegase el momento. Pero no sabe si tomarse o no en serio la fantasiosa promesa del ermitaño.

La pequeña nube revolotea en el mismo sitio zumbando cada vez más fuerte; luego, imperceptiblemente, retrocede. Magnus da un paso adelante, las abejas se repliegan en la misma proporción. Avanza un poco más y ellas retroceden otro tanto. Entonces se pone resueltamente en marcha tras ellas, que lo guían.

Pasa por senderos por los que nunca había pasado antes, atajos a través de campos y boscajes. Sus guías son rápidas, apenas puede seguirlas. Cruza el río por el sitio más encajonado, subiendo a un puente de madera que tiembla a su paso. Penetra en un bosque, llega a un claro. Lo reconoce, es allí donde una vez hizo un alto y después no pudo volver porque no encontró el camino.

*

Las abejas se dispersan, regresan a sus colmenas. El hermano Juan está sentado en medio del claro, adosado al nicho cubierto de musgo. Viste una amplia capa negra cuya capucha bosteza en su nuca.

—¡Buenos días, hijo! —lo saluda como siempre—. Ven a sentarte a mi lado.

Magnus se sienta. No dice nada, no pregunta. Aguarda a que su anfitrión abra el diálogo. Pero el otro, que suele ser tan exuberante, guarda silencio durante largo rato. Del bosque circundante llegan múltiples sonidos con el zumbido sordo de las colmenas como fondo; el temblor de las hojas, las briznas de hierba chocando entre sí, un sostenido castañetear de insectos, el chapoteo de un arroyo, crujidos de ramitas secas, los gritos agudos o las llamadas aflautadas de los pájaros, cuchicheos y silbidos del viento y, a ratos, ladridos de perros y ecos de voces humanas en la lejanía.

El hermano Juan alza el rostro hacia la copa de un haya y, señalando con el dedo unas hojas que acaban de desprenderse e inician su descenso hacia la tierra, murmura:

—¡Escucha!...

Las hojas ovaladas, ya oscuras, planean con lentitud; tres de ellas, cogidas por una corriente de aire ascendente, se balancean en lo alto, se

diría que son comas de color cobre que danzan en los pozos de luz que horadan la masa del ramaje. Comas vagabundas, puntuando libremente un texto luminosamente desnudo. Pero, de golpe, se vienen abajo; la corriente de aire se ha ido a otra parte.

—¿Has oído? —pregunta el hermano Juan.

Magnus ha observado la farándula vegetal, puede describirla visualmente, pero no auditivamente. El hombrecillo vuelve a su silencio. Magnus comprende que mientras no sea capaz de percibir, entre los diversos ruidos del bosque y la nota baja continua de las colmenas como fondo, el ínfimo soplo de aire que provoca una hoja al caer, el otro no dirá nada. Las horas pasan, el aire refresca poco a poco; la escena de la caída de las hojas rojizas se reproduce infinidad de veces. Como infinidad de comas erráticas y mudas.

*

Magnus tiene un ligero sobresalto, se vuelve hacia la izquierda. Su mirada capta el instante en que una hoja amarilla traslúcida, tan delgada como el ala de un insecto, toca el suelo muy cerca de él. Su oído lo ha percibido antes que sus ojos, mejor que sus ojos. «Lo escucho», le dice al hermano Juan, que en lugar de romper su silencio, se cubre la cabeza con la capucha de la cogulla y se acurruca, apoyando las manos sobre las rodillas y agachando la cabeza. Así, envuelto en su crisálida negra, entra en una somnolencia y termina apoyando la cabeza sobre el hombro de Magnus; su respiración se altera, cada vez más sonora y lenta.

*

Nada más, ningún fulgor, ninguna agitación del cuerpo adormecido, ningún estertor ni balbuceo salen de su boca. Solo esa respiración que sube

lentamente, de forma amplia, de las profundidades del cuerpo sumamente concentrado, no en sí mismo sino en el olvido de sí, en una excavación, un vaciado de sí. Y la respiración se afina, se adelgaza, es suave y penetrante como el sonido de un oboe. Un suspiro de luz que se escapa de la oscuridad, una sonrisa vocal que tintinea discretamente en el aire. Una exhalación de silencio.

Nada más, pero los dos hombres se hallan tan completamente entregados a la escucha de ese suspiro y tan unidos en esa entrega que Magnus se siente conmovido: ese canto agudo, sordo a su propio cuerpo tanto como al del otro, le acaricia la carne debajo de la piel, fluye en su sangre. Esta caricia que siente en su cuerpo, por dentro, lo emociona, lo deslumbra y lo abisma en sí mismo con más fuerza que las caricias intercambiadas en el amor. Ese fugacísimo abrazo viene de más lejos que todo cuanto conoce, es radicalmente nuevo: un raptó carnal y mental de una delicadeza fulminante. Es la vida misma que lo abraza por dentro y que él, con un solo movimiento, estrecha con todos sus sentidos.

*

El hermano Juan sale de su somnolencia, endereza la cabeza y se sacude; su respiración se ha normalizado. Magnus hace lo mismo, están en perfecta consonancia. Se ponen en pie. El hermano Juan se quita la capucha, que cae sobre su espalda. Su rostro conserva las huellas de la intensa contención a la que acaba de someter su mente: un rostro de bebé viejísimo que despierta a causa de un sueño cuya amplitud él no puede contener, la frente arrugada por esta embestida de pura energía, los ojos empañados por una visión que se está retirando.

—Ahora vete a casa —dice—. Vuelve cuando haga falta. No tardará mucho; mañana, o dentro de unos días. Tú sabrás cuándo debes volver y

qué has de hacer. Ya conoces el camino. —Acompaña a Magnus hasta el linde del bosque—. Cuando todo haya terminado, ve a la abadía a avisar a mis hermanos. Les llevarás mi cogulla, es de ellos. Es allí donde recibí el hábito. No me pertenece. —Contempla un momento el paisaje—. Me gustó mucho mi vida —agrega—, y esta región que nunca he dejado. —Se vuelve hacia su compañero, furtivamente lo estrecha en sus brazos y se aleja con su paso de duende hacia el claro.

OceanofPDF.com

Palimpsesto

Hay un espíritu que el hombre adquiere con el correr del tiempo. Pero también hay un espíritu que penetra en el hombre, en abundancia y con rapidez, más rápidamente que un abrir y cerrar de ojos, pues está por encima del tiempo, y un espíritu así no necesita tiempo.

RABÍ NAHMAN DE BRESLEV

[...] Verá que su intelecto no tiene fin y que debe rebuscar profundamente [...] en el lugar donde la boca es incapaz de hablar y la oreja incapaz de oír. Entonces verá las visiones de Dios, como aquel que duerme con los ojos cerrados, como está escrito: «Duermo pero mi corazón vela, la voz de mi bienamado llama a la puerta.» Y cuando abra los ojos, y más aún, cuando otro le hable, elegirá la muerte antes que la vida, pues le parecerá que está muerto, porque habrá olvidado lo que vio. Entonces examinará su mente como quien examina un libro donde están escritas esas grandes maravillas.

RABÍ SHEM TOV IBN GAON

Dios no hace dos veces la misma cosa. Y cuando un alma regresa, otro espíritu será su compañero.

RABÍ NAHMAN DE BRESLEV

OceanofPDF.com

Fragmento 29

Magnus regresa dos días después. No es que haya recibido alguna señal en particular, solo la evidencia de que ha llegado el momento. Cuando penetra en el claro, observa que el nicho proyecta una sombra negra y alargada que no guarda relación con su volumen ni con la luz del día. Es una fosa, estrecha y bastante profunda, junto a la cual hay una laya y la cogulla, cuidadosamente doblada.

Del interior de este agujero sube un zumbido intenso; es un hervidero de abejas, miles. Y de improviso salen volando todas juntas a la velocidad de una erupción de lava. La columna se eleva hasta la copa de los árboles, palpita, se retuerce y luego se rompe y desparrama en una formidable lluvia dorada. Cada una de ellas regresa a su labor cotidiana.

En el fondo de la fosa está el hermano Juan. Acostado. Tiene el rosario alrededor de las manos, cruzadas sobre el pecho. Su cuerpo, untado completamente de propóleo, despide un brillo rojizo. Algunas abejas, extenuadas por su trabajo como embalsamadoras, yacen sobre su cuerpo sembrando aquí y allá débiles destellos dorados.

Magnus coge la pala y llena la fosa. El suave olor del embalsamamiento se mezcla con el del humus, amargo y sombrío.

*

Lleva la cogulla del hermano Juan a la abadía. Pero el hábito está tan gastado, tan remendado, que ya no sirve más que para confeccionar trapos de limpieza.

Asiste al oficio que se celebra en memoria del anciano monje. El padre abad traza brevemente la trayectoria de Blaise Mauperthuis, que había entrado muy joven en el monasterio en calidad de converso, a comienzos del siglo, se había hecho monje varios años más tarde y por último ermitaño. Pero un ermitaño parecido a sus abejas, que tanto amó —al punto de elegir reposar entre ellas en el bosque—, y que gravitaba siempre en torno al monasterio trayendo sus potes de miel y noticias de los árboles, los pájaros, los animales salvajes, que eran para él como sus parientes, más que sus hermanos en la religión. El hermano Juan, un monje montaraz que demostraba ser tan extravagante como discreto, ingenuo e insumiso. Pero el abad se inclina ante el misterio de cada vocación, por insólitas que puedan parecer algunas, y termina contando con humor ciertas anécdotas relacionadas con el hermano de corazón apícola que, de viejo, había cogido la manía, a veces incongruente, de interpelar a todos los hombres, inclusive su superior, con un alegre «¡Buenos días, hijo!» y a todas las mujeres con un «¡Buenos días, hija!». Recuerda el día en que el hermano Juan llegó muy agitado a la abadía para decir que alguien había robado la pequeña estatua de la Virgen, en el claro donde él había instalado sus colmenas. Al principio el robo lo apenó mucho, pero después reflexionó y llegó a la conclusión de que, después de todo, el vacío le iba bien al nicho y decidió que en adelante, a falta de estatua, celebraría a Nuestra Señora del Vacío: Feliz con su idea, vino a solicitar al abad que bendijera esa no-estatua. La evocación de este incidente, ocurrido unos meses antes, hace reír a todos los concurrentes y Magnus se une a estas carcajadas que resuenan en toda la iglesia.

*

Cierra la puerta de la casa; la de la granja queda entreabierta, el picaporte se rompió hace tiempo y nunca creyó necesario repararlo. El viento que entra por la abertura ha terminado de borrar el nombre que había escrito en

la tierra. Ya no tiene importancia, está escrito en la piel de su corazón. Un nombre ligero como un pájaro que anida en su hombro; un nombre que arde en sus riñones y lo empuja a marcharse.

Ya no huye, parte al encuentro de su nombre, que lo precede siempre.

*

El equipaje no le pesará, no se lleva casi nada.

Ha enterrado la máscara de Lothar a los pies del tilo bajo el cual el hermano Juan había puesto la mesa el mediodía del 15 de agosto. Lothar, y también May, y Peggy, habrían podido sentarse a esa mesa aquel día, para compartir el vaso lleno en honor del Ángel del Verbo. Un vaso semejante es inagotable y se puede compartir infinitamente.

El oso de peluche, que había permanecido demasiado tiempo encima de un estante del armario de su cuarto, es ahora un andrajo, las polillas le han comido la lana del morro, los ratones le han roído las patas y las orejas y sisado la pancita. Magnus entrega el peluche estropeado a las aguas del Trinquelin, un torrente que fluye al pie de la abadía.

El osito Magnus se va flotando, con los ranúnculos de sus ojos chispeantes de agua fría y de sol.

*

El único libro que lleva consigo es el que se ha abierto en su interior, en un soplo de oboe, y que no cesa de murmurar en su mente, en su pecho, en su boca. Las páginas del libro tiemblan entre sus manos, van pasando bajo sus pies.

Irse, canta bajito el libro de las maravillas, de lo insospechado, irse...

Irse.

OceanofPDF.com

¿Fragmento?

Aquí comienza la historia de un hombre que...

Pero esta historia escapa a todo relato, es un precipitado de vida en lo real, tan condensado que a su contacto todas las palabras se rompen. Y si se hallaran palabras lo bastante duras como para resistir, el relato, que llega desfasado en tiempo, pasaría por ser una ficción insensata.

¡Irse! ¡Irse! ¡Palabra del que vive!

[...]

¡Irse! ¡Irse! ¡Palabra del Pródigo!

SAINT-JOHN PERSE,

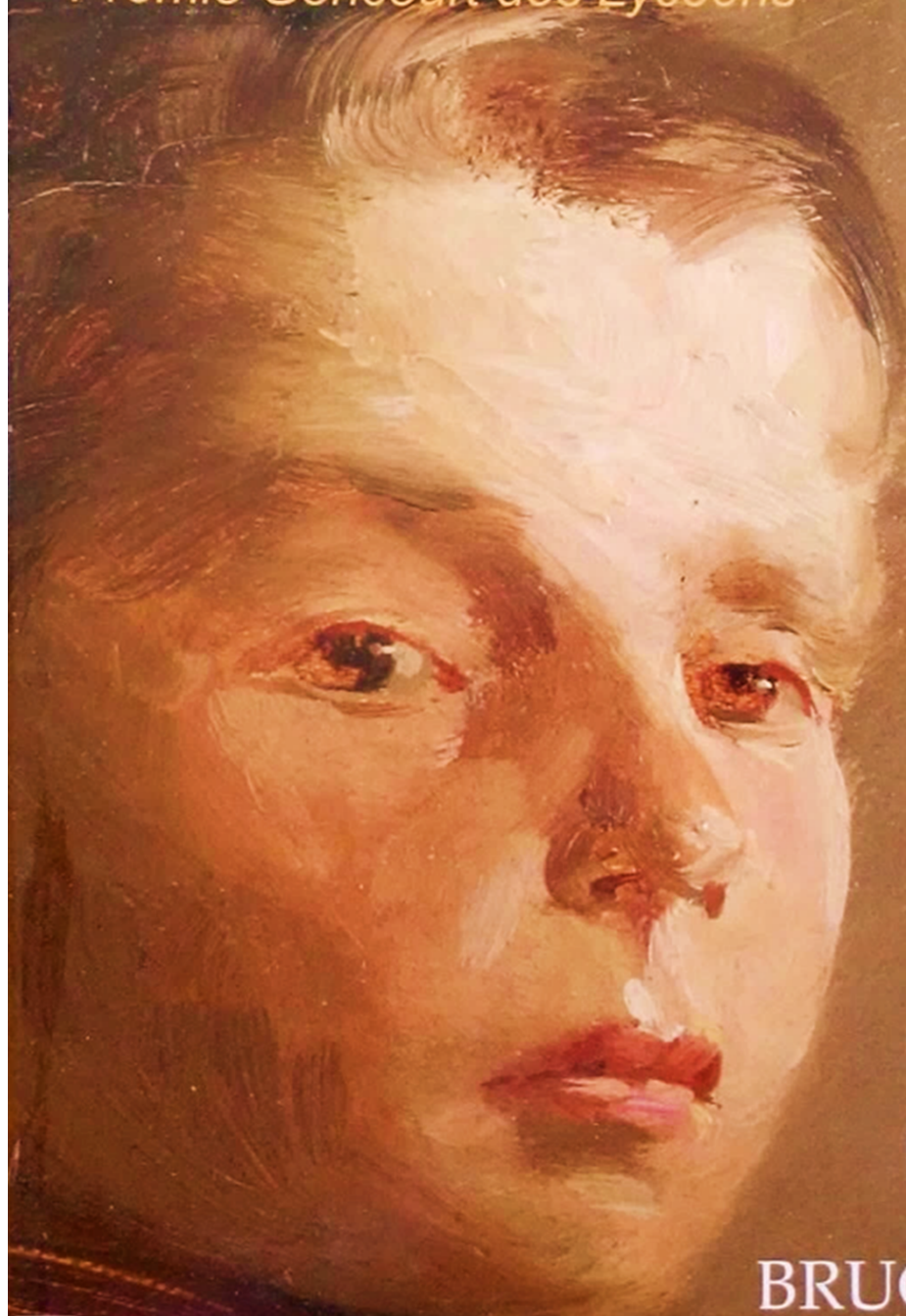
Vientos

OceanofPDF.com

Sylvie Germain

Magnus

Premio Goncourt des Lycéens



BRUGUERA

OceanofPDF.com